JOSÉ H. PRADO FLORES

Formación de Discípulos

REMA

JOSÉ H. PRADO FLORES

Formación de DISCÍPULOS

México
2013

REMA

INTRODUCCIÓN

Era de noche y la noche era fría. El sol se había escondido temprano para no ser testigo de la injusticia más grande de la historia. La luna regaba lágrimas de estrellas por el negro firmamento. Mientras tanto, Pedro se escondía en las sombras del anonimato esperando, temeroso, la sentencia que habrían de dictarle a su Maestro en el palacio del Sumo Sacerdote.

Venciendo temores y arriesgando la vida, se había internado en la cueva del Sanedrín que, sin previo juicio, había determinado la conveniencia de la muerte de un solo hombre por el bien de todo el pueblo. Agazapado en su túnica morada, se protegía, más que del inclemente frío, de cualquier mirada delatora. Su rostro era iluminado de vez en cuando por el caprichoso fuego de una hoguera que reflejaba la angustia de su alma.

En el preciso momento en que el Sumo Sacerdote rasgaba sus sacras vestiduras y declaraba reo de muerte a Jesús de Nazaret, los criados y guardias del palacio descubrieron a Simón Pedro y lo acusaron de crimen capital: "Éste también es discípulo de Jesús" (Cf. Mc 14,69-70).

¿Qué luz delató a Pedro como discípulo del Maestro de Galilea? ¿En qué se le notó al pescador de Cafarnaúm que seguía al predicador de Nazaret? ¿Por qué no se puede esconder en las sombras ni ocultar bajo el manto, la pertenencia incondicional a Jesús?

Hay ciertas características, obvias y visibles, que identifican claramente a un discípulo de Jesús. No se trata de símbolos superficiales, sino de una personalidad bien definida que lo hace inconfundible...

Al leer estas páginas seremos iluminados por la fogata de la Palabra de Dios. Ella nos identificará como discípulos de Jesús o como simples admiradores de sus prodigios. Nos revelará la verdad sobre lo que significa ser un auténtico discípulo; y ante esta realidad no tendremos sino una disyuntiva: dar la media vuelta como el joven rico y alejarnos, o dejar redes llenas de peces, como los pescadores del Mar de Tiberíades.

Quien no esté dispuesto a asumir una de estas dos posturas, es preferible que deje aquí la lectura, porque para permanecer en la indiferencia, es mejor no dejarse cuestionar por la verdad del Evangelio.

En fin, seguir adelante significa prender una mecha que ya no se podrá apagar.

Por otra parte, un discípulo no nace, se hace. Nacemos a la nueva vida por la gracia, mas para llegar a ser discípulo del Maestro de Nazaret se debe seguir una metodología.

San Marcos asegura que Jesús hizo discípulos (Cf. Mc 3,14). Y cuando Él a su vez envió a los suyos, les ordenó hacer discípulos, para aclarar que éstos no se dan por generación espontánea o herencia, sino que es necesario seguir todo un proceso de producción, que será delineado en estas páginas.

Que el Espíritu Santo nos vaya configurando de acuerdo al modelo de Cristo Jesús, para que reproduzcamos su imagen en este mundo y extendamos su misión hasta los confines de la tierra.

Guadalajara, Jal.

I
EL PLAN DE JESÚS

Nuestro único modelo de actividad pastoral es la persona y vida de Cristo Jesús. Nosotros no podemos mejorar su proyecto ni su acción. Él elaboró un plan progresivo donde estableció objetivos concretos y una metodología definida, que debemos conocer para luego poder reproducir.

Mantengamos fijos los ojos en Jesús:
Heb 12,2.

Jesús es el Pastor de los pastores y el único Maestro que nos enseña, tanto con sus palabras como con su ejemplo.
Todo pastor es pastoreado por él. Si se pierde esta primera relación de dependencia, no se tiene autoridad con respecto a los demás.

A. SU MISIÓN: SER JESÚS

Si con una sola frase quisiéramos resumir la misión de Cristo Jesús, sería: "ser Jesús". El nombre, para los orientales, no es sólo la forma de llamar a la persona, sino que descubre lo más profundo de su ser, su misión y su vocación.
Jesús (Yeshúa) significa: "Yahveh salva": en él y a través suyo se posibilita la salvación de todo el hombre y todos los hombres.
Él ha venido a salvar al hombre completo; no sólo el alma, sino también el cuerpo y el espíritu, así como las estructuras sociales, políticas y económicas.
Le interesa el hombre completo; ni sólo el cuerpo y la comida, ni sólo el alma y la gracia, sino la persona íntegra y todas sus relaciones.
Su misión es salvar a los hombres de cualquier tiempo o latitud. Él mismo sintetizó su misión en cinco puntos cuando, desde la tribuna de la sinagoga de Nazaret, presentó su plan de trabajo:
El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado:

- *a anunciar la Buena Nueva a los pobres,*
- *a proclamar la liberación a los cautivos,*
- *a dar vista a los ciegos,*

– *a dar libertad a los oprimidos*
– *y proclamar el año de gracia del Señor: Lc 4,18-19.*

B. SU OBJETIVO: INSTAURAR EL REINO

Jesús tenía un objetivo bien definido: instaurar el Reino de Dios en este mundo. Por eso, el tema central de su predicación era revelar el misterio del Reino: qué es, las condiciones para entrar en éste y, sobre todo, el estilo de vida de quienes le pertenecen.

C. SU MÉTODO: RECORRER, PROCLAMAR, ENSEÑAR Y CURAR

San Mateo delinea dos veces los cuatro diferentes elementos de cómo Jesús implantó el Reino:
Recorría Galilea, proclamando la Buena Nueva de Dios, enseñando en las sinagogas el misterio del Reino y curando a los enfermos (Cf. Mt 4,23; 9,35).
Cuatro facetas comprendía su ministerio:

- Recorrer:

Jesús fue un predicador que nunca se estableció en un lugar fijo. Iba por todas partes, aún las prohibidas, como Samaria. Incluso se desplazó más allá de los límites de la tierra santa: Tiro y Sidón. Predicaba en el mar, las aldeas y las plazas de las ciudades; en las montañas y los valles; en el templo y las sinagogas, en la casa de los pecadores y en la mesa de los fariseos. En fin, en todas partes se escuchaba la voz del alegre mensajero que comunicaba la Buena Nueva a todos los hombres.
Como Buen Pastor, tomó siempre la iniciativa. Por eso dijo:

He venido a buscar y a salvar
lo que estaba perdido: Lc 19,10.

- Proclamar:

La primera fase de la predicación de Jesús era el anuncio de una Buena Noticia: ¡El Reino de Dios ha llegado!
San Marcos resume el contenido de este kerygma:

Arrepiéntanse y crean en el Evangelio,
porque el tiempo se ha cumplido
y el Reino de Dios está cerca:
Mc 1,15.

- Enseñar:

Después del anuncio de la Buena Nueva, venía el proceso de enseñanza. No se trataba tanto de un cúmulo de verdades o tesis

teóricas, sino de una forma de vivir y de relacionarse los unos con los otros. Mediante su propio ejemplo, vino a enseñar a vivir a aquellos que habían nacido de nuevo por creer en el Evangelio. Se trataba de una nueva doctrina expuesta con autoridad (Cf. Mc 1,27).

- Curar:

Otro elemento del ministerio de Jesús, era la curación de enfermos como signo de la llegada del Reino. Todo esto en vistas a instaurar la soberanía total de Dios sobre su pueblo, excluyendo todo sustituto que compitiera con el Señorío de Yahveh delante de su pueblo. Por eso, San Pedro resume el ministerio de Jesús diciendo:

Pasó haciendo el bien
y curando a todos los oprimidos por el diablo,
porque Dios estaba con él:
Hech 10,38.

D. SU ESTRATEGIA: FORMAR DISCÍPULOS-MAESTROS

Si Jesús tenía una misión universal pero estaba limitado por el tiempo y el espacio, ¿cómo podría entonces abarcar a toda la humanidad y romper las fronteras geográficas?

Ante esto, lo primero que hizo, fue rodearse de discípulos, a fin de multiplicarse y prolongarse.

La tarea primordial de Jesús durante sus tres años de ministerio, no fue atender a las multitudes que lo seguían. Su preocupación principal se centró en sus discípulos, hasta que doce de ellos llegaron a ser maestros. La opción preferencial de Jesús fue formar discípulos.

Por lo general, nos engañamos pensando que Jesús andaba siempre rodeado de multitudes que lo arrastraban.

No. Aunque le interesaba todo el pueblo, su visión pastoral no se limitaba a repartir enseñanza a los cuatro vientos, sino a formar a los pastores que atendieran, cuidaran y sirvieran a las ovejas. La prioridad de Jesús fue terminar el proceso pedagógico en doce de sus discípulos. Él quería dejar acabado el modelo, para que todos nosotros tuviéramos un marco de referencia que nos guiara en nuestro trabajo pastoral.

"Yo por ellos me consagro", confesó en la última cena (Cf. Jn 17,19). Jesús se consagró en cuerpo y alma a troquelar a doce que, siendo como él, pudieran continuar en el tiempo y propagar en el espacio su obra salvífica. Porque la tarea de cosechar la mies ya madura en los campos era apremiante, supo invertir y capitalizar el poco tiempo que tenía.

No le interesaba la producción en serie ni la gran cantidad de seguidores, sino la calidad. Proporcionalmente, modeló sólo a cuatro en un año. ¡Un discípulo cada tres meses!

Es claro que Jesús tenía una estrategia: no sólo formar discípulos, sino que a éstos los capacitó para llegar a ser a su vez, formadores de nuevos discípulos, los cuales llegaron a ser maestros también. Por eso, la comunidad primitiva se congregaba en torno a la enseñanza de los Apóstoles (Cf. Hech 2,42).

Jesús, a diferencia de Juan Bautista, que sólo tenía discípulos, transformó a los suyos en maestros.

La opción preferencial de la labor pastoral de Jesús fue la formación de discípulos. Por lo tanto, cualquier colaboración en instaurar y extender el Reino, debe ser con base en la formación de auténticos discípulos de Jesús.

La gran comisión confiada por Jesús a los suyos fue:

> *Vayan y hagan discípulos a todas las gentes:*
> *Mt 28,18-20.*

Evangelizar no se reduce a la comunicación de un mensaje, ni siquiera a hablar de Jesús, sino que es una tarea de escultor: formar discípulos de Jesús que a su vez formen otros discípulos.

II
EL MAESTRO Y EL DISCÍPULO

A. LOS MAESTROS DE ISRAEL

La relación maestro-discípulo en Israel era muy distinta a lo que hoy nosotros estamos acostumbrados con los profesores de nuestras escuelas. Para comprenderlo es necesario despojarnos de nuestros conceptos catedráticos e introducirnos en el túnel del tiempo, que nos transporte al Oriente y a la mentalidad que imperaba hace dos mil años.

No se trataba de profesores que repitieran lecciones aprendidas o transmitieran el fruto de sus investigaciones, sino que eran laicos competentes que enseñaban a los demás cómo encontrar y cumplir la voluntad de Dios.

Eran estudiosos de la Ley, que enseñaban a vivir de acuerdo con el plan divino. Facilitaban hallar el sentido de la existencia y la forma de cumplir la propia vocación. Así, el maestro llegaba a ser más importante que el mismo padre.

Para un hebreo, era mucho más fundamental saber vivir que vivir, y por lo tanto el maestro tenía prioridad sobre el mismo progenitor.

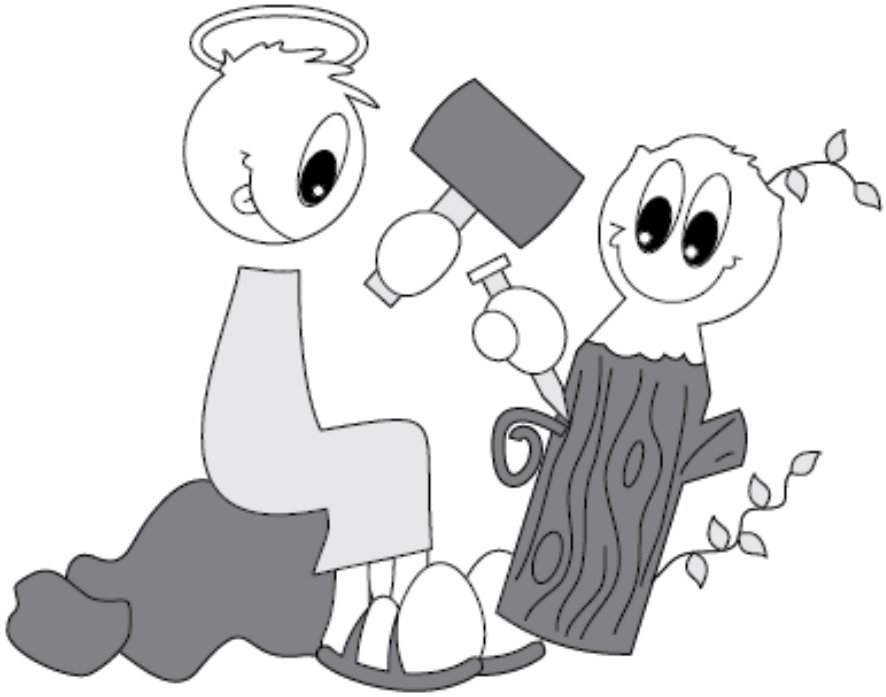
Hillel o Shamái no contaban con una academia o un instituto para impartir sus conocimientos, sino que su propio estilo de vida era lo que enseñaban. Su autoridad no se basaba en títulos o estudios, sino en la vida que llevaban.

Esto era lo que llamaba la atención e invitaba a otros a seguirlos e imitarlos. Su ejemplo era más elocuente que sus palabras. Por ello, los discípulos tenían que convivir con su maestro, puesto que observándolo era como aprendían a vivir.

B. JESÚS MAESTRO

Jesús aparece en el escenario religioso de su tiempo como uno más de estos maestros de Israel. Por lo tanto, viene a enseñar a vivir. Por eso, acepta ser llamado *"Rabbí"* –Maestro– y se rodea de seguidores para enseñarlos a vivir de la misma manera que él lo hace.

En los evangelios aparece cuarenta y ocho veces el término maestro (*didáscalos*), quince veces *"Rabbí"* y en dos ocasiones se presenta *"Rabbuní"*. En todas estas apariciones se nos ofrecen distintos valores para delinear el perfil de Jesús como Maestro.
"Maestro", es uno de los pocos títulos que Jesús se atribuye a sí mismo (Cf. Jn 13,13).
Sin embargo, Jesús se distingue de los otros maestros por cinco características que lo hacen único:



El maestro forma a sus discípulos

- En aquel tiempo los discípulos tenían el derecho de seleccionar al maestro que más les convenciera y conviniera. En el caso de Jesús, no es así. Él mismo elige personalmente a cada uno de sus seguidores (Cf. Jn 15,16).
- El discipulado era tomado como una etapa temporal. Los discípulos de Jesús lo siguen por toda la vida y no les está permitido volver atrás (Cf. Lc 9,62).
- Los discípulos estaban al servicio del maestro casi de la misma forma que un esclavo servía a su amo. Jesús, por su parte, no los llamaba siervos, sino amigos (Cf. Jn 15,15).
- Los niños y las mujeres no eran considerados aptos para el discipulado. Sin embargo, Jesús pide que los niños se acerquen a Él (Cf. Mc 10,14) y un grupo de mujeres lo siguen para aprender a vivir su vida (Cf. Lc 8,3).

- Los seguidores de un ilustre maestro gozaban de fama y autoridad ante el pueblo. Quien había sido instruido a los pies de Gamaliel, lo tenía como un orgullo, y así lo consignaba en su *currículum vitae* (Cf. Hech 22,3). Por el contrario, Jesús no ofrece sino problemas, persecuciones y calumnias (Cf. Mt 5,11).

Así pues, aunque Jesús parece uno más de los muchos maestros de Israel, al mismo tiempo se distingue de ellos. Como todos éstos, enseña a vivir, pero su estilo de vida tiene características que lo hacen único entre los demás.

C. EL DISCIPULADO Y EL DISCÍPULO DE JESÚS

El sistema del discipulado en Israel exigía ciertas características y renuncias que no todo mundo podía satisfacer. Hasta que un joven judío celebraba su *Bar Mitzvá* (*hijo del precepto*) a los trece años, estaba apto para comenzar el itinerario del discipulado.

El discipulado era un privilegio y una responsabilidad que abarcaba todos los aspectos de la vida, y que por lo tanto exigía disponibilidad plena para dejarse moldear por el maestro.

El discipulado asimismo era un sistema que buscaba transmitir sabiduría para saber vivir bien. Gracias a éste se mantenía viva la fuente de vivencias de Israel.

Como el maestro comunicaba, ante todo, experiencias, y éstas de por sí tienen un carácter intransferible, entonces se buscaba conducir a los discípulos a que tuvieran sus propias experiencias.

El discípulo era prácticamente como un esclavo. A cambio de la enseñanza que recibía, prestaba servicio en todas las necesidades de su maestro. Lo único que lo distinguía de un esclavo, era que no estaba obligado a lavar los pies de su maestro. En todo lo demás, no había mucha diferencia.

a. Objetivo: Ser como su Maestro

La meta de todo discípulo es llegar a ser y vivir como su Maestro:

Bástale al discípulo ser como su maestro: Mt 10,25.

En el Nuevo Testamento aparece doscientas sesenta y dos veces la palabra *"discípulo"* (*Mazetés*). Es decir, contamos con una gran variedad de datos evangélicos para delinear a aquél que busca llegar a ser como su Maestro, reproduciendo sus criterios, acciones y misión.

Si con una sola frase quisiéramos definir el perfil del discípulo, sería: "es como su Maestro": aplica la jerarquía de valores de su Maestro a la vida moral, laboral, familiar, religiosa, económica, social y política. El discípulo ora y perdona como su Maestro. Gasta el tiempo y se divierte de acuerdo al modelo de su Maestro.
Piensa, vive y muere como su Maestro.

b. Vocación: Estar con el Maestro

El discípulo ha sido llamado para cumplir un objetivo bien claro y determinado:

Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó a doce:
– para que estuvieran con él
– Y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios: Mc 3,13-15.

En este texto están perfectamente delineadas la vocación y la misión:

- La vocación es estar con el Maestro.
- La misión (como consecuencia directa) es evangelizar y expulsar demonios.

El discípulo se sienta a los pies del Maestro

La primera vocación de un discípulo es estar con Jesús, o acompañarlo, como traducen otras versiones. Mas para vivir como el Maestro se debe vivir con él, invirtiendo el tiempo en aprender su estilo de vida.

Después, sólo después y siempre después, viene la misión: evangelizar.
De ninguna manera se pueden invertir las funciones, so pena de desvirtuar por completo la visión pastoral de Jesús, pues correríamos el riesgo de ser descalificados.

c. Itinerario: Primero discípulos, y luego apóstoles

La docena de apóstoles no brotó de la nada ni a través de generación espontánea. El evangelista San Lucas aclara que fueron llamados precisamente de entre el grupo de los discípulos:

Por aquellos días Jesús fue al monte a orar
y pasó la noche en la oración con Dios.
Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos
y eligió de entre ellos a doce,
a los que llamó también apóstoles: Lc 6,12-13.

La condición indispensable para llegar a ser apóstol, es antes ser discípulo. Jesús no pidió títulos académicos ni certificado de buena conducta; ni siquiera que fueran célibes o tuvieran ciertos estudios. La única prueba que había que pasar para llegar a ser apóstol, era ser, antes, uno de sus discípulos.
Si un apóstol no es primeramente discípulo de Jesús, es como si la flecha de su vida hubiera errado la dirección.
Por desgracia, muchas veces se tiene como meta prioritaria el llegar a ser apóstol y no discípulo. Interesa más el ministerio y la función en la Iglesia, que la relación con el Maestro. Por eso, hoy existen muchos "apóstoles" que nunca antes fueron discípulos de Jesús, sino simplemente modelados por un sistema, estructura o cultura religiosa.
En el plan pastoral de Jesús, para ser apóstol (*enviado*) se necesita antes haber sido discípulo (*llamado*). Pero muchos han suplido el discipulado por el trabajo apostólico, la imitación del fundador de una congregación, el celibato o un cargo en la Iglesia. Se ha devaluado lo esencial y se da más importancia a lo secundario. Se ha perdido el sentido de la vida y se han invertido los valores evangélicos.

Todo apóstol debe compartir el santo temor de Pablo que, a pesar de todas sus maravillosas enseñanzas, ministerio apostólico, sufrimientos por el Evangelio y todos sus carismas, fue descalificado a causa de no ser discípulo de Jesús:

Los atletas se privan de todo
por una corona corruptible. Así, yo corro
y golpeo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo proclamado a los demás,
resulte yo mismo descalificado: 1Cor 9,25-27.

Jesús mismo lo advierte cuando nos avisa que en el último día "muchos" argumentarán: *Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, realizamos tantos milagros y hasta expulsamos todo tipo de demonios?* Sin embargo, el Señor les responderá: *Apártense de mí, agentes de iniquidad, yo no los conozco* (Cf. Mt 7,23). Otros, incluso, asegurarán haber comido y bebido con él, pero también se les negará la entrada al Reino (Cf. Lc 13,25-27). "Estar con Jesús" no se reduce a una presencia física, sino a la comunión, que incluye adoptar el plan de vida propuesto en el sermón del monte. Quien no se identifique con el Maestro, será descalificado necesariamente.

Se trata de una palabra muy severa para aquellos que han trabajado mucho por llevar la Buena Nueva, se han sacrificado y luchado contra las fuerzas del mal, han estado más preocupados por la viña que por el Viñador y se han centrado más en el trabajo que en la relación con el Hijo del Viñador. A quienes han corrido y se han fatigado, se les descalifica porque han perdido el primer amor y no han dado en el centro del círculo.

En los años ochenta, el atleta Daniel Bautista era el mejor marchista mexicano. Había ganado todas las competencias y sólo le faltaba conquistar la presea áurea de los Juegos Olímpicos.

Para ello, se preparó durante mucho tiempo: entrenaba diariamente, llevaba una rigurosa dieta y vida sacrificada que sólo era compensada por la ilusión de ganar la marcha de los veinte kilómetros en la Olimpiada.

Tras haber ganado todas las competencias previas, Daniel Bautista se encontraba en la plenitud de sus condiciones para ganar la carrera en la Olimpiada de Moscú en 1984.

Al comenzar la caminata, un abanico de colores y banderas se lanzó tras la lejana meta con la esperanza de triunfar.

Pronto, los mejor preparados despuntaron del grupo; de entre los cuales, por supuesto, Daniel Bautista sobresalía.

En el estadio se anunció que estaban a punto de entrar los que encabezaban la marcha. A nadie sorprendió ver que el primero era el mexicano Daniel Bautista.

Con paso vencedor aceleró la marcha en la recta final, ante los aplausos y las cámaras de televisión.

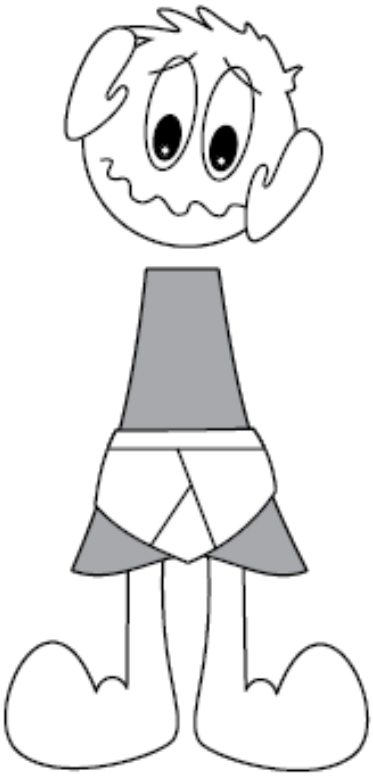
Pero cuando ya se festejaba su indiscutible triunfo, a unos cuantos metros de la meta, sin oponente que pudiera alcanzarlo, Daniel Bautista fue descalificado por los jueces y se vio obligado a abandonar la carrera.

Después de años de duro trabajo y continuo sacrificio, luego de haber ganado todas las pruebas de preparación, encabezando la competencia definitiva, y a unos cuantos pasos de la meta, Daniel Bautista fue descalificado por perder el paso.

Todo aquel que pierda el paso, dando prioridad a la misión sobre la vocación, en lugar de recibir una medalla de premio a sus esfuerzos, escuchará una dura palabra: *"agente de iniquidad"*.

Es contraproducente ser apóstol sin antes ser discípulo. Lo primero es lo primero. El apóstol, antes fue discípulo y nunca deja de serlo después.

Es muy significativo que a los apóstoles se les siga llamando *"los doce discípulos"*: Mt 10,1; 11,1; porque jamás un apóstol renuncia a lo esencial: ser discípulo.



La misión apostólica se enraíza en el discipulado. Los más grandes apóstoles han de ser los más auténticos discípulos.

Un día, Jesús resucitado se apareció a siete apóstoles junto al Mar de Tiberíades y les indicó cómo y dónde lograr la pesca más sorprendente de su vida. Fue tanta la cantidad de peces, que entre todos ellos no podían sacar la pesada red.

Pero, en cuanto Pedro, que era el jefe de la operación y el más experimentado del grupo, se dio cuenta de que Jesús estaba en la orilla, dejó peces y pescadores, abandonó la barca y se echó al mar para encontrarse con Jesús. Curiosamente, lo que entre los siete no eran capaces de hacer, lo lograron en cuanto Pedro se fue con Jesús.

El lugar de un dirigente es estar con Jesús. Si él se encuentra donde debe estar, hasta la tarea de los demás se facilita.

Cuando juntos no podemos realizar algo, el jefe de la operación se debe retirar a orar. Este es el ejemplo de Gedeón que se va a orar a Gabaón (Cf. Jos 10,11-13); el de Moisés, que hace lo mismo mientras el pueblo lucha contra los Amalecitas (Cf. Ex 17,8-16), y el de Josué (Cf. Jos 7,69).

El puesto del dirigente no es estar en la batalla, sino donde se consigue la victoria: al lado de Jesús.

d. La prioridad de Jesús: sus discípulos

Jesús no trataba a todo mundo igual. Tenía una predilección radical: su opción preferencial fue atender y formar a sus discípulos. Primero debían vivir como auténticos discípulos, para después servir como apóstoles.

De ninguna manera se puede confundir a un discípulo como uno de los tantos seguidores del Maestro. Son dos cosas muy diferentes. Que no están al mismo nivel, lo atestigua el siguiente pasaje:

> *Jesús se retiró con sus discípulos*
> *a la otra orilla del mar, y lo siguió una gran*
> *muchedumbre de Galilea: Mc 3,7.*

Jesús toma la iniciativa y se retira acompañado de los discípulos. La multitud entra en otra esfera: lo sigue porque *"han oído lo que hace"* (Cf. Mc 3,8), pero no por él mismo. Jesús tenía un trato especial con sus discípulos, que no guardaba con todas las personas. Ellos

ocupaban el lugar más importante de sus intereses y predilecciones. Se interesaba más por ellos que por la inmensa multitud que lo rodeaba. A ellos les revelaba cosas que los reyes y profetas desearon ver y oír. En no pocas ocasiones se alejó de las multitudes y se fue con ellos:

Caminaba y no quería que la gente lo supiese,
porque iba instruyendo a sus discípulos: Mc 9,30.

Cuando Jesús atendía a sus discípulos, no consentía que la gente lo abordase, pues estaba ocupado en el trabajo más importante.
La formación de sus discípulos estaba por encima de cualquier otra actividad. A ellos les explicaba las parábolas en privado (Cf. Mc 4,34) y los llevaba a un lugar apartado (Cf. Mc 6,31). Los enseñaba a orar (Cf. Lc 11,1-13). Y en medio de las multitudes, se dirigía primeramente a sus discípulos (Cf. Lc 12,1). Con ellos celebró la Pascua (Cf. Mc 14,14) y se les apareció antes que a nadie (Cf. Lc 21,14). Así pues, la opción preferencial de Jesús fueron ellos.
En el Monte de los Olivos se encuentra una construcción inconclusa, que es conocida como *"La Iglesia del Pater Noster".* Los turistas, fascinados por la diversidad de lenguas en que está escrita esta ejemplar oración, pasan distraídos por una pequeña cueva donde Jesús solía enseñar a sus discípulos.
Envuelto en las entrañas de la tierra, en paz y calma, el Maestro pasaba largos momentos de intimidad con los suyos, lejos del ruido y el trabajo cotidiano.
No puede existir un verdadero discípulo de Jesús que no se retire a una "cueva" para estar con el Maestro, aprendiendo las lecciones de la vida.

e. Los seguidores de Jesús

Lo importante no es seguir a Jesús, sino la razón por la cual se sigue. Un discípulo sigue a su Maestro de forma muy diferente a como lo sigue un anónimo de la multitud. San Marcos nos cuenta:

Llegan a Jericó y cuando salían lo seguía
una gran multitud y sus discípulos:
Mc 10,46.

Se trataba de dos grupos muy distintos. Se puede seguir a Jesús como multitud o como discípulo:

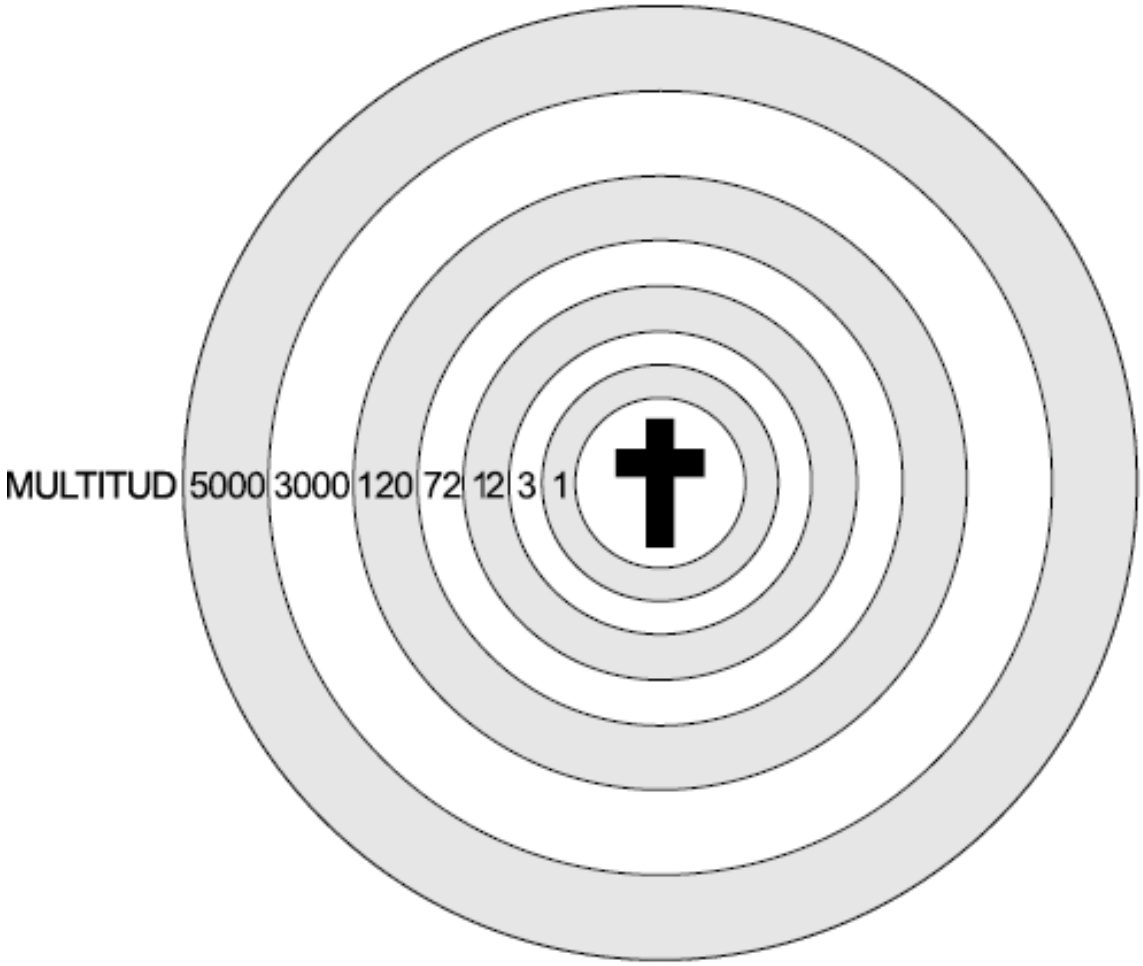
- La multitud seguía al famoso taumaturgo de Galilea porque le daba pan (Cf. Jn 6,26), pero sus discípulos no tienen ni tiempo para comer (Cf. Mc 3,20).
- Muchos lo acompañaban por los milagros que realizaba, pero a la hora de la verdad lo abandonaban (Cf. Jn 6,67). Sus discípulos suben con él a Jerusalén (Cf. Lc 18,31), y uno de ellos permanece fiel hasta la cruz (Cf. Jn 19,26).
- La gente, un día lo proclama rey, pero al día siguiente le da la espalda, porque sus palabras eran muy duras (Cf. Jn 6,65-66). Sus discípulos no lo dejan jamás, pues ya no tienen a dónde ir (Cf. Jn 6,68).
- La multitud dice que Jesús es Elías, Jeremías o alguno de los profetas. Para el discípulo, es el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Cf. Mt 16,16). La multitud es como quien construye sobre arena, o la semilla que cae en el camino, las piedras o los abrojos. El discípulo porque pone en práctica la palabra, está cimentado sobre roca y da fruto al treinta, sesenta y ciento por uno (Cf. Mc 4,20).
- Para la gente, Jesús tiene la verdad; para sus discípulos, él es la verdad (Cf. Jn 14,6).
- Las turbas lo vitorean con emoción y aplausos el Domingo de Ramos, pero lo condenan el Viernes Santo. Los discípulos corren la misma suerte que el Maestro:

  Si me han perseguido a mí,
  también los perseguirán a ustedes: Jn 15,20.

Así pues, era muy diferente ser uno de los miles de seguidores del predicador de Galilea, que uno de los doce discípulos del Maestro. La multitud podía seguir a Jesús por muy diferentes motivos, pero sus discípulos sólo tenían un objetivo: aprender a vivir de acuerdo a su estilo de vida.

Ocho esferas

En el seguimiento de Jesús, tenemos varios círculos concéntricos:



- Multitud

  Que un día lo aclamaba y luego pide su crucifixión (Cf. Lc 5,15; Mc 11,9; 15,13).

- 5,000

  Los que lo siguen porque les da alimento que sacia su hambre (Cf. Mt 14,21).

- 3,000

  Los convertidos el día de Pentecostés, que han tenido la experiencia del poder del Espíritu (Cf. Hech 2,41).

- 120

  Son los que oran, junto con María, esperando la venida del Espíritu. Están en oración, pero no hacen algo más (Cf. Hech 1,14-15).

- 72

Son los evangelizadores que recorren las ciudades y los países llevando la Buena Nueva. Predicadores incansables que están llenos del celo por el Evangelio (Cf. Lc 10,1.17).

- 12

Son los verdaderos discípulos de Jesús que se dejan moldear a la imagen y semejanza de su Maestro. Reproducen su estilo de vida y ponen en práctica la palabra que escuchan (Cf. Mc 3,14.16; Lc 8,1; 6,40).

- 3

Los preferidos: Pedro, Santiago y Juan, que lo acompañan a la cumbre del Tabor, pero también a la pasión en Getsemaní (Cf. Mt 17,1; Mc 14,32-33).

- 1

El discípulo amado, que se recuesta en el pecho del Maestro y no lo abandona en donde todos lo dejaron: la cruz (Cf. Jn 19,26-27.35).

III
LA PEDAGOGÍA DE JESÚS

Jesús utilizó una pedagogía muy especial con sus discípulos en orden a que ellos también la aplicaran a su vez. No sólo les enseñó, sino que les enseñó a enseñar. Veamos algunos de los elementos del método pedagógico de Jesús:

A. PARTE DE LA REALIDAD

Jesús siempre partía de la realidad. Observaba cuidadosamente la naturaleza y los acontecimientos más ordinarios de la vida diaria. Un día se sentó con sus discípulos frente al Tesoro del templo. En eso, llegó una mujer pobre que ofrendó dos moneditas. Jesús la observó e hizo notar el hecho a los suyos. Finalmente, sacó una conclusión para ellos: *Dio más que los demás* (Cf. Mc 12,41-44).

Jesús extraía un mensaje de cualquier cosa:

- Fenómenos naturales: El relámpago que aparece inesperadamente en el cielo, le sirve para hablar de su sorpresiva venida.
- Las realidades rurales son sus preferidas para revelar del misterio del Reino: el grano de mostaza, la vid, la higuera, el campo, etc.
- Las características propias de cada animal le sirven como vehículo de su mensaje: el camello, el zorro, la paloma, la serpiente, etc. Se habla de más de 20 animales en el Evangelio.
- Acontecimientos: Una boda, un banquete, un asalto en despoblado.

Jesús partía de lo concreto para llegar a formular algún principio o valor. Su camino siempre iba de lo sensible a lo abstracto. Por eso insistió a sus discípulos: "*miren lo que oyen*" (Mc 4,24). No se trataba simplemente de ver (*horao*), sino de observar (*blepo*): los lirios del campo, los pájaros del cielo, y hasta ver a los mudos hablar (Cf. Mt 15,31).

Su misión fue precisamente abrir los ojos a la gente, para que pudiera descubrir el mensaje inscrito en las realidades temporales. A veces contaba una historia para sacar una conclusión:

- El buen samaritano: haz tú lo mismo (Cf. Lc 10,29-37).
- Los dos deudores: perdonar de corazón (Cf. Mt 18,23-35).
- Las diez vírgenes: velar (Cf. Mt 25,1-13).

Su libro de texto era la naturaleza. No tenía una extensa biblioteca con volúmenes en todos los idiomas, sino que las cosas más naturales le servían de puente de comunicación. Su base de datos era la naturaleza.

B. DIÁLOGO DE PREGUNTAS

a. Preguntas del Maestro a los discípulos

Su pedagogía no alimentaba la pasividad de sus discípulos, sino que los hacía pensar, sacando conclusiones del interior de ellos. No era un aula de clases donde el profesor impusiera sus criterios, sino que los hacía aprender por ellos mismos.

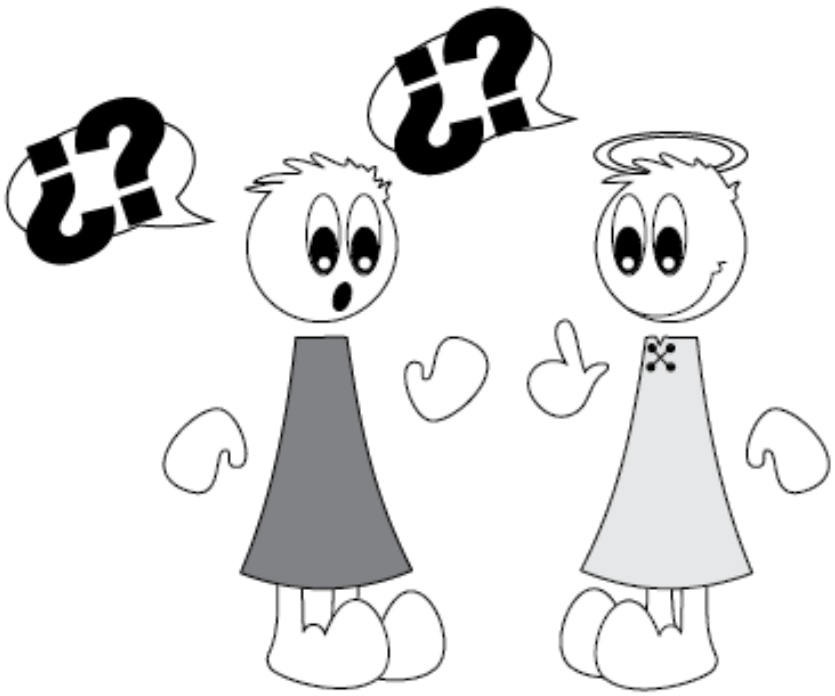
Tampoco impuso dogmas, sino que a través de preguntas, buscaba que cada uno llegara al objetivo propuesto. Cuestionaba a sus discípulos, para que aprendieran a entrar en sí mismos y encontraran las respuestas.

Su metodología partía de un principio antropológico y teológico: Dios no está lejos de nosotros; en Él vivimos, nos movemos y existimos, ya que Él mismo ha hecho su morada en nuestro corazón y está no sólo con nosotros, sino en nosotros.

Vamos a seleccionar una pequeña lista de las muchas preguntas planteadas a lo largo del Evangelio:

- ¿Qué buscan? (Cf. Jn 1,38).
- ¿Quién dicen que soy yo? (Cf. Mt 16,15).
- ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? (Cf. Jn 11,40).
- ¿Por qué lloras? (Cf. Jn 20,13).
- ¿Quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? (Cf. Lc 22,27).
- ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? (Cf. Mt 6,25).
- ¿Por qué suplantan el mandamiento de Dios, por su tradición? (Cf. Mt 15,3).
- ¿Por qué preocuparse de lo demás? (Cf. Lc 12,26).
- ¿Por qué piensan mal en sus corazones? (Cf. Mt 9,4).
- ¿Cómo pueden ustedes hablar cosas buenas, siendo malos? (Cf. Mt 12,34).
- ¿Por qué dudaste? (Cf. Mt 14,31).
- ¿Qué puede dar el hombre a cambio de su vida? (Cf. Mt 16,26).
- ¿Qué quieres que te haga? (Cf. Lc 18,41).
- ¿También ustedes quieren marcharse? (Cf. Jn 6,67).
- ¿Nadie te ha condenado? (Cf. Jn 8,10).
- ¿Por qué no me creen? (Cf. Jn 8,46).

- ¿Me amas más que éstos? (Jn 21,15).
- ¿A ti qué te importa? (Jn 21,22).



Diálogo de preguntas

Es asombroso el número de preguntas que Jesús plantea a lo largo de todo el Evangelio. Son más de doscientas.
Simplemente, en el texto de Mc 8,16-21 encontramos nueve preguntas seguidas.
Él no pretendía dar recetas o fórmulas, sino que saliera del corazón del discípulo la respuesta adecuada.
Por otro lado, su enseñanza, y sobre todo su vida y acciones, planteaban interrogantes (Cf. Mt 13,55-56; 8,27; 21,10).
Es más, cuando se le preguntaba algo, muchas veces él contestaba con otra interrogante (Cf. Mt 9,14-15; 12,26-27; 15,1-3; 15,33-34; 19,16-17; 21,15-16).

b. Preguntas del discípulo al Maestro

El discípulo recurre al Maestro porque quiere conocer la verdad. Sin embargo, en el caso de Jesús, él no sólo tiene la verdad, sino que él mismo es la verdad (Cf. Jn 14,6). Por eso encontramos que los discípulos le preguntan sobre situaciones que sólo él puede definir:

- ¿Cuántas veces debo perdonar a mi hermano? (Cf. Mt 18,21-22).

- ¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo? (Cf. Mt 19,3).
- Nosotros que lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿cuál será nuestra recompensa? (Cf. Mt 19,27).
- Señor, ¿a quién iremos? (Cf. Jn 6,68).
- ¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel? (Cf. Hech 1,6).
- Maestro, ¿dónde vives? (Cf. Jn 1,38).

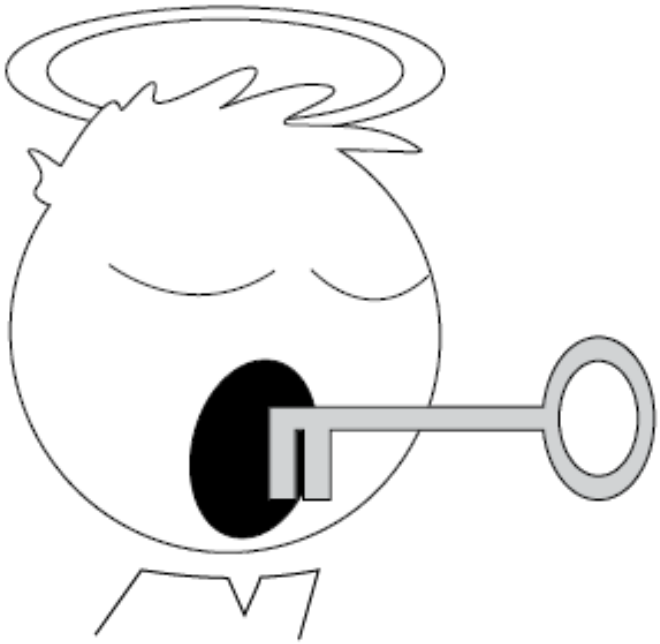
Otras personas también hacen preguntas esenciales a Jesús:

- Pilato: ¿Qué es la verdad? (Cf. Jn 18,38).
- Sumo sacerdote: ¿Eres tú, rey? (Cf. Jn 18,37).
- Escribas ¿Cuál es el primer mandamiento? (Cf. Mc 12,28).
- Enemigos: ¿Se debe pagar tributo al César? (Cf. Mc 12,14).

C. FRASES CLAVES

Cuando el Maestro impartía una enseñanza a sus discípulos, la sintetizaba en una frase corta, para que ésta se quedara grabada en la mente de sus oyentes y sirviera como criterio de vida. De esta forma, ellos jamás olvidaban este punto medular y a través de esas frases se podía reconstruir la esencia de toda la instrucción. He aquí algunas de ellas:

- El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado (Cf. Mc 2,27).
- No vine a buscar a los justos, sino a los pecadores (Cf. Mt 9,13).
- Ámense los unos a los otros como yo los he amado (Cf. Jn 13,34).
- Todo es posible para el que cree (Cf. Mc 9,23).

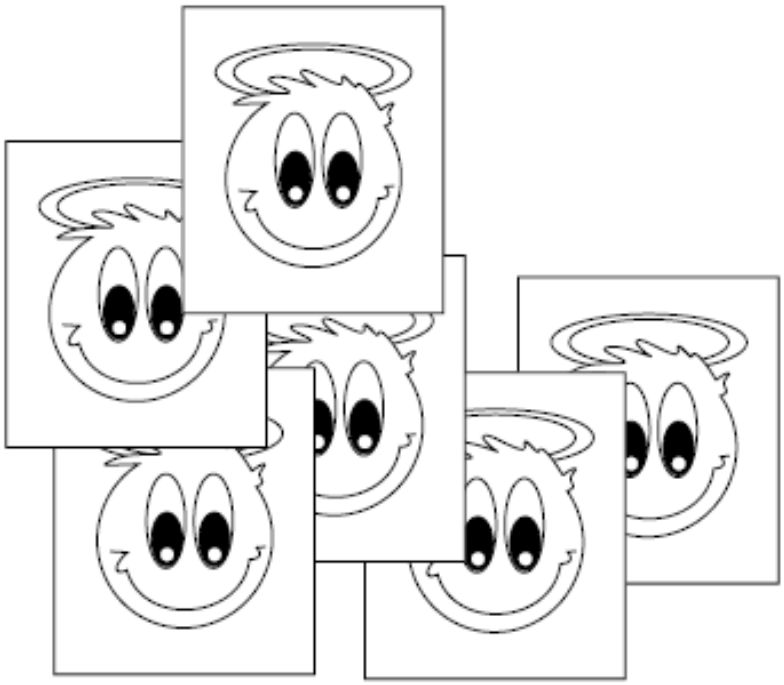


Enseñaba con frases clave

Las bienaventuranzas constituyen el concentrado de la predicación de Jesús a lo largo de tres años de ministerio, que los escritores sagrados fueron capaces de consignar por escrito muchos años después, porque conservaban las cápsulas esenciales.
El Padre nuestro, más que una fórmula para ser repetida, es el arcoíris de las actitudes de la oración de Jesús (y, por lo tanto, también de sus discípulos), que el autor sagrado fue tejiendo con frases claves que Jesús constantemente repetía. Por otro lado, todas las frases que son introducidas *"En verdad, en verdad les digo"*, o *"Yo les aseguro"*, son muy importantes, y deben considerarse como conclusiones que sintetizan aspectos esenciales de la predicación de Jesús.

D. REPITIENDO

Jesús no fue una enciclopedia con todos los temas. Más bien enseñó las mismas cosas muchas veces. Utilizó la técnica de repetir lo esencial una y otra vez, para que se quedara perfectamente grabado en la mente de sus discípulos.



Repitiendo muchas veces lo mismo

Esto era con el fin de que los suyos nunca lo olvidaran, lo tomaran como programa de vida y luego lo reprodujeran.
El ejemplo más típico es el relato del juicio final (Cf. Mt 25,31-46), donde tres veces se reitera la lista de las seis obras de misericordia.

E. CITANDO Y SUPERANDO EL ANTIGUO TESTAMENTO

Ordinariamente Jesús se dirigía a personas que conocían las Escrituras. Por lo tanto, aludía a pasajes que encontraban su sentido pleno en su persona y ministerio. San Mateo ha sido pródigo en estas citas, entre las cuales sobresalen:

- Miq 5,1 citado en Mt 2,6.
- Os 11,1 citado en Mt 2,15.
- Jer 31,15 citado en Mt 2,19.
- Is 40,3 citado en Mt 3,3.
- Mal 3,1 citado en Mt 11,10.

Por otro lado, en los momentos cumbres y determinantes, recurre a la autoridad de las Escrituras:

- A Satanás lo vence basándose en textos bíblicos (Cf. Lc 4,1-13).
- En la sinagoga de Nazaret proclama su plan de trabajo, citando al profeta Isaías (Cf. Lc 4,16-21).

A veces no se trata de una referencia, sino de una comparación, donde generalmente Jesús supera al Antiguo Testamento:

- Existe antes que Abraham (Cf. Jn 8,57-58).
- Es el Señor de David (Cf. Hech 2,34).
- Es superior a Salomón (Cf. Mt 12,42).
- Se compara a Jonás (Cf. Mt 12,41).

En el sermón de la montaña no sólo alude a la antigua legislación promulgada en el Sinaí, sino que la supera y suplanta. Su fórmula es la siguiente: *"Han oído que se dijo... Pero yo les digo ..."*. De esa forma muestra su superioridad sobre los santos escritos, la Ley y los Profetas.

Citando el Antiguo Testamento

Nunca citó a ningún teólogo o psicólogo de su tiempo, sino únicamente la Escritura, que es fuerza de Dios para todo el que cree, ya que es eficaz en sí misma, pues no vuelve vacía al cielo (Cf. Is 55,10-11). Amaba la Palabra, la conocía de memoria y hasta cantaba los Salmos del Hallel (Cf. Mc 14,26).

La renovación bíblica está todavía lejos de arraigar en la mentalidad católica, pues generalmente se hace poco uso de la Santa Escritura, tanto en la predicación como en ciertos documentos eclesiásticos. Basta observar cuántas personas llevan y utilizan la Biblia en un retiro, reunión de pastoral o celebración. Muchas veces se habla más de la evangelización, que dejar hablar al Evangelio.

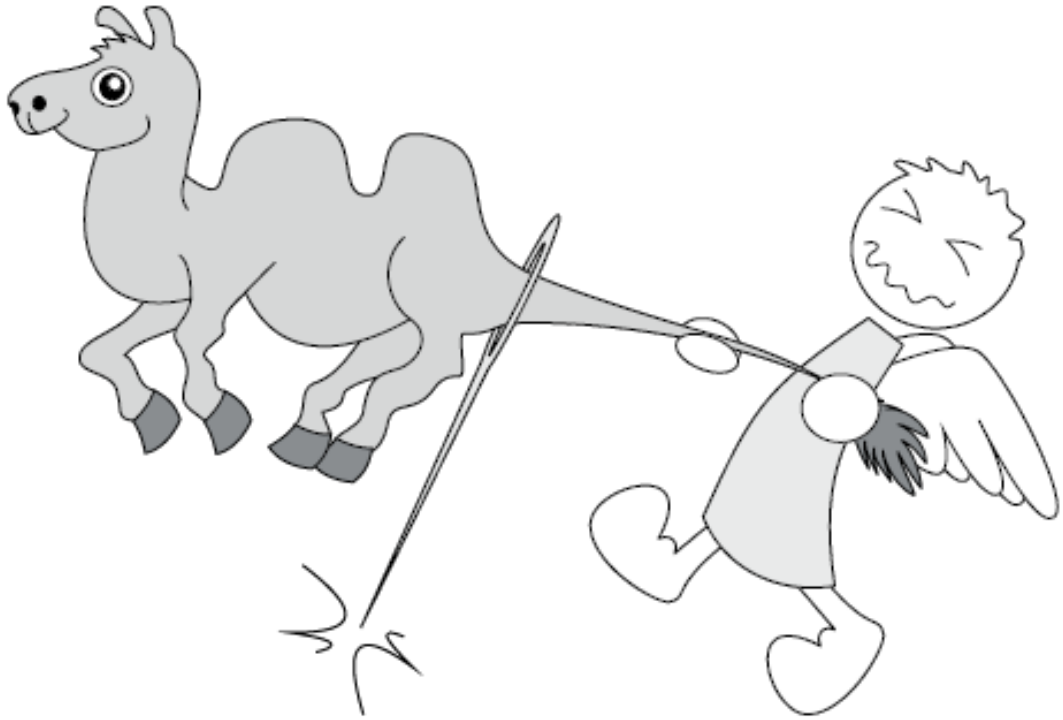
F. EXAGERANDO LOS CONTRASTES

Una característica muy oriental para llamar la atención sobre algún punto, es cargar la tinta en otro aspecto contrastante.

Cuando Jesús habla de colgarse una rueda de molino, sacarse los ojos u odiar al padre o madre, debe entenderse en el contexto del segundo brazo de la frase.

Lo que se pretende es mostrar la supremacía del otro aspecto que se compara. Un ejemplo clásico que expresa que se trata de una

estrategia pedagógica, es cuando reprocha a los fariseos que *cuelan el mosquito, pero se tragan el camello* (Cf. Mt 23,24).



Enseñaba con exageraciones

No podemos pues, tomar las palabras materialmente, sino comprender lo que se quiere decir, cuando Jesús hace los siguientes contrastes:

- Los dos deudores: uno que debía diez mil talentos, y el otro simplemente cien denarios (Cf. Mt 18,23-35).
- La astilla en el ojo del hermano y la viga en el propio (Cf. Lc 6,41-42).
- El rico que todos los días banqueteaba y el pobre Lázaro a la puerta del palacio (Cf. Lc 16,19-31).
- Una casa cimentada sobre arena y otra sobre la roca (Cf. Mt 7,26-27).
- Cafarnaúm y Sodoma (Cf. Mt 11,23-24).
- Un sepulcro blanqueado (Cf. Mt 23,27).

Jesús mantenía la atención de tanta gente y aun de los niños, porque magnificaba las cifras y las circunstancias, lo cual contribuía a que el pueblo jamás olvidara su mensaje.

Por supuesto que lo más importante no era la materialidad de lo que decía, sino lo que él quería subrayar.

G. CON IMÁGENES Y COMPARACIONES

Un formidable recurso pedagógico del Maestro de Nazaret era enseñar a través de símbolos, ya que éstos vienen preñados de un mensaje que todo mundo puede descubrir, aparte de nunca olvidar:

- Yo soy la puerta (Cf. Jn 10,9).
- Yo soy la luz del mundo (Cf. Jn 8,12).
- Yo soy el Buen Pastor (Cf. Jn 10,11).

Jesús no trató temas abstractos. Se limitaba simplemente a presentar el Reino de los Cielos a través de comparaciones.
Sus parábolas eran "historietas" llenas de interés, a los que todo mundo prestaba atención y luego, cada cual, sacaba conclusiones.
Las parábolas, concretamente, no eran recetas o fórmulas para un problema determinado, sino principios que se debían aplicar a toda circunstancia.
A través de ellos, se contaba con una herramienta adaptable a diferentes situaciones.
Jesús no promulgó un Código de Derecho Canónico, ni un recetario moral, ni siquiera un decálogo, sino que contó "historietas" que podían representar cualquier aspecto de la vida. Así, cuando la gente pobre contemplaba los lirios del campo o los pájaros del cielo, olvidaba sus preocupaciones.
Si una mujer tenía en sus manos una perla preciosa, recordaba lo que era el Reino de los Cielos.
En el momento en que un campesino tiraba la simiente en el campo, entendía mejor lo que era la Palabra de Dios.
Al dirigirse una persona al banco por sus intereses, daba importancia a la parábola del talento escondido bajo tierra.
Los carpinteros comprendían muy bien que Jesús era la puerta, los empresarios captaban maravillosamente la parábola del administrador injusto, y a los pescadores no se les dificultaba adentrarse en el misterio del Reino cuando éste era comparado con una red llena de peces.
De este modo: cada vez que se encontraba alguna de estas cosas, ellas se encargaban de repetir el mensaje.
Gracias a este método audiovisual, toda la creación se volvía evangelizadora. La simbología no tiene el desgaste de las palabras y

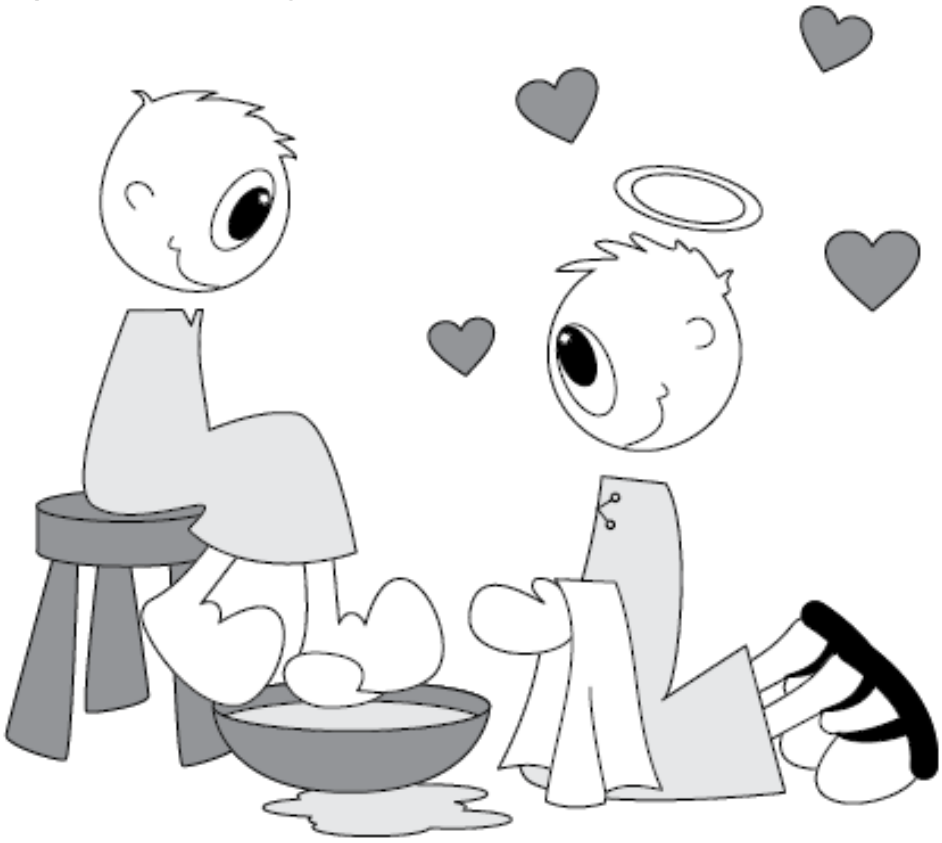
penetra las fronteras de las culturas, pues se aplica a todas las circunstancias de la vida humana.

H. CON SIGNOS PROFÉTICOS

Por otro lado, al igual que algunos profetas, realizó acciones simbólicas, donde lo más importante no era el hecho en sí, sino su profundo significado:

- Anunciar el Evangelio a los pobres (Cf. Lc 3,18).
- Perdonar los pecados (Cf. Mc 2,1-12).
- Curar en sábado (Cf. Mc 3,1-5).
- Lavar los pies a los suyos (Cf. Jn 13,1-17).
- Morir el día de Pascua (Cf. Jn 19,31).

Todos estos signos llevaban una densa carga de mensaje. Eran semillas que contenían grandes verdades dentro de sí.

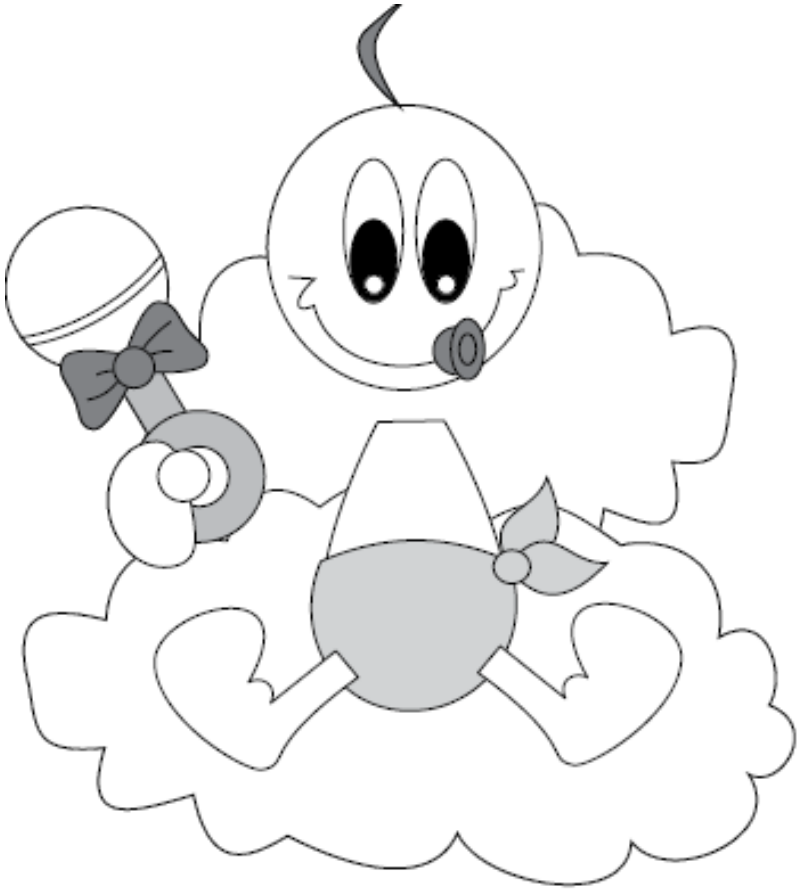


Con signos proféticos

I. EL MODELO: UN NIÑO

El modelo por excelencia para mostrar el Reino, era un niño. Si no se adquirían sus actitudes, no se podía ser discípulo. Quien mejor podía mostrar el Reino no era un diplomado en la escuela rabínica de

Jerusalén, sino un niño que confiaba y dependía de su papá (Cf. Mc 10,15).



El modelo: un niño

J. HACIENDO LAS COSAS

La gente reconocía que Jesús era un Maestro diferente a los demás, por la simple razón de que él cumplía todo lo que predicaba. Más que con palabras, Jesús enseñó con su propio ejemplo. Su estilo de vida era la enseñanza más grande: ¡Bastaba con observar su conducta, para deducir la forma en que debía conducirse un hijo de Dios en este mundo!

Jesús no convocó un congreso para impartir conferencias sobre el perdón, sino que perdonó a la prostituta, a Zaqueo, la triple negación de Pedro y, de manera especial, a sus verdugos: "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen"* (Cf. Lc 23,34).

El Maestro no dictó un curso sobre la pobreza. Él fue pobre: no tenía dinero, posesiones, ni dónde reclinar la cabeza. Lo daba todo, y en

la bolsa de la comunidad no había monedas suficientes para dar alimento a sus seguidores.
Jamás recurrió a las etimologías griegas y hebreas para explicar lo que es el amor, sino que dio la prueba máxima del amor: ofrendar su vida por los que amaba (Cf. Jn 15,13).
Los pastores en Israel no caminaban detrás de las ovejas, sino delante de ellas. Por eso, Jesús aclara que él es el Buen Pastor que va delante, y sus ovejas lo siguen. Primero, él hace las cosas y los demás lo imitan. Por ello, se atrevió a decir: *"Aprendan de mí"* (Cf. Mt 11,29).
La eficacia del ejército israelí radica en que entre sus comandantes no existe la orden *"al ataque"*, sino *"ajarái=atrás de mí"*. El capitán nunca se queda atrincherado ni da las indicaciones desde un escritorio, sino que es el primero que sale a la línea de fuego.
Él pone el ejemplo y realiza las cosas, antes de indicar a los demás lo que deben hacer.
¿Alguna de nuestras universidades católicas, seminarios o centros de formación se podría llamar "ajarái"? Nosotros mismos, ¿nos atreveríamos a decir a los demás: "ajarái"?
Jesús, primero hacía las cosas y luego las predicaba. Todas sus enseñanzas fueron avaladas por su propio ejemplo.
Allí radicaba su superioridad sobre escribas y fariseos, que tenían magníficas enseñanzas, pero no las llevaban a la practica. La autoridad de Jesús no se basaba en título alguno, sino en vivir todo lo que predicaba.
Jesús dijo *"ajarái"* cuando proclamó: *"Aprendan de mí"* (Cf. Mt 11,29).
A veces hay pastores que en lugar de ir delante del rebaño, sólo ordenan que los demás hagan esto y eviten aquello. Ésta era precisamente la grave recriminación que Jesús achacaba a los escribas de Israel: "*Dicen, pero no hacen"* (Cf. Mt 23,3-32). Eran como la campana que a todos invita a misa, pero ella nunca baja del campanario para participar en la Eucaristía.
Por otro lado, no le importaba saturar de conocimientos a sus discípulos, sino que éstos hicieran vida cada una de sus palabras. No

pretendía tener una multitud de oidores de su Palabra, sino que sus discípulos fueran fieles cumplidores de su mensaje. Lo más importante para el Maestro, no era fundar una universidad pontificia, sino un laboratorio donde se pusiera en práctica lo que él enseñaba. Esto era lo que él describía como "construir sobre la roca" (Cf. Mt 7,24-27).

Ajarái: hagan lo que yo hago

Su escuela era un taller donde la enseñanza debía comprobarse. El signo que caracterizaba a un discípulo suyo no era un grado académico, o un título, sino vivir lo enseñado:

Si se mantienen fieles a mi Palabra, serán realmente mis discípulos: Jn 8,31.

Resumen

El maestro es aquel que enseña a vivir y el discípulo es quien se asemeja a su maestro, reproduciendo su estilo de vida. Jesús era un Maestro muy original, con una estrategia y una metodología que comprometían al discípulo y le enseñaba a vivir con su vida misma. No es lo mismo ser uno entre la multitud de los que siguen a Jesús,

que pertenecer al grupo de los discípulos. Es muy diferente. A Jesús no le importaban tanto las multitudes. Su opción preferencial fue formar a sus doce discípulos. Tampoco es lo mismo ser discípulo, que apóstol. El apóstol, fue antes discípulo.

IV
UN DÍA CON JESÚS

San Marcos nos presenta la descripción detallada de una jornada completa de la vida de Jesús. No se refiere únicamente al primer día de su ministerio, sino que quiere darnos a entender cómo era la agenda diaria de la vida del Maestro. Se trata, pues, de una visión panorámica de las prioridades de la vida de Jesús, pero sobre todo muestra cómo Jesús sabía armonizar los distintos aspectos de la vida humana.

En primer lugar, se trataba de un sábado, día de riguroso descanso, y cuya observancia sintetizaba la fidelidad a la Ley.

Lo que Jesús haga y diga en este día, se transformará en la norma de vida para todos sus seguidores, superándose de esa forma la antigua legislación.

Cuatro puntos cardinales están delineados en este primer día del ministerio del Maestro en Mc 1,21-38:

- Comienza su jornada en la sinagoga, que era el lugar de la congregación de los hombres justos, que meditan la Palabra de Dios. Allí libera a un hombre atormentado por el mal.
- Luego, se dirige a la casa de sus amigos, donde restablece a una mujer, capacitándola para el servicio.
- Enseguida se encamina a la puerta de la ciudad, donde se impartía la justicia.
- Termina su día en la soledad, en la intimidad consigo mismo y con su Padre.

A. EN LA SINAGOGA (CF. MC 1,21-28)

Al llegar el sábado entró en la sinagoga
y se puso a enseñar.

Jesús comienza el shabbat en "la casa de la asamblea", lugar de oración de la comunidad de Israel. La sinagoga no era un templo, ni se ofrecía sacrificio alguno allí. Cada semana, el pueblo religioso acudía a meditar los grandes acontecimientos que habían tejido la historia de la salvación.

Toda sinagoga siempre estaba orientada hacia Jerusalén y el centro de atención del local era el lugar donde se encontraban los sagrados rollos que contenían la Ley, los Escritos y los Profetas. Sin embargo, en cuanto Jesús llega, todo se centra en él, y la sinagoga entera se

orienta a su persona. Marcos repite dos veces que Jesús enseñaba, pero nunca precisa el contenido de su mensaje, porque para él lo más importante no es lo que Jesús dice (como para Mateo), sino lo que el Maestro hace. Él es la Palabra hecha carne. Por eso el evangelista concluye:

Y quedaron asombrados de su doctrina.
Les enseñaba como quien tiene autoridad,
y no como los escribas.

Cuando Marcos aclara que la autoridad de Jesús no era como la de los escribas y fariseos, quiere subrayar que no se trataba de un hombre de la institución, sino un profeta levantado por el viento sorpresivo del Espíritu. En otras palabras, el evangelista, antes de comenzar a esbozar el perfil de Jesús, quiere quitar todo prejuicio o idea preconcebida.

Primero, nos quiere manifestar quién *no* es Jesús: no es un profesional de la religión, ni se identifica con lo ya existente.

No lleva título o autorización externa. Más que descubrirnos quién es Jesús, quiere alimentar la expectativa de que nos encontramos frente a un personaje fuera de serie. Los escribas eran los intérpretes autorizados de la Ley, que se atrincheraban en la tradición de los antepasados.

Los fariseos representaban la fidelidad a los mandamientos, de manera especial en cuanto a la observancia del sábado. Jesús no sólo va a contrastar, sino que, incluso, se opone a ellos.

Había precisamente en la sinagoga
un hombre poseído por un espíritu inmundo,
que se puso a gritar: ¿qué tienes que ver
con nosotros, Jesús de Nazaret?…
¿has venido para destruirnos?: Lc 4,33-34.

Aquí nos encontramos con otras de las muchas preguntas que quedan sin respuesta. El Maestro no contesta, porque no quiere dejarse encajonar en una definición o declaración.

Más bien, responde a la necesidad, liberando a aquel hombre, cuyo nombre desconocemos, pero que a causa de ello, representa a todos los oprimidos por cualquier clase de mal o encadenados por alguna esclavitud.

Se trata del primer milagro del Evangelio, y esto le da una plusvalía al hecho: Jesús vence al enemigo más poderoso.
Por lo tanto, al hacer lo más difícil, tiene ganadas todas las demás batallas.
San Marcos lo escogió como prototipo de la misión mesiánica: no condenar al hombre ni recriminarle su pecado, sino, al contrario, liberarlo de todos sus males. Jesús es el gran solidario de la miseria de los hombres que viene a liberarlo de toda esclavitud.

Todos quedaron pasmados
de tal manera que se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto?

Las actitudes de Jesús suscitan preguntas. Quiere que cada uno vaya despejando la incógnita de su identidad mesiánica.

La primera parte del día la pasó en la Sinagoga

En estos momentos sólo se perfila una nueva doctrina. Notemos que la palabra *"doctrina"* no se refiere a leyes, conceptos o dogmas, sino a todo el conjunto. Por lo tanto, hace referencia a la vida y no se limita sólo a la conducta o la moral de las personas.
En Jesús existe algo que no se encontraba antes en nadie. Se trata de un personaje especial que nos invita a ir desvelando el misterio

de su persona. ¿En qué consiste su diferencia con los escribas y fariseos?
En primer lugar, expone "su doctrina" con poder: signos y prodigios son parte del mensaje. Como los grandes profetas, está acreditado por el poder de Dios. En segundo, él sí vive lo que predica, a diferencia de los fariseos, que imponen pesadas cargas a las espaldas de sus discípulos pero ellos no las sobrellevan ni con un dedo de la mano.
En la sinagoga, Jesús ocupa el lugar de la Ley y los Profetas. Él es la Ley y el Profeta por excelencia. Lo que él hace o dice, está por encima de la antigua legislación. Su vida es un signo profético: viene a liberar a todo oprimido.

B. EN LA CASA DE SUS AMIGOS (CF. MC 1,29-31)

Salió de la sinagoga, se fue con Santiago y Juan
a casa de Simón y Andrés.

El evangelista destaca intencionalmente de dónde sale Jesús y a dónde va, porque este tránsito reviste trascendencia para él. Por otro lado, precisa el nombre de los acompañantes: Santiago y Juan. Es tan importante el itinerario, como con quiénes se recorre. Va a la casa de sus amigos en compañía de otros amigos.
El Maestro, al igual que meditaba los grandes acontecimientos salvíficos en los Escritos y los Profetas, leía la historia de la salvación en el corazón de sus amigos íntimos.
Tan importante era estar en la sinagoga con la gente piadosa, como el clima de confianza y amistad con sus más allegados. Estar con ellos era una de sus prioridades. De ninguna manera era una pérdida de tiempo, sino acercarse a la fuente de la amistad íntima para oxigenar su corazón con el aire puro del amor de sus amigos.

La segunda parte del día la pasó en casa de sus amigos

El alma del joven Maestro de Galilea no se satisfacía con los elogios y la admiración de las multitudes. Precisaba del calor de la confianza que brota de la amistad. Había tanto trabajo, a veces tantas oposiciones de las autoridades religiosas y ataques de los espíritus inmundos, que Jesús necesitaba cargar baterías para poder enfrentar todas las batallas. Por lo tanto, no había día en la vida de Jesús en que él no tuviera tiempo para sus amigos más cercanos.

La suegra de Simón estaba en cama, con fiebre

Este milagro es muy significativo, ya que intenta describir gráficamente en qué consiste el paso de la sinagoga a la casa de Pedro; es decir, del Antiguo al Nuevo Testamento.

El Evangelio nos presenta una persona con todos los agravantes: mujer, enferma y suegra. Las mujeres no eran consideradas sujetos de credibilidad. Además, estaba enferma: no servía para nada y era un peso para todos. Por si eso fuera poco, era suegra. Lo primero que debemos entender es que la fiebre no es una enfermedad en sí,

sino síntoma de otro trastorno más grave. Por consiguiente, no la va a curar principalmente de los síntomas, sino de la raíz que provoca su alta temperatura. Lo que quiere mostrarnos el evangelista, es que Jesús sana a la persona íntegra: lo exterior y lo interior.
Su fiebre era el síntoma de la enfermedad, y la enfermedad es un anticipo de la muerte; Jesús viene a liberarnos de la muerte que es consecuencia del pecado. La fiebre de miedo, inseguridad, tristeza y soledad, desaparecen cuando se sana la raíz del problema: el pecado.

Se acercó y, tomándola de la mano, la levantó.

Aunque ciertamente le hablan de ella, es Jesús quien toma la iniciativa para acercarse a la enferma. Elimina prejuicios y se aproxima a la mujer. Marcos usa el mismo verbo que se utiliza cuando Jesús resucita: *levantarse* (*egueiro*), porque el Mesías viene a dar vida a quien vive postrado por las consecuencias del pecado.

La fiebre la dejó y ella comenzó a servirles.

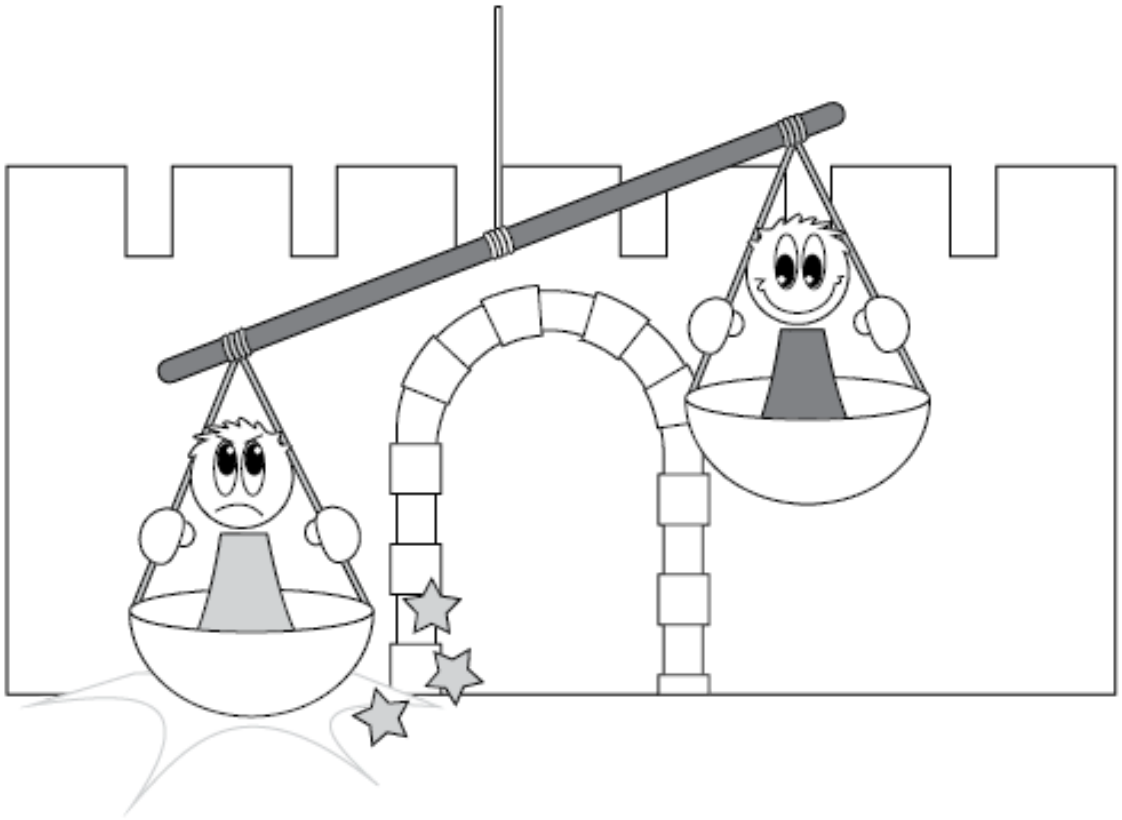
En cuanto se levantó, la mujer comenzó a servirles. Cuando Mateo narra este mismo episodio (Cf. Mt 8,14-15), nota que la mujer restablecida *"servía"* al maravilloso taumaturgo que la había curado. Sin embargo, Marcos precisa que *"les servía"*, tanto a Jesús como a sus discípulos, porque no se puede asistir a Jesús sin atenderlos a ellos también, y servir a los discípulos es lo mismo que hacerlo con Jesús.
El maestro no es un superhombre autosuficiente, sino que acepta el servicio. No oculta sus necesidades; justo es a través de ellas que ofrece a los demás la oportunidad de sentirse útiles y valiosos.
Ella, la inútil, que no era capaz de prestar servicio alguno, ayuda a toda la comunidad. Su vida tiene sentido sirviendo a los demás. Se trata de una resurrección verdadera, pues restablece a quien estaba postrada en la cama de la inutilidad.
Jesús no es como el agua fría que baja la temperatura, sino que ha venido a resucitar a todo aquel que no ha descubierto para qué sirve su vida.
Si la sinagoga representa, en cierta forma, el Antiguo Testamento, la casa de Simón (*domus ecclesiae*) simboliza la Nueva Alianza. Pasar al

Nuevo Testamento es levantarse de la inutilidad y encontrar el sentido de servicio que tiene la vida. Sólo en Jesús se realiza este tránsito.
Jesús capacita a sus amigos para el servicio, dándole así sentido a su vida.
¡Qué fascinante es la persona, vida y misión de Jesús de Nazaret!

C. EN LA PUERTA (CF. MC 1,32-34)

Al atardecer, a la puesta del sol,
le trajeron todos los enfermos y endemoniados.
La ciudad entera estaba agolpada a la puerta.

Por la tarde, Jesús se dirige a la puerta de la ciudad[1], donde se sentaban los ancianos y los jefes de familia para dirimir toda disputa (Cf. Dt 21,19; 22,15).
Allí se impartía la justicia (Cf. Zac 8,16) y se realizaban los contratos comerciales (Cf. Gen 23,10).
El Evangelio llegaba también a la vida comercial y a los tribunales de justicia. No se limitaba a los cuatro muros de la sinagoga, ni a la intimidad de los amigos: debía transformar la sociedad. Jesús no encerró la Buena Noticia en una estructura, mucho menos en un local, sino que Él mismo la hizo presente en las relaciones más comunes de los hombres.



La tercera parte del día la pasó en la puerta de la ciudad.

Perdió el olor a incienso y se revistió del sudor de los trabajadores, enfrentándose a quienes venden al pobre o se aprovechan de la viuda desprotegida (Cf. Am 5,10-15). El Evangelio abarca tanto a los hombres piadosos como a los interesados en las realidades temporales, pues *es un Reino de justicia, gozo y paz en el Espíritu Santo* (Cf. Rom 14,17).

La Buena Nueva de la salvación no se reduce a la intimidad, aunque ésta se revista de religión o prácticas piadosas. Tampoco puede ser contenida por un templo ni está reservada a un tipo de personas. No tiene fronteras.

Jesús curó a muchos... Y expulsó muchos demonios.

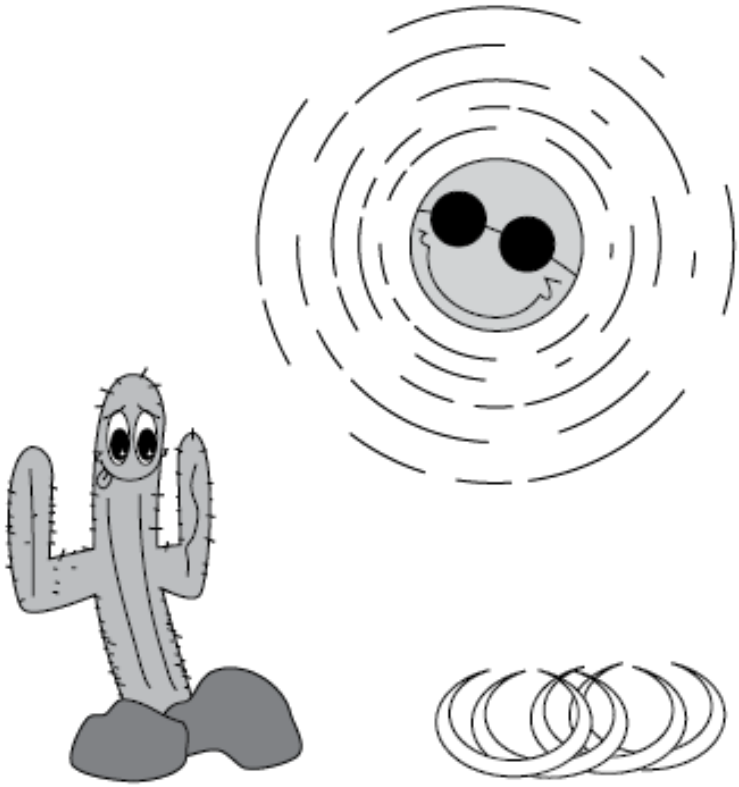
Se supone que en el mundo de los negocios y la vida comercial, figuran los mejor dotados y preparados, por lo que hemos de deducir que Jesús curó de otro tipo de dolencias: las enfermedades del medio político y comercial (la injusticia y la rapiña, el soborno y la calumnia).

Éstas son precisamente las terribles enfermedades que Jesús viene a sanar. Por otro lado, expulsa a los demonios que suplantan a Dios en los comercios y la economía: el dios dinero. Libera al hombre de la codicia, que es el origen de todos los males.

D. EN EL DESIERTO (CF. MC 1,35-39)

De madrugada, cuando todavía estaba oscuro,
se levantó, salió y se fue a un lugar solitario,
y allí se puso a hacer oración.

Un hombre con tanta popularidad y trato con todo mundo, necesitaba intimidad consigo mismo. De otra manera, se desgastaría y se vaciaría. Precisaba reencontrarse cada día con el misterio de su propio ser: el Verbo encarnado, Dios reducido a los parámetros de las limitaciones humanas.



La cuarta parte del día la pasó en la soledad del desierto

Por su naturaleza humana, ante el continuo contacto con el dolor y la miseria de los hombres, era susceptible de despeñarse en el pesimismo; o, mareado por el incienso de los aplausos y la fama, podría sucumbir ante el camino de la gloria mundana.

Era verdadero Dios sin dejar de ser verdadero hombre, sometido a las tentaciones del Demonio. No se podía anular ninguna parte de este binomio indivisible. El equilibrio en esta cuerda floja, sólo se podría obtener mediante la continua y permanente oración. Ni la amargura por el dolor, donde se pierde la brújula de la esperanza; ni el camino fácil de convertir piedras en pan. Por encima de todo, debía estar el tenue testimonio del Espíritu que lo lanzaba al final de su misión.

En este silencio, donde enmudecen los gritos de los sentidos, se encuentra, al mismo tiempo, con su Padre amado. Jesús, que ha estado con la gente religiosa en la sinagoga, con sus amigos en la casa de Pedro y con todo mundo en la puerta de la ciudad, ahora va al santuario de su propio ser, donde se encuentra el Padre que lo ha enviado y lo ama como al hijo de las complacencias.

Cada día, el Maestro reservaba un periodo de tiempo, especialmente durante las noches, para la intimidad con su Padre amado. Se podrían omitir otros puntos de la agenda, pero nunca dejar la oración.

Así como los discípulos son los que están con el Maestro, el Maestro a su vez permanece en la unión y comunión permanente con su Padre. Era allí donde se alimentaba para amar sin límites y ser capaz de dar la prueba máxima del amor. En la comunión con su Abbá se fortificaba para subir la cuesta de la misión confiada.

He aquí el secreto de la fecundidad y eficacia de su ministerio. Si comunicaba a los demás la Buena Nueva del amor de Dios, era porque él continuamente lo experimentaba. En ese silencio se gestaba la Palabra que, siendo viva y eficaz, es capaz de transformar los corazones y cambiar el mundo.

Simón y sus compañeros fueron en su busca.
Al encontrarlo, le dicen: Todos te buscan.
Jesús contestó: Vamos a otra parte,
a los pueblos vecinos, para que allí también
predique; pues para eso he salido.

San Marcos es muy sutil cuando nos descubre dos frutos complementarios de la oración:

- La gente sigue al que ora, más que al taumaturgo. La multitud siente un imán de atracción por los hombres y mujeres de oración.

- Por otro lado, la oración de Jesús no lo aparta de los demás. Al contrario, lo lanza hasta los más apartados y lo capacita para quitar toda barrera y límite a su misión. Algunos exégetas interpretan el *"para esto he salido"*, como si Jesús quisiera decir: "Si me he apartado de la multitud y de todo mundo para venir a esta soledad, ha sido para ser capaz de llegar a muchos más. He salido del activismo para fortalecerme, para recorrer todo monte y valle".

El pescador de Cafarnaúm estaba engolosinado con los aplausos de sus compatriotas y propone regresar al éxito y donde lo adorna la aureola de la popularidad. Jesús no sucumbe ante la tentación de volver a lo mismo de siempre. Jesús no acepta. Más bien prefiere lugares inéditos y caminos vírgenes.

No detenerse, sino traspasar todas las fronteras y llegar hasta los confines de la tierra. Como Buen Pastor, va a buscar a las ovejas que ni siquiera se han dado cuenta de que están perdidas:

Y recorrió toda Galilea, predicando
en sus sinagogas, y expulsando los demonios.

Si Jesús había comenzado "su día" en la sinagoga de Cafarnaúm, cierra el ciclo en las sinagogas de Galilea.

Otra vez va a comenzar el mismo programa... Éste es el círculo continuo de los principales intereses del Maestro. San Marcos nos ha descrito de manera gráfica la jerarquía de valores de Jesús.

CONCLUSIÓN

Jesús es el Maestro que enseña una nueva doctrina, pero no mediante palabras y grandes discursos, sino con su propia vida. Es más, en estos pasajes casi ni abre la boca, porque su estilo de vida es ya elocuente.

Su persona es la enseñanza.

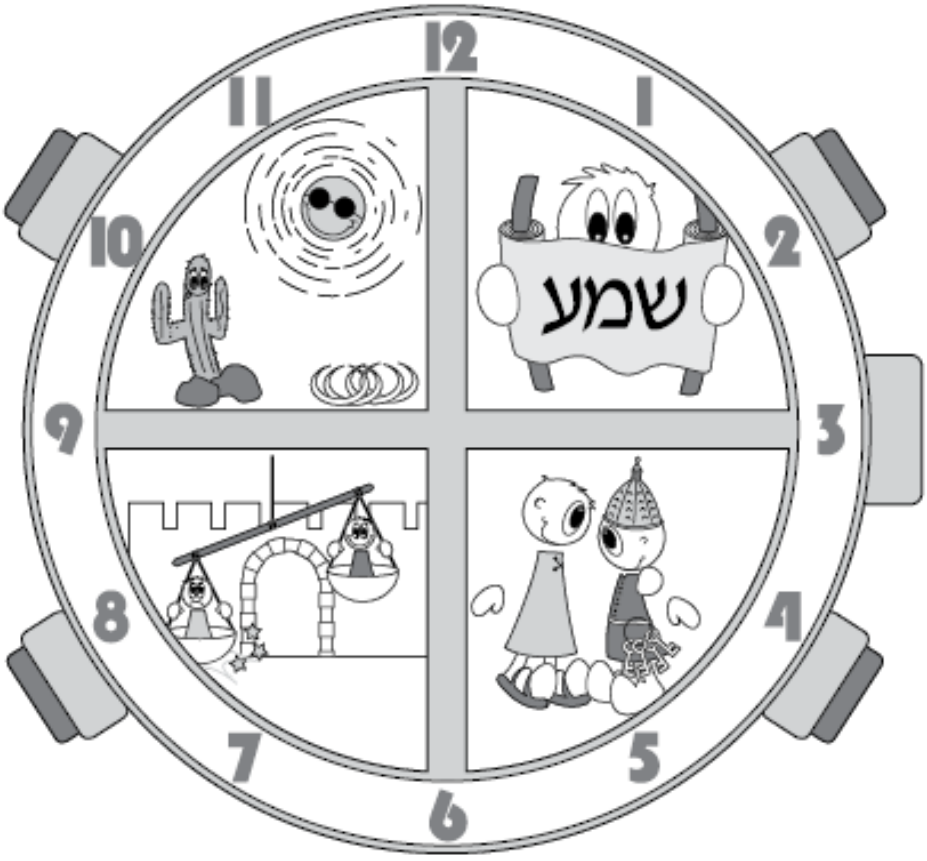
Él es el mensaje.

Basta observar un día de su vida para encontrar sus opciones preferenciales:

- La sinagoga, con el pueblo de Dios, para liberar a los oprimidos por el diablo.
- La casa de sus amigos, donde restablece a la persona más necesitada.
- La puerta, donde se administra la justicia y se sana de la injusticia.
- El desierto, donde se encuentra consigo y con su Padre, para fortalecerse en su misión evangelizadora.

Muy bien podríamos concluir que Jesús supo armonizar todos los elementos de la historia de los hombres.

Hizo de su vida realmente una obra de arte, sabiendo conjugar sin extremos ni omisiones, los aspectos más importantes de la existencia. En fin, marcó una jerarquía de valores.



24 horas de una vida armónica

(1) Algunos comentaristas piensan que se trata de la puerta de la casa de Pedro. Otros, basados en que se afirma que toda la ciudad estaba congregada, consideran más lógico que se refiera a la puerta de la ciudad, punto de convergencia de la gente al caer la tarde. Nosotros compartimos la segunda opinión.

V
EXAMEN DE ADMISIÓN

El capítulo anterior no fue sino el curso propedéutico que nos mostró el estilo de vida del Maestro. Si su persona nos convence y decidimos responder a su invitación, para entrar en su escuela existe un procedimiento inevitable: cumplir las condiciones del examen de admisión.

Se trata de los prerrequisitos que deben ser cubiertos antes de comenzar el trabajo de formación de un discípulo.

Si no se cuenta con lo elemental, todo lo demás sería como construir sobre arena. Son condiciones necesarias para ser admitido en la escuela de Jesús.

> *El Evangelio nos narra el triste desenlace de un joven rico, que no fue capaz de pasar el examen de admisión. Cuando se retiró triste, por no llenar los requisitos, Jesús no disminuyó la cuota de inscripción, ya que se trataba de lo mínimo indispensable que se le exige a todo aquel que decide dejarse formar por el Maestro de Nazaret.*

Para ser admitidos a su lado y comenzar el proceso de transformación, se necesita llenar un formulario con cuatro bases. Debe quedar muy claro que al llenar estas condiciones no nos convertimos automáticamente en discípulos, sino que apenas somos admitidos a comenzar la carrera. Lo que sucede es que Jesús sólo admite en su escuela a los que reúnen las mínimas condiciones que garanticen que tienen con qué terminar la carrera.

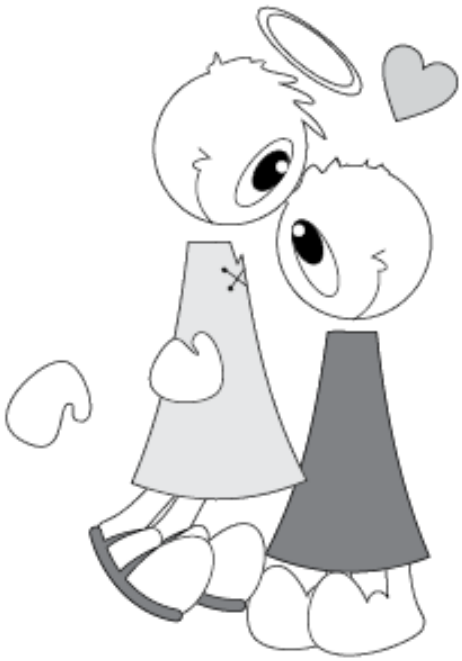
A. TENER UN SOLO MAESTRO

Si en la universidad existe un profesor para cada materia, de la misma manera sucede en nuestro mundo: se tiene un maestro para vestir y otro enseña a divertirse; hay pedagogos de la vida sexual, económica y social. Si por maestro hemos de identificar a todo aquel que pretenda enseñar a vivir, en la Escuela de Jesús, él debe ser el único Maestro de todas las áreas.

La primera condición para quienes lo siguen, es renunciar a cualquier otro que pretenda enseñar a vivir de manera diferente. Él no comparte su cátedra con Buda o Freud. Su doctrina es antagónica, tanto con el marxismo como con el capitalismo. Si hay

contradicción o diferencia entre lo que él dice con lo que otros afirman, se le debe seguir incondicionalmente a él.
Se trata de un Maestro exclusivo y excluyente. Sus discípulos no lo aceptan como un maestro más, sino como el único Maestro, aún por encima del mismo Moisés y profetas de Israel. Él así lo exigió:

Uno solo es su Maestro.
Uno solo es su preceptor: Cristo: Mt 23,8.10.



Tener un solo Maestro

Esto no es sino reflejo de la máxima exigencia del Antiguo Testamento:

No tendrás otro Dios fuera de mí, porque Yo,
el Señor tu Dios, soy un Dios celoso: Ex 20,3.5.

El discípulo de Cristo no acepta la enseñanza de la propaganda del mundo, ni sigue los criterios de la carne. "Play Boy" no es su maestro ni los patrones de la moda de París o Roma.
No comparte su autoridad con los gurús orientales, o filosofías contemporáneas. Es más, se opone a muchos maestros de la sociedad y la religión:

- Moisés sugiere odiar al enemigo, pero Jesús ordena amarlo.
- El mundo presenta la felicidad a través del dinero, el poder y el placer, pero Jesús la ofrece mediante las bienaventuranzas.

- La *New Age* propone que el conocimiento reemplaza la fe y que todo es bueno, pero Jesús pone el Reino por encima de cualquier otra cosa.

La jerarquía de valores y la aplicación de los criterios de un discípulo han sido establecidas únicamente por Jesucristo.

Los profetas del Antiguo Testamento lucharon permanentemente contra los ídolos que trataban de reemplazar el lugar de Yahveh. Dios no consentía que su esposa, Israel, fuera infiel, yéndose tras otros maridos. Jesús, por su parte, no admite términos medios.

O frío, o caliente, porque a los tibios los vomita de su boca. La razón es muy clara: el que no está definidamente con él, está en su contra.

Él tiene que ser el único de quien se aprenda y dependa. No se puede ir de su brazo y, al mismo tiempo, coquetear con los criterios mundanos, los ídolos o las modas pasajeras.

Que Jesús es el único Maestro significa que el discípulo no se rige por los criterios de la sociedad, tradición o por los valores del mundo, sino sólo por la palabra y el ejemplo de su Maestro.

B. SEGUIMIENTO INMEDIATO Y DEFINITIVO

Seguir a Jesús, a diferencia de cualquier otro maestro, es una decisión que no admite espera ni tardanza. Se hace en cuanto se escucha el llamado.

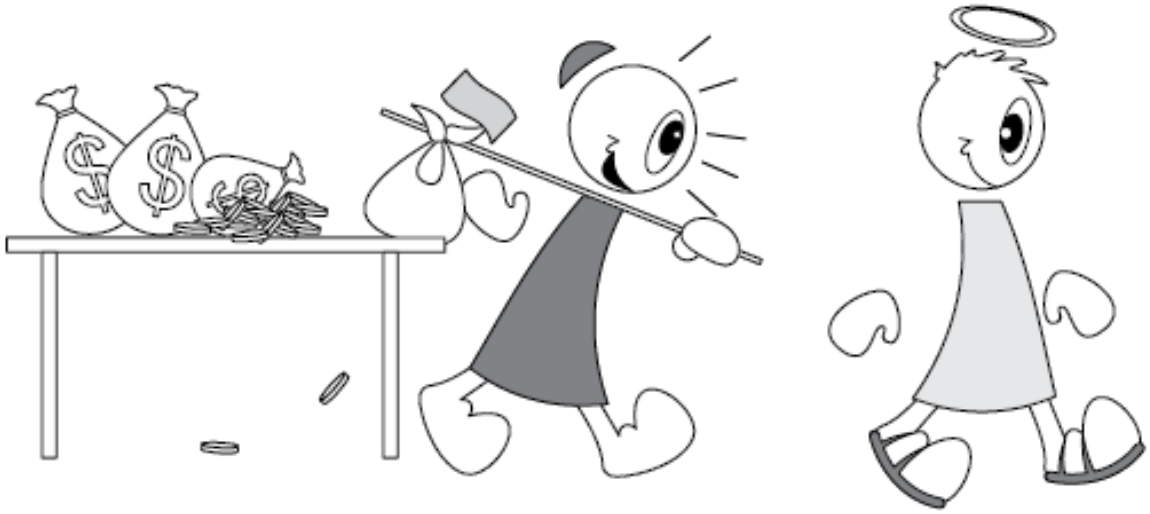
Cuando el profeta Elías tiró su manto frente a Eliseo, significando que lo llamaba para ser su discípulo, Eliseo solicitó regresar a su casa para despedirse de su padre. El profeta de Dios se lo permitió; y hasta después de haber ofrecido el sacrificio de sus bueyes, entró a su servicio (Cf. 1Re 19,19-21).

Con Jesús, porque se trata de un Maestro especial, es diferente: exige una respuesta sin dilaciones. No hay que ofrecer ningún sacrificio antes de seguirlo, pues creer en él es la obra más importante que se puede realizar, y vale más que todos los holocaustos de este mundo.

En alguna ocasión, alguien pidió al Maestro ser admitido entre sus discípulos, pero antes quería despedirse de sus padres.

Jesús aclaró: *"Quien pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es digno del Reino"* (Cf. Lc 9,62).

En otro momento, otro imploró la gracia de seguirlo después de ir a enterrar a su padre. Jesús tampoco lo consintió.



Seguimiento inmediato

El Maestro exige el seguimiento instantáneo, dejando el dinero sobre la mesa de impuestos o las redes llenas de peces. De otra manera no se puede ser auténtico discípulo suyo. La razón es muy sencilla: si no se es capaz de seguirlo así, es porque todavía no se le ha valorado debidamente.

El peor enemigo del hombre es la indecisión. Cuando las cosas se dejan para después, se dejan para siempre. Quien quiere dos cosas a la vez, no quiere ninguna en serio. No se puede servir a dos señores. Jesús no admite estar en segundo lugar. Es inflexible en este sentido.

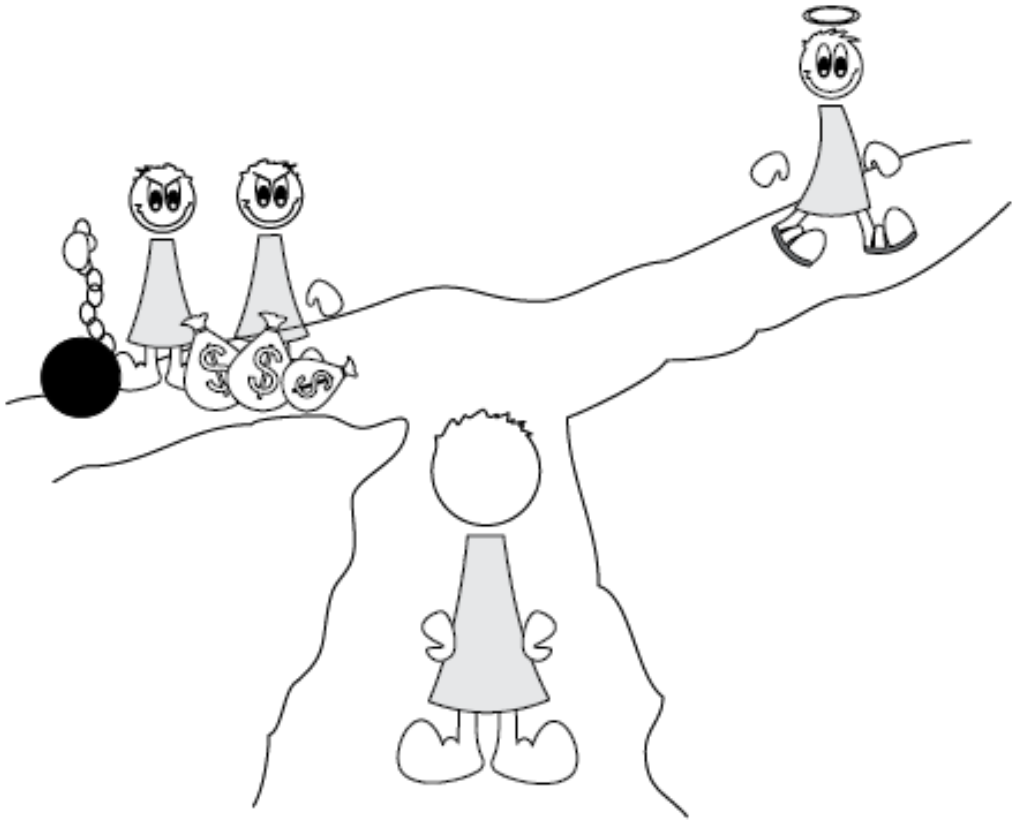
Si no se comienza bien, no se puede llegar a la meta. Si el primer paso es mediocre, no hay ninguna garantía de perseverar hasta el fin en las siguientes pruebas y dificultades. Por otro lado, se trata de una opción que compromete toda la vida. Si se le sigue, se va con él sin escalas, hasta el final. Cuando alguien decide hacer un viaje en avión, sabe que no se podrá bajar a la mitad del vuelo. En el momento que se abrocha el cinturón, está decidido a ir hasta el final y ya no puede cambiar de opinión.

Así es la opción por Jesús, perla preciosa. Se es libre para seguirlo, pero una vez decidido, se pierde la libertad de regresar. Quien opta

por Jesús, está abrochándose el cinturón para nunca más volver atrás.
Cuando se entra a la universidad, se programa el número de años que se va a estudiar y se cuenta el tiempo que falta para terminar.
En la Escuela de Jesús no sucede así.
No se ingresa sólo por una etapa, ni para ciertos días o lugares. Se es discípulo toda la vida. Jesús no admite seguidores de domingo, o para unos años.
Así pues, la segunda condición para ser admitido en la Escuela de Jesús es estar dispuesto a seguirlo inmediatamente y para toda la vida. *Quien pone la mano en el arado, no puede volver la vista atrás.*

C. RENUNCIAR A LOS OBSTÁCULOS

El seguimiento del Maestro implica necesariamente renunciar a todo cuanto se oponga a esta decisión o la detenga.
Por supuesto que no se dejan las cosas por ser malas, sino por cuanto obstaculicen la entrega total al Maestro.
En esta línea debemos entender las cuatro renuncias exigidas por Jesús:



Renunciar a obstáculos

a. Renuncia a lazos familiares

Si alguno viene a mí y no odia a su padre,
a su madre, a su mujer, a sus hijos,
a sus hermanos y hermanas,
y aún su propia vida,
no puede ser mi discípulo: Lc 14,26.

Aquí Jesús está utilizando el recurso oriental de exagerar los contrarios, para subrayar la absoluta superioridad del Reino sobre cualquier otra cosa. No se trata de renunciar a la familia porque ésta sea mala, sino en cuanto llegue a constituir un lazo que impide servir con libertad en el Reino. Cuando ciertas costumbres, tradiciones o presiones familiares nos encadenan, el discípulo opta definitivamente por el Maestro.

No se pretende la renuncia a la familia sino en vistas del Reino: se opta por otra familia que no está basada en los lazos de la carne. Cuando los vínculos carnales se conviertan en cadenas, el Reino tiene prioridad. La relación con el Maestro debe estar por encima de cualquier afecto de este mundo.

Ahora bien, esto no significa que debemos abandonar el hogar. Seguir a Jesús dejando de lado las responsabilidades, no es válido ni justificable. Se trata de un llamado que exige una renuncia, no para amar menos, sino para amar más. Nada debe limitar el amor de un discípulo.

b. Renuncia al plan de vida

Caminando por la ribera del Mar de Galilea
vio a dos hermanos: Simón Pedro y Andrés, echando la red al mar, pues eran pescadores.
Les dijo: "Vengan conmigo.
Yo los haré pescadores de hombres": Mc 1,17.

Desde ese momento, la barca de Pedro estaba a la disposición de la predicación y para el transporte de la comunidad, y no para uso exclusivo del pescador de Cafarnaúm.

Su casa, igualmente, se convirtió en un lugar de descanso y de trabajo del Maestro.

Jesús exige el cambio total en la vida de sus seguidores. El discípulo no dispone ya de sus planes, del tiempo, ni del fruto de su trabajo

para su beneficio exclusivo; sino que, al asociarse a Cristo Jesús, se integra a su obra salvífica y ahora sirve a otro. No se trata, pues, de no comprometerse, sino de un cambio de mentalidad.
Lo cierto es que un discípulo ya no labora para sí mismo ni dispone a su capricho de su salario, sino que ha sido invitado a colaborar en la viña del Señor, a pescar en otros mares y a administrar bienes que no le pertenecen.
Normalmente su lugar de trabajo debe ser el campo donde siembre los criterios y valores evangélicos; pero si las circunstancias o las situaciones fueran antievangélicas o existe una vocación peculiar, se debe estar dispuesto a renunciar a tal actividad. La supremacía del Reino está por encima de cualquier otra cosa en esta vida.

c. Renuncia a los bienes materiales

Entre los obstáculos que más impiden el seguimiento completo de Jesús, está el afán por las cosas de este mundo.
Jesús, buen Maestro, previene claramente a sus seguidores, afirmando que no se puede servir a dos amos, pues es imposible atender a Dios y al dinero. Siempre se queda mal ante el Señor. Pocas enseñanzas tan claras han sido tomadas tan a la ligera.
El afán de las riquezas de este mundo ahoga la semilla de la Palabra y no le permite fructificar, ya que el corazón humano se obstina en las cosas de este mundo considerándolas como necesarias. Es más, resulta casi imposible que un rico se salve, a no ser por el poder sin límite de Dios. Por lo tanto, se tiene que tomar una opción vital: Dios o las riquezas.
El joven rico del Evangelio quería "tener" vida eterna. Para ello bastaba cumplir una serie de preceptos. Mas, para "ser" perfecto, era necesario desprenderse de todo y hacerse pobre para seguir a Jesús.
Desgraciadamente, este joven estaba demasiado apegado y dependiente de sus abundantes bienes. No aceptó pagar el precio de la inscripción en la escuela del discipulado.
A pesar de ser buena persona y fiel cumplidor de todos los mandamientos de la Ley, no era apto para el Reino. A Jesús no le bastaba que alguien cumpliera la Ley de Moisés. Se necesitaba algo más.

Si Jesús hubiera aceptado a este joven con dichos apegos, no habría seducido a Francisco de Asís ni a Teresa de Calcuta. Habría perdido a sus mejores seguidores de toda la historia.
El Maestro exige a sus discípulos no amontonar riquezas que el hollín corroe y los ladrones roban. La codicia se opone a la supremacía del Maestro. Jesús mismo es el modelo: siendo rico, se hizo pobre. No tenía ni dónde reclinar la cabeza.

El joven no aceptó el reto, porque era muy rico

Por eso, sus discípulos deben recorrer el mundo sin equipaje que les coarte la libertad, ni dinero en el que confíen.
Algunos discípulos renunciaron explícitamente a sus bienes materiales (Mateo, Santiago, Juan, Zaqueo, Bernabé). Otros pusieron sus cosas a la entera disposición del Maestro (la casa de Lázaro, la barca de Pedro, los bienes de las mujeres).
Jesús pide a cada uno de acuerdo a su estado de vida y vocación específica. Lo cierto es que a todo discípulo le exige el desprendimiento y nunca depende de las riquezas.
La pobreza evangélica es voluntaria, y de ninguna manera la podemos identificar con aquella que es fruto de la injusticia y del

pecado. No se trata de aceptar el ser empobrecido por la ambición de otros, sino optar libremente por vivir sin depender de las cosas de este mundo.

La pobreza, sin embargo, no es un fin, sino un medio que nos libera para vivir más enteramente consagrados al Reino. Debemos tener cuidado de no convertir el medio en fin. No se trata de ser pobre, sino de ser como Jesús, que es pobre, para depender sólo de Dios.

d. Renuncia a los honores del mundo

Paralelamente a la renuncia del "tener", el discípulo se despoja de los vanos honores que el mundo ofrece como signos de poder o sinónimos de valía.

El discípulo sabe dónde radica su dignidad, y por eso no mendiga glorias transitorias o superfluas. Sabiéndose hijo del Rey, no finca su valía en funciones como líder superior o gerente. Sólo quien no se reconoce hijo de Dios, presume títulos menos valiosos.

> *Cuando Heraclio, rey de Jerusalén, quiso entrar en la ciudad santa cargando la cruz de Jesús, no pudo. Sus pies se pegaron al piso y le fue totalmente imposible dar un solo paso. Hasta que se despojó de su corona y los ricos ornatos reales y se vistió sencillamente, pudo cargar la cruz de Jesús.*

Quien no renuncia a los vanos honores del mundo no puede seguir las huellas de Jesús de Nazaret.

e. Renuncia a los honores religiosos

El oropel mundano es más peligroso cuando se disfraza de privilegios eclesiásticos, títulos honoríficos y autoridad ejercida no con actitud de servicio, sino de superioridad. Los honores eclesiásticos son los más peligrosos, pues debajo de la piel de oveja se esconde una trampa mortal. Las ventajas que ofrece la estructura eclesiástica son muy riesgosas, ya que muchas de ellas son antievangélicas.

Santiago y Juan pretendieron merecer ciertas prerrogativas celestiales: sentarse a diestra y siniestra del Rey universal. Cayeron en la tentación de aprovecharse de su función eclesiástica, para estar por encima de todos los demás.

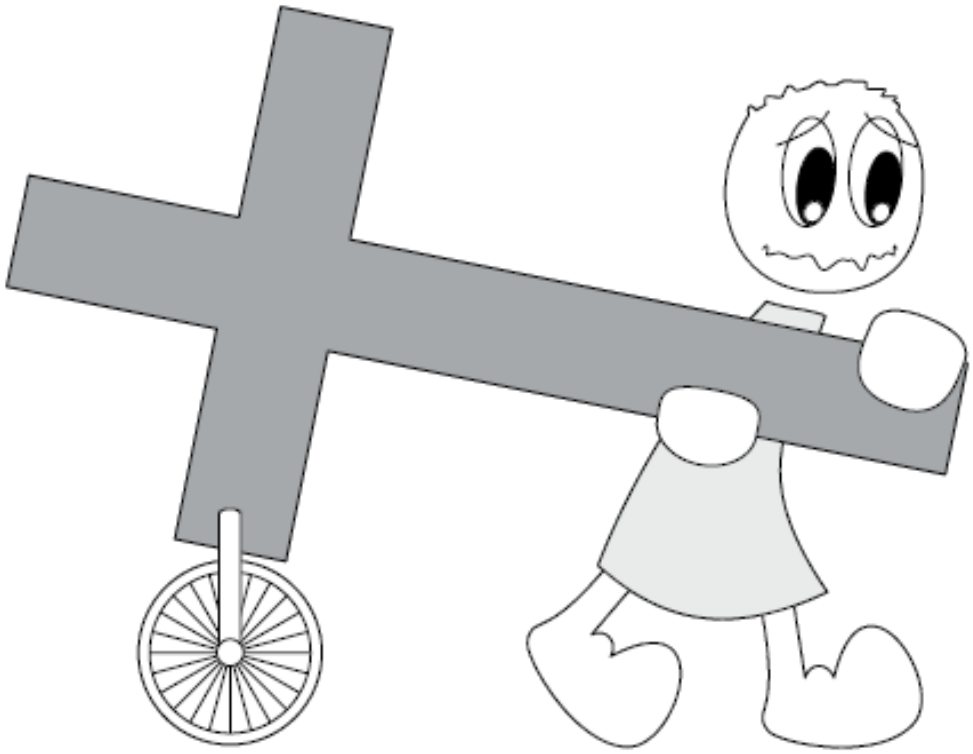
Hay quienes por el plato de lentejas de los privilegios eclesiásticos, sacrifican la herencia del Evangelio. Existen títulos que no

corresponden a ningún servicio a la comunidad, sino que simplemente sustituyen a los privilegios nobiliarios de la Edad Media. ¿Podríamos descubrir algunos títulos eclesiásticos que no existen en el vocabulario del Evangelio?
Si Jesús un día no aceptó que un joven lo llamara "bueno", ¿qué pasaría si hoy alguien lo llamara Superior General, Superintendente, Supernumerario, Su Excelencia Reverendísima?

D. LLEVAR LA CRUZ

El que no tome su cruz y me siga,
no puede ser mi discípulo:
Lc 14,27.

En la antigüedad, *"llevar la cruz"* era sinónimo de estar condenado a muerte. Por lo tanto, en la mentalidad de Jesús implicaba estar dispuesto a entregar la vida; morir a sí mismo para poder ser su discípulo de otra manera, sería vana ilusión considerarse uno de los suyos.
Seguirlo para abrillantar el prestigio personal, mejorar la reputación, adquirir mayores ventajas económicas, ascender en la escala social o jerárquica, es lo más antievangélico que se pueda concebir. Sin embargo, el sentido más fuerte de "tomar la cruz" estriba en asumir las consecuencias de nuestra opción por Jesús y su Evangelio. Pagar el precio de la congruencia de vida que contradice los criterios y ventajas del mundo, cuyos valores hasta corren por las venas de la Iglesia.



Tomar la cruz

Por lo tanto, es absolutamente indispensable la disponibilidad en favor de los demás, especialmente de los más necesitados, dispuestos a correr el mismo destino del Siervo de Yahveh que ofrenda la vida en favor de otros. Morir a nosotros significa ya no vivir para nosotros mismos, ni buscar ninguna ventaja de tipo personal, sino estar a disposición del Reino y sus intereses.

CONCLUSIÓN

Estos cuatro presupuestos no nos hacen discípulos; son simplemente las condiciones para ingresar al sistema del discipulado.
Sin ellos, ni siquiera somos admitidos al lado del Maestro, pues él perdería lastimosamente su tiempo con quien no cumpliera estos prerrequisitos fundamentales.
Cuando Jesús determina la cuota de inscripción en su Escuela, nos ofrece un ejemplo muy iluminador:

Que no les suceda como aquel hombre
que comenzó a construir una torre y,
por no calcular bien su presupuesto,
se quedó a la mitad de la obra,
siendo motivo de risa y burla

de todos cuantos pasaban por allí.
Si no tienen con qué terminar,
más vale ni comenzar, pues sería peor.
(Cf. Lc 14,28-30).

Si ni siquiera son capaces de pagar la cuota de inscripción que son estas cuatro condiciones para ingresar, mucho menos podrían después con las demás exigencias.

Así como para entrar a la universidad se hace una serie de exámenes, aquí encontramos las cuatro pruebas para ser aceptados en la Escuela de Jesús.

Lo bueno de este examen, o tal vez lo malo, es que se nos dan las preguntas de antemano para que las contestemos, no con palabras, sino a través de los hechos.

VI
SEIS RELACIONES DEL DISCÍPULO

El ser humano se realiza como tal, en la medida de sus relaciones. La forma de llevarlas define su grado de madurez.
Incluso se ha dicho mucho que la persona es relación, pues su destino en este mundo está más allá de la frontera de su individualidad. Cada uno es lo que es, en la medida y en la forma en que da y recibe de los demás.
Todo discípulo, por ser tal, tiene un determinado estilo de vida que lo vincula con los demás de una manera muy definida. Se le reconoce como verdadero discípulo de Jesús, precisamente por sus seis relaciones:

- Consigo mismo, como persona.
- Con Dios, como Padre.
- Con Jesús, como Maestro.
- Con el Espíritu Santo, como guía.
- Con los demás, como hermanos.
- Con las cosas, en libertad.

Se trata de un sistema de relaciones, valiosas cada una de ellas en su lugar. Ninguna se puede eliminar, pues iría en detrimento del conjunto.

A. CONSIGO MISMO, COMO PERSONA

Muchas veces se tiene una falsa idea del amor a sí mismo y se confunde con el egoísmo, olvidándose de que el amor a nosotros mismos es la medida para amar a nuestros hermanos:

Amarás a tu prójimo como a ti mismo: Lv 19,18.

De este modo, existe la exigencia de amarse, servirse y respetarse a sí, como merece un hijo de Dios y hermano de Jesucristo.
El problema más grande para amar a los otros no son ellos, sino nosotros mismos, pues generalmente repelemos en ellos lo que no aceptamos en nosotros mismos. No amamos en los demás lo que rechazamos en nosotros mismos. Se trata de tener clara conciencia

de nuestro valor como personas con posibilidad de amar, y con la dignidad suficiente para ser amados.
La personalidad radica en la individualidad (no individualismo) que nos hace irrepetibles e insustituibles en la historia. Este valor exige tener conciencia de que las organizaciones (gobiernos, sistemas económicos, comercio, asociaciones y todo tipo de ley) están al servicio de la persona, y no al revés.
El Maestro así lo estableció cuando afirmó categóricamente:

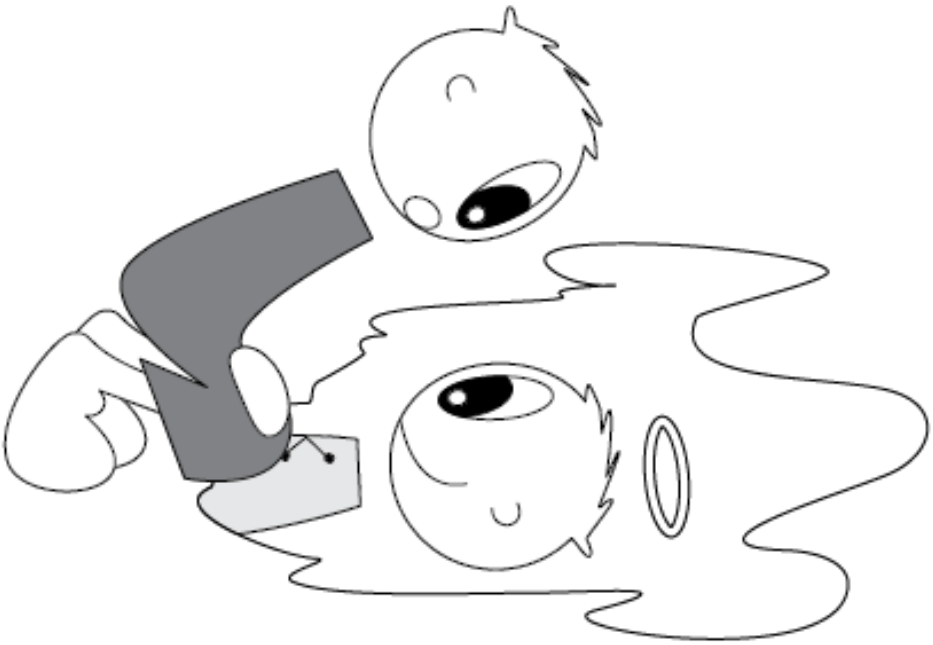
El sábado se hizo para el hombre
y no el hombre para el sábado: Mc 2,27.

La persona está por encima de las leyes; o mejor dicho, las leyes, tradiciones o costumbres, sólo se validan en vistas al bien de la persona y la comunidad.
El discípulo de Jesús se valora como persona que ha costado el precio de la sangre del Hijo de Dios (Cf. 1Cor 6,20). Por eso se respeta y se da a respetar, tanto por los demás como por las instituciones. No se doblega ante los poderosos, ni se acompleja frente a los ricos de este mundo.
No se considera menos que nadie, pero tampoco más que ninguno, pues todos los seres humanos gozan de la misma dignidad. Sabe que el color de la piel, la estatura o las condiciones económicas o sociales son accidentales y que cada persona es valiosa en sí, pues ha sido hecha a imagen y semejanza de Dios. Cuánto valora Jesús a la persona, está claramente expuesto en el pasaje de Lc 6,6-11.

Un sábado, había un hombre en la sinagoga, que tenía la mano derecha paralizada. Los escribas y fariseos estaban al acecho para ver lo que Jesús hacía. El Maestro, sin dudarlo un momento, llamó al hombre y lo colocó al centro de la sinagoga, queriendo dar a entender que la persona debe estar en el corazón de toda estructura, en vistas a su bien integral.

El verdadero discípulo de Jesús no se menosprecia. Se ama tanto que es capaz de negarse a servir a otros cuando esto exige renunciar a algo que le es debido.
Una noche había diez vírgenes que estaban esperando al esposo. A cinco de ellas se les acabó el aceite y el fuego de sus lámparas comenzó a extinguirse. Entonces pidieron a las otras que

compartieran el suyo, pero éstas no convinieron porque eso conllevaba que sus lámparas se apagarían también.
Cuando se nos pide algo que implica perder la luz, no tenemos porqué darlo, sino al contrario: el Evangelio se vive negándose a entregar el aceite.



El discípulo se respeta y se ama a sí mismo como persona

B. CON DIOS, COMO PADRE

Los judíos se relacionaban con Dios de una manera tan respetuosa, que llegaban a la frontera del temor. Para ellos Yahveh era tan santo que no tenía nada que ver con los pecadores de este mundo. Por eso, la religión judía estaba sellada por los ritos de purificación, a los que constantemente se tenía que recurrir para merecer estar limpio en la presencia de Dios.
Todos los días y todo el día se lavaban y purificaban, por miedo a ser encontrados impuros frente a la tremenda santidad de Dios. Nadie se atrevía a ingresar al Santo de los Santos –*el Hekal*–, donde Dios residía. Era imposible llevar alguna relación de familiaridad o confianza con el Dios de los Ejércitos. Incluso, el Nombre divino era tan sagrado, que ni siquiera se atrevían a pronunciarlo, sino que siempre se servían de circunloquios o sinónimos para referirse a Él.

En estas circunstancias, apareció Jesús, atreviéndose a llamar a Dios con la expresión con la que un niño se dirige a su padre: Abbá: Papá. Esto sonó a provocación y falta de respeto. O era la absoluta confianza en Dios, o la herejía más grande que hubiera surgido en la religión de Israel.
Afirmaba que Dios era bueno con todos, haciendo salir el sol sobre justos y pecadores. Si en Él había preferencias, no era por los justos, sino por los pecadores, a los cuales había enviado a su Hijo Único. Este aspecto constituía una completa novedad en la religiosidad de aquellos tiempos.
Sin duda alguna que la característica más importante de un discípulo de Jesús, es que llama "Papá" a Dios, y se dirige a él con la entrega ilimitada de un niño pequeño que confía plenamente en el amor incondicional de su padre.
No puede existir un verdadero discípulo de Jesús, si no comparte con Él su filiación.
Podríamos llegar a afirmar que la experiencia de ser un hijo amado de Dios, es el rasgo primordial que configura al discípulo de Jesús. No puede haber discípulo que no viva la relación filial con Dios, su padre. Y, naturalmente, no se trata de saber que nos ama, sino de experimentarlo en todo momento y circunstancia de la vida.
De allí que el discípulo vive en un abandono a la providencia de su Padre. Sabe que si Él da alimento a los pájaros del cielo y vestido a los lirios del campo, él vale mucho más que ellos. Por lo tanto, no tiene sentido ninguna preocupación de un hijo del Padre más maravilloso y poderoso.
El discípulo confía en el amor incondicional de su Padre, que se manifiesta de manera especial en el perdón, siempre que se vuelva a Él con corazón arrepentido. Baste para ello recordar la parábola del hijo pródigo, en la que el padre festeja con gozo el regreso a casa de su hijo perdido.
En ese ejemplo tenemos la esencia del Dios revelado por Jesucristo.

El discípulo vive en las manos amorosas de su Padre

Indudablemente que el rasgo más importante de un discípulo es el poder llamar a Dios: *"Papá"*. Aunque se cumplieran todos los mandamientos, o se trabajara horas extra en la viña del Señor, aunque se sirviera a los más necesitados o se ostentara un título eclesiástico, si no se vive como hijo amado de Dios, de ninguna manera se puede considerar discípulo de Jesús.

Ahora bien, la razón de fondo es que si un discípulo tiene que ser como su Maestro, y si Jesús tiene derecho a llamar a Dios, *"Abbá"*, los suyos pueden también hacerlo.

C. CON JESÚS, COMO MAESTRO

Si con una sola frase quisiéramos definir la relación de un discípulo para con Jesús, diríamos que lo considera su único Maestro personal. Esta relación tiene seis características:

a. Es llamado por el Maestro

Hace dos mil años, todo discípulo tenía derecho a elegir al maestro que más le conviniera. Sin embargo, con Jesús las cosas fueron al revés: Él fue quien personalmente eligió a cada uno de sus seguidores:

Ustedes no me eligieron a mí,
sino que fui yo quien los escogí a ustedes:
Jn 15,16.

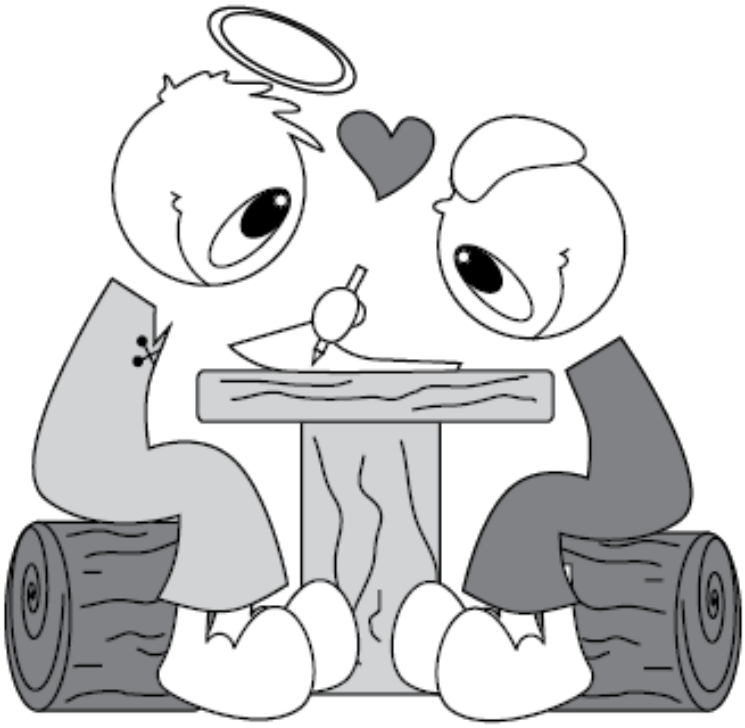
Por lo tanto, ser discípulo no depende del gusto personal, sino de un llamado de Jesús que diga: *"Ven"*. La primera palabra que resuena en el corazón del discípulo, es la voz irresistible del Maestro que lo elige para ser uno de los suyos.

Este llamado es tan fuerte, que se es capaz de dejar el dinero sobre la mesa de impuestos, olvidar la barca llena de peces y renunciar a familia y negocios.

En fin, su persona es tan atractiva y su estilo de vida tan singular, que resulta imposible dejar de seguirlo. Sus palabras de vida suprimen toda duda. Quien no haya tenido esta experiencia, es porque todavía no ha escuchado la voz del Señor ni se ha sentido mirado a los ojos por el buscador de discípulos que le ordena: *"Ven y sígueme"* (Cf. Mc 2,14).

Es el llamado del Maestro, y no la decisión del candidato, lo que lo capacita para cumplir su nueva vocación. Su palabra, viva y eficaz, proporciona la fuerza necesaria para responder a su elección. Esto es muy importante, pues quien se hace discípulo por su propia iniciativa, no cuenta con el vigor del llamado que lo capacite para vencer las dificultades y perseverar hasta el fin. No puede haber discípulo de Jesús, si antes él no lo llama. La Palabra subraya muy claro que *"llamó a los que él quiso"* (Cf. Mc 3,13).

Si su palabra no nos atrae irresistiblemente, si no nos fascina su persona ni nos seduce su mensaje, todavía no hemos sido llamados.



El discípulo sólo tiene un Maestro

b. Se sienta a los pies de su Maestro

En una ocasión Jesús estaba en casa de sus mejores amigos, en Betania. El Maestro se sentó y comenzó a revelar los secretos del Reino. Mientras María escuchaba con atención todas las palabras de vida que salían de la boca del Maestro, su hermana Martha se desvivía en satisfacer las pocas necesidades del invitado. En un momento de desesperación, escoba en mano y con el delantal puesto, se acercó a Jesús, interrumpió la enseñanza y reclamó:

- "Maestro, mira que mi hermana no me ayuda a atenderte. Dile que se levante para terminar más pronto...".

El Maestro, con voz pausada pero segura, dijo:

- "Martha, Martha, tú siempre preocupada por las cosas menos importantes. ¿No te das cuenta de que lo esencial es recibir lo que te quiero dar? Yo no vine a ser servido, sino a servirte; pero tú estás tan ocupada en los quehaceres de la casa, que no tienes tiempo para sentarte a mis pies para escucharme. No es María la que debe hacer lo que tú estas haciendo, sino tú quien debes imitarla".

Sentarse frente a su Maestro es la actividad más importante del discípulo. El discípulo pasa largos momentos simplemente disfrutando la presencia del Maestro. En tal sentido es un contemplativo que, con los ojos bien abiertos, observa todos los rasgos de la personalidad de su Maestro para luego reproducirlos.

Aunque para muchos esto parece una lastimosa pérdida de tiempo, se trata de una inversión a largo plazo que ofrecerá, tarde o temprano, los mejores intereses.
El discípulo está siempre frente a su Maestro, lo mira y es mirado por él, lo conoce y es conocido. Sentarse a los pies del Maestro es una forma de *"permanecer en él"*, unido como el sarmiento a la vid, bebiendo de su savia, participando de su vida y profundamente enraizado en él.
Jesús, a diferencia de los famosos maestros peripatéticos de Grecia, no enseñaba a sus discípulos mientras caminaba, sino que él se sentaba (Cf. Mt 5,1) para estar en paz y transmitir sosiego a sus oyentes.
Por eso: cuando Pablo presentó su *'currículum vitae'*, se refirió precisamente a haber estado sentado a los pies del gran maestro Gamaliel (Cf. Hech 22,3).

c. Escucha al Maestro

Si se sienta a los pies del Maestro, no es para asumir una actitud pasiva, sino para realizar una de las actividades más difíciles de este mundo: escuchar. Si se carece de este requisito es imposible llegar a ser discípulo de ningún maestro.
En el Evangelio notamos cómo los discípulos se acercan a Jesús, a veces en privado, para preguntarle sobre ciertas cuestiones como el matrimonio, la salvación o que les explique alguna parábola. Saben que su Maestro es quien sabe. Se reconocen ignorantes y aceptan como la verdad, todo lo que sale de la boca de su Maestro.
Después de que Salomón construyó el templo de Jerusalén, Dios prometió darle lo que quisiera: El rey pidió lo más necesario: "*Dame un corazón que escuche (Leb shomejá)"* (Cf. 1Re 3,9).
Ésta es la gracia más grande que debe tener un dirigente de la Iglesia de Jesús. Si no es capaz de escuchar al Pastor de los pastores, ¿cómo podrá pastorear a los demás?
Si no sabe escuchar la voz de Dios, ¿cómo podrá mostrar a otros la voluntad divina? Los discípulos de Jesús son bienaventurados por oír lo que reyes, profetas y justos desearon escuchar. En fin, quien no sabe escuchar, no puede ser discípulo de Jesús.

Logos y Rema

Dios se expresa de muchas formas a través de su Palabra. Hay estudios bíblicos que descubren dos términos diferentes para identificar a cada una de ellas:

- Usa *"logos"* cuando se refiere a la Palabra en general: el mensaje ya revelado por Dios, y que por lo tanto es infalible e inmutable.
- Usa *"rema"* cuando se refiere a un mensaje específico para una circunstancia determinada.

Si el *"Logos"* es lo que Dios ya dijo, el *"rema"* es lo que Él está diciendo en este momento específico. La Palabra ya revelada es base insustituible, pero nuestro Dios sigue hablando y comunicándose con nosotros para dirigirnos en cada decisión y momento de nuestra vida. El *"rema"* es palabra eficaz para una circunstancia, respuesta para una pregunta y luz para un paso.

d. Le cree al Maestro

Un discípulo confía tanto en su Maestro, que le cree incondicionalmente. No cree en algo, sino en alguien que es digno de toda su confianza. Con razón San Pablo expresaba con toda seguridad: *"Se en quién he confiado"* (Cf. 2Tim 1,12).

- Si Moisés prescribe una cosa en la antigua legislación, pero el Maestro dice o hace otra diferente, se le cree más a éste.
- Si Jesús se opone a las costumbres de los escribas y fariseos, hay que abolirlas, aunque sean tradiciones sociales, familiares y aun religiosas.
- Si el mundo promete la felicidad a través del poseer, el poder y las apariencias terrenas, pero Jesús la asegura por medio de las Bienaventuranzas, se sigue sin titubeos el camino del Maestro.

La base de la relación de un discípulo para con su Maestro es la confianza. Cree más en su Maestro que en las enseñanzas de cualquier otro. Todo lo que su Maestro le dice es veraz, por la simple razón de que su Maestro así lo ha dicho y todo lo que él diga es la norma de verdad. En una palabra, confía, aunque algunas veces le parezca absurdo.

En medio de la borrasca de persecución que había brotado en Jerusalén, y cuyos vientos ya soplaban en Damasco, Ananías, discípulo del Señor, oraba para que Dios detuviera al aguerrido Saulo de Tarso, que se acercaba para encarcelar a los seguidores de El Camino.

Cuando estaba en oración, se le apareció Jesús y le ordenó que se dirigiera a la casa de un tal Judas, donde se encontraba el perseguidor. Es decir, se le pedía que fuera a entregarse en las manos del enemigo. Ananías, como buen discípulo, confió en su Maestro, se levantó y fue.

Si las matemáticas aseguran que cinco panes y dos peces no alcanzan para alimentar a una inmensa multitud, pero el Maestro ordena que se sienten para comer, se confía absolutamente en él. Su actitud no es la de comprender todo, sino la de obedecer la Palabra pronunciada por su Maestro.

Cuando Jesús envió a sus discípulos a colaborar con él en la obra evangelizadora y los asoció a su empresa, les dio esta orden: "No tomen nada para el camino, ni oro ni plata ...". Lo menos que cualquiera hubiera exigido, era el pago de los viáticos, pero los discípulos de Jesús obedecieron sin reparos la orden recibida y se fueron sin nada, porque confiaban sin reservas en su Maestro.

e. Sigue al Maestro

Seguir al Maestro no se reduce a ir físicamente en pos de él, sino, ante todo, imitar su estilo de vida. Por eso, uno de los primeros nombres que se dieron a nuestros hermanos en la fe, fue: *"los seguidores de El Camino"*: Hech 9,2.

Ser discípulo de Jesús implica seguir su Camino, delineado por su estilo de vida. Reproduce las actitudes, los criterios y el estilo de vida de Jesús. Vive como él, y quien lo ve a él, mira de alguna forma a su Maestro.

Ser discípulo no se alcanza por un título, credencial o función eclesial. Tampoco el acta de bautismo garantiza que pertenecemos a Jesús, ni siquiera el cumplimiento formalista de algunas normas religiosas o morales. Cuando el gobierno hace los censos de población, nunca falta la siguiente pregunta: ¿Qué religión tiene usted?

- El borracho, con voz tambaleante, responde: ¿Yo? Hip, soy católico... Por gracia de Dios.
- La pareja que vive en amasiato, contesta a una sola voz: Por supuesto que somos católicos.
- El que ha jurado venganza sobre sus enemigos, no duda en confesar: Católico.
- Un viejo solitario, con un videocasete con tema pornográfico en la mano, dice: Católico.
- Quien cumple los mandamientos de la Ley de Dios, y observa las tradiciones religiosas, pero no conoce personalmente a Jesús, contesta lleno de seguridad: ¡Católico, apostólico y romano!
- El que no tiene a Jesús como Salvador personal ni como Señor de toda su vida, levanta los hombros y con una sonrisa afirma: ¡Católico!

- El intelectual, con un libro bajo el brazo, se pone sus lentes y aclara: Soy católico, pero a mi manera.
- El que tiene un puesto en el gobierno, explica: Soy católico, pero no practico.
- Un joven presume su autenticidad cuando dice: Soy católico, pero sólo voy a la Iglesia cuando me nace y no por obligación.
- El orgulloso siente que tiene la oportunidad de presumir de algo más en su vida: Es católico.
- Una familia desunida que ni ora, pero sí critica a todos sus vecinos, responde desde antes con un gran letrero en la ventana: "Este hogar es católico, no se admite propaganda protestante".
- El que ha atesorado riquezas materiales y es insensible a las necesidades de los pobres, siente que detrás de sus injusticias hay algo que compensa su rapiña: Es católico.
- Ladrones, homosexuales, idólatras, curanderos, avaros, chismosos, corruptos, mentirosos y quienes practican el aborto coinciden en una cosa: Son católicos.

Pero si en el censo no se preguntara la religión que cada uno profesa, sino si son discípulos de Jesús, ninguno de ellos podría haber contestado afirmativamente, pues la cartilla de identidad de un discípulo es vivir de acuerdo al plan de vida del mismo Jesús, con sus actitudes y valores.

Por desgracia, es factible andar en el mismo desfile de Jesús, sin ser discípulo suyo. Se podría ser responsable de las finanzas de la Iglesia y no necesariamente seguir al Maestro. Una función o gran título en la Iglesia, no es garantía de pertenecer al grupo de sus discípulos. Es posible asistir a Misa y comulgar nueve viernes primeros, y no figurar en la lista de sus discípulos.

Hasta se podría ser *"apóstol"* de corazón disponible para todo trabajo y compromiso, y no por ello se pertenece al Maestro. Sería factible ser amigo del obispo y comentarle todas las cosas que los demás hacen mal, y no ser discípulo de Jesús.

Se podrían descubrir todos los errores y faltas contra la ortodoxia, sin tener garantía de ser uno de los que siguen El Camino.

Hasta se podrían realizar milagros y profetizar en su Nombre, pero al final escuchar de sus labios una sentencia eterna: *"Apártense de mí, que no los conozco"* (Cf. Mt 7,23).

En la computadora del cielo no existe la base de datos de católicos, ni un archivo con fotocopias de las actas de bautizo. Solamente hay

un volumen que se llama el Libro de la Vida, donde están grabados en oro los nombres de los discípulos de Jesús. Cuando lleguemos a la presencia divina no se nos examinará por los colores de los escapularios, sino simplemente si fuimos auténticos discípulos de Jesús.

Seguir a Jesús, no es necesariamente sinónimo de pertenecer a una institución o de alinearse de acuerdo a ciertas costumbres o tradiciones; mucho menos observar protocolos medievales, sino imbuirse del espíritu del Evangelio y seguir las huellas del Maestro, aunque cueste el prestigio o la vida.

No basta decir que somos cristianos o que cumplimos ciertas prácticas de piedad. Lo que importa es vivir de acuerdo con el modelo propuesto por la persona misma de Jesús.

Había un joven que era bueno, demasiado bueno, si lo comparamos con los otros jóvenes de su generación. No adulteraba ni robaba. Honraba a sus padres y cumplía con todos los mandamientos de la ley de Moisés.

Sin embargo, nunca llegó a ser un discípulo de Jesús porque no fue capaz de cumplir el requisito que el Maestro exigía para poder seguirlo: renunciar a sus riquezas.

No es cuestión de compararse con los demás: soy mejor que ellos, sino compararse con Jesús: ¿Soy como mi Maestro? No se trata de apegarse a una ley o guardar tradiciones, sino de adherirse de corazón al espíritu del Sermón de la Montaña.

f. Obedece al Maestro

El verdadero discípulo de Jesús siempre sabe obedecer, no sólo las órdenes, sino hasta las más pequeñas insinuaciones y los más mínimos deseos del Maestro. Sin embargo, no lo hace por obediencia ciega o disciplina militar, sino movido por una confianza ilimitada. Un buen ejemplo lo encontramos en Simón Pedro:

- Después de haber pasado toda una noche en su barca intentando pescar algo, y estando a punto de renunciar a su empresa, oyó la voz del Artesano de Nazaret que le ordenó echar las redes del lado derecho. El experimentado pescador no entendió, pero obedeció (Cf. Jn 21,4-6).
- En otra ocasión le mandó saltar de la barca y caminar sobre las aguas de un mar embravecido, que abría sus fauces para devorarlo. Pedro no dudó y obedeció (Cf. Mt 14,22-29).

- En otro momento se le exigió lo más absurdo: lanzar el anzuelo al mar para sacar un pez que contenía una moneda en el vientre. Pedro no se puso a discutir si los peces comen monedas, ni argumentó que nadie guarda dinero en un escurridizo pez del mar. Él hizo lo que se le mandó (Cf. Mt 17,27).
- Cuando el Maestro se proponía entrar a Jerusalén, lo envió por un burro al pueblo de Betfagé. Él no se excusó diciendo que no conocía al dueño, que lo acusarían de ladrón y acabaría en la cárcel. Simplemente obedeció la orden recibida e hizo todo lo que se le había ordenado (Cf. Mc 11,1-4).

Cuando el Maestro ordena algo, sea lo que sea, se le obedece, por la simple razón de que así lo dispone. Su palabra es la verdad, aunque todo parezca contradictorio.

Se debe dejar lavar los pies, porque el Maestro lo dice; hay que subir a Jerusalén, aunque sea peligroso; se debe perdonar setenta veces siete, aunque parezca exagerado.

Si se mantienen fieles a mi Palabra,
serán realmente mis discípulos: Jn 8,31.

La piedra de toque que define a un discípulo, depende si cumple la Palabra de su Maestro. Por lo tanto, no se obtiene por ostentar una función eclesiástica, ni mucho menos un título que se hereda o se merece por derecho de antigüedad, sino únicamente si se vive de acuerdo al Evangelio.

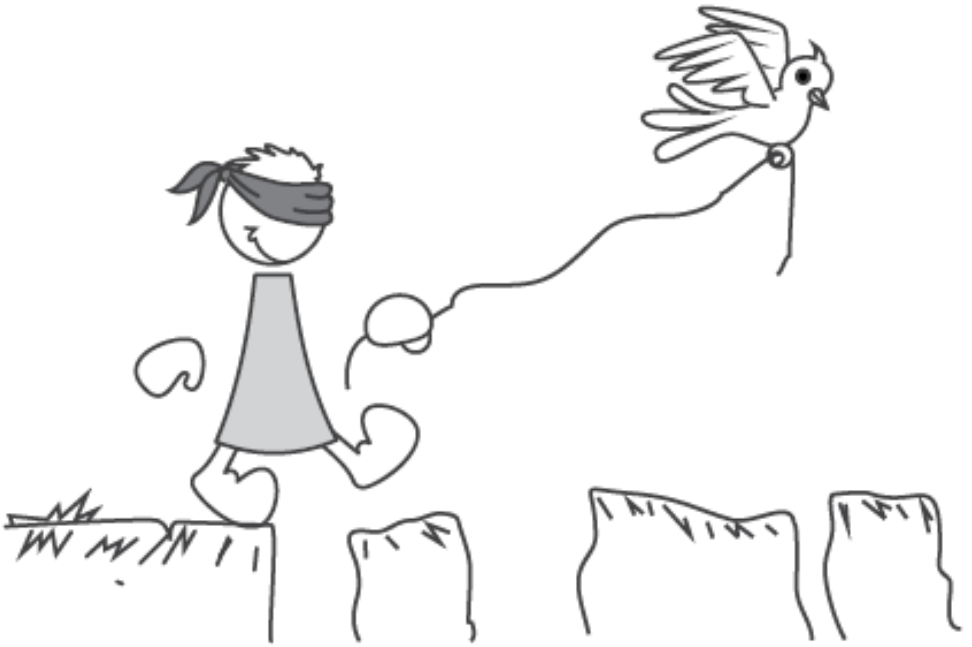
Sus discípulos son aquellos que cumplen su voluntad. Sin embargo, debemos aclarar un punto fundamental: un discípulo no es sólo el que obedece a su Maestro, sino el que lo obedece en todo. No sólo en aquello que le gusta, conviene, está de acuerdo o es sencillo, sino en todo; ya que Jesús no está dispuesto a perder su tiempo con discípulos indecisos. Esto es de capital importancia.

Lo que constituye a una persona como auténtico discípulo de Jesús, es la manera como se relaciona con su Maestro. Así, quien no tenga y viva con estas características no podrá encontrar escrito su nombre en el Libro de la Vida.

D. CON EL ESPÍRITU SANTO, COMO GUÍA

El discípulo de Jesús está animado por el mismo Espíritu que engendró a Jesús y lo ungió con poder, capacitándolo para realizar su ministerio. El Espíritu, por ser la fuente de la vida, nos unifica en Cristo Jesús, participándonos el mismo ser que el Maestro.

Nos impulsa con la misma fuerza que a Jesús, y nos comparte sus mismos sentimientos, criterios y valores. Él es, precisamente, quien nos autoriza como discípulos y nos transforma en maestros a imagen y semejanza de Jesús.



El discípulo es guiado por el Espíritu Santo

Tres imágenes bíblicas nos acercan al misterio del Espíritu:

a. El agua

El Espíritu se identifica con el agua porque es fuente de vida. Comunica la vida de Dios al creyente, hasta transformarlo en Cristo Jesús, su Maestro.

Nos vamos transformando
en esa misma imagen cada vez más gloriosos,
conforme a la acción del Espíritu que es Señor: 2Cor 3,18b.

b. El fuego

Así como el fuego purifica e inflama todo lo que toca, así es la obra del Espíritu: Nos purifica y nos enciende con la llama de amor viva de la que hablan los místicos. Es un fuego que ilumina el misterio de Dios y nos revela la verdad completa:

- Con respecto a Jesús:

El Espíritu Santo revela a Jesús en el corazón del discípulo dándole testimonio de la verdad completa, y le recuerda todas las palabras del Maestro. Hace presente a Cristo hoy en medio de nosotros y

posibilita que las palabras del Maestro no pierdan su eficacia ni su poder, sino que, por el contrario, alcancen su plenitud.

- Con respecto a Dios:

Por otro lado, el Espíritu de Cristo resucitado, nos hace vivir la filiación divina, punto esencial de todo discípulo de Jesús. *No hemos recibido un Espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un Espíritu de filiación que nos hace exclamar: Abbá, Papá:* (Cf. Rom 8,15).

- Con respecto a los demás:

Él es quien forma la comunidad cristiana, transformándola en Cuerpo de Cristo. Los discípulos de Jesús, animados por el Espíritu Santo, viven la unidad del Cuerpo de Cristo.

c. El viento

El viento del Espíritu sopla como quiere, con toda libertad. Se siente, pero no se ve. No sabemos de dónde viene ni a dónde va, pero estamos llamados a ser conducidos por él.

El discípulo de Jesús lleva una relación personal con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. No lo reduce a una fuerza o un poder taumaturgo. No es sólo el vínculo de unión entre el Padre y el Hijo. ¡Es una Persona!

Ésta es la clave de su vida, el motor de su actividad y el secreto de su fecundidad.

E. CON LOS DEMÁS, COMO HERMANOS

Uno solo es su Maestro;
y todos ustedes son hermanos:
Mt 23,8b.

Todos los discípulos de Jesús consideran a Dios como su Padre. Por eso, su oración constante es: *"Padre Nuestro"*. Sin embargo, la filiación conlleva necesariamente la fraternidad que se extiende a toda persona, sin importar la clase social, el credo, el título o la función eclesiástica. Por consiguiente, nunca se siente superior o mejor a los demás. Pero, al mismo tiempo, tampoco sufre ningún complejo de inferioridad, ni se doblega ante los signos de poder o de valer de este mundo. Sabe que forma un cuerpo donde cada uno tiene su lugar y donde todos necesitan de todos.

Si el pecado original se manifiesta en Caín, que asesina a su hermano menor, el fruto de la redención es que el discípulo de Jesús

se preocupa precisamente del hermano más pequeño. Como Jesús, tiene un amor preferencial por los más pobres y necesitados, por aquellos que el mundo desprecia y que no tienen nada de lo que la sociedad aprecia como valioso.
Sabe que la salvación no es asunto personal, ni menos individualista, sino que vamos juntos en la misma barca y unidos llegamos a puerto, o juntos perecemos. El peregrinar rumbo a la tierra prometida se hace en caravana, nunca en solitario.

a. El amor

El Maestro mismo escogió la seña infalsificable para identificar a un discípulo suyo:

En esto reconocerán que son mis discípulos:
si se aman los unos a los otros: Jn 13,35.

De esta forma, el modo de vida de los discípulos de Jesús no es otra cosa que el amor. Somos discípulos en la medida en que nos tengamos amor los unos a los otros. Amor tan total como el de Cristo Jesús a nosotros: un amor que da la vida por el amado.
Algunos han querido sustituir el distintivo del discípulo con medallas, devociones, una peregrinación al último lugar donde supuestamente se está apareciendo la Virgen, el cumplimiento de ciertas normas, una cruz colgada al pecho o comulgar nueve viernes primeros. Pero si no existe amor, no se es discípulo de Jesús.
Aunque se hayan recibido los Sacramentos y se tenga la amistad del obispo, si no se tiene amor, es como campana que no tañe.
Aunque se hagan votos religiosos o se ejercite un ministerio en la Iglesia, sin amor, sería como sal que pierde su sabor.
El amor a Dios nos lleva necesariamente al amor hacia el prójimo. Son dos aspectos inseparables del mismo y único amor:

Quien no ama a su hermano a quien ve,
no puede amar a Dios a quien no ve: 1Jn 4,20.

La prueba del amor a Dios se mide tangiblemente y de manera inequívoca en el amor al hermano.
Así de sencillo y complicado es ser discípulo de Jesús.
El amor no es un sentimiento, sino una decisión: estar al servicio del hermano, sacrificando hasta la propia comodidad, la reputación y todo tipo de ventajas personales, con tal de atender al necesitado.

Un escriba, hombre apegado a la materialidad de la ley y profundo conocedor de las Escrituras, se acercó a Jesús para preguntarle por el más grande mandamiento. La respuesta de Jesús fue en contra de las matemáticas, pues contestó: el mayor mandamiento son dos: amar a Dios y amar al prójimo (Cf. Mt 22,40).

Extrañado, el escriba, pues había dirigido toda su vida en otra dirección, intentó justificarse: ¿Quién es mi prójimo?

Entonces, Jesús, contó la historia del hombre caído en manos de ladrones, que fue atendido por un samaritano, considerado pecador y hereje (Cf. Lc 10,30-37).

Tres conclusiones se desprenden de esta parábola:

- El prójimo es quien está en necesidad y nada nos dispensa de pasar de largo. Ni la oración ni el apostolado, ni cosa alguna están por encima de atender al hermano moribundo, que ha caído en manos de los ladrones.
- El pecado del sacerdote y el levita no fue que oraran o dieran culto a Dios, sino que todo esto no los excusaba de asistir al moribundo. Su pecado fue de omisión: la indiferencia; ignorar al hermano necesitado.
- El modelo del cumplimiento de la ley suprema del amor fue un hombre que era considerado excomulgado del pueblo de Dios. ¿Será que Dios no hace exámenes de *ortodoxia,* sino de *ortopraxis*?

El testamento pastoral del Maestro, en vísperas de entregar su vida por nosotros, fue:

Como el Padre me amó, así también yo los he amado.
Permanezcan en mi amor.
Les doy un nuevo mandamiento:
que se amen los unos a los otros.
Que, como yo los he amado, así se amen ustedes
los unos a los otros: Jn 15,9; 13,34.

Jesús nunca definió el amor. Simplemente lo demostró:

Nadie tiene más amor
que aquél que da la vida por sus amigos: Jn 15,13.

El juicio final sólo versará sobre una materia: el amor. Todo lo demás es añadidura o consecuencia (Cf. Mt 25,31-46).

b. La corrección fraterna

Ahora bien, existe un fruto concreto del amor que se llama corrección fraterna. Los discípulos son corresponsables unos de los otros. La vocación profética que les ha compartido su Maestro los convierte en centinelas, que no acusan a sus hermanos caídos, sino que los capacita para ir en su pronta ayuda. Cada uno necesitamos de los demás para caminar. Todos descubrimos aspectos ignorados

por otros, y lo mismo sucede al revés: ellos se dan cuenta de ciertos aspectos que nosotros todavía no percibimos.
Sin embargo, para que la corrección fraterna surta efecto, es necesario observar un principio fundamental: hay que perdonar antes la falta que estamos señalando; de otra manera se convierte en una acusación que no produce fruto.
La corrección fraterna no es la denuncia del mal de nuestro hermano. Jesús mismo no estaba de acuerdo con esto y lo llamó "señalar la paja en el ojo ajeno". Se trata de anunciarle la Buena Nueva en el área necesitada de salvación.
Es decir, proclamar la victoria de Cristo Jesús en la necesidad del hermano, y mostrarle cómo Jesús nos ha ganado la victoria en ese aspecto de la vida.

c. El perdón

De pocas cosas Jesús habló tantas veces –y sobre todo lo demostró con su ejemplo– como del perdón, en su doble dirección:

- Perdonar al que nos ofende.
- Pedir perdón a quien hemos ofendido.

Cuando se transita en carretera, frecuentemente se puede encontrar el siguiente letrero: *"Puente en construcción. Disculpe las molestias que esto le ocasiona".* En la escuela del discipulado no hay gente santa ni perfecta. Todos estamos en construcción y se causan molestias a quienes están cerca, por lo que perdonar es el pan de cada día.
Jesús nos habilitó con esta herramienta para ser capaces de vivir en medio de personas limitadas y frágiles. El perdón lleva consigo una fuerza intrínseca: es capaz de transformar las personas. Cuando condenamos, condicionamos.
Es decir, nuestro juicio determina a la persona para que no cambie. Cuando perdonamos, liberamos. Es decir, damos a la persona la confianza para que cambie lo que debe ser transformado.
Un día, una mujer sorprendida en adulterio fue llevada a Jesús, el cual, en lugar de tomar la piedra de la acusación, le dio el perdón que le habría de capacitar para no pecar *"más"*. El perdón debe reunir ciertas características:

- Se ha de otorgar de corazón (Cf. Mt 18,35), o sea, con misericordia. Ser perfectos como el Padre celestial es perfecto (Cf. Mt 5,48), no es otra cosa que ser

misericordiosos como DIOS es misericordioso (Cf. Lc 6,36).

- Aunque la otra persona no lo pida (Cf. Mt 6,12), el no perdonar hace más daño a quien odia que a la persona odiada. Perdonar no es perder. Al contrario, se gana la libertad.
- Ha de ser sin límites: setenta veces siete (Cf. Mt 18,22).

Por esta razón, discípulo que guarda resentimientos para con su hermano y no perdona, es una gran contradicción de términos.
Por otro lado, nosotros también ofendemos a nuestros hermanos, por lo que hemos de estar siempre dispuestos a pedir perdón. Si no lo hacemos así, se abre una grieta infranqueable en nuestra relación con Dios.
Jesús advirtió claramente que Dios no acepta las ofrendas de quienes no se hayan antes reconciliado con su hermano.
Por lo tanto, es mejor dejar la ofrenda sobre el altar y volver primero con el hermano para restablecer la paz. No se trata sólo de pedir perdón a quien tenemos conciencia de haber ofendido. Jesús establece el punto de apoyo en otro lugar: *si tu hermano tiene algo contra ti.*
Es decir, se ha de pedir perdón a todo aquel que sienta que lo hemos ofendido, aunque nosotros encontremos mil justificaciones de no haberlo hecho.
La gran fuerza que tenemos los cristianos para transformar el mundo es el poder del perdón, ya que éste reconstruye la persona, supera abismos y posibilita lo imposible. Perdonar es sinónimo de liberar. Al perdonar somos libres y hacemos libre al hermano. La condena condiciona, mientras que el perdón capacita para el mejoramiento.
Todos somos puentes en construcción que necesitamos del apoyo del perdón para llevar adelante nuestro proceso de ser como nuestro Maestro.

El discípulo tiene hermanos a los que siempre perdona

F. CON LAS COSAS, CON LIBERTAD

El discípulo tiene una definida relación con las cosas de este mundo. Es libre de toda atadura material. Es pobre. Como nada tiene, nada puede perder, ni nada tiene que defender. Por eso es capaz de entregarse enteramente a instaurar el Reino de Dios. Rechaza la riqueza y opta por la pobreza como estilo de vida.

a. El ídolo de la riqueza

Jesús previno a sus discípulos claramente sobre el gran peligro que encierran las riquezas. De ninguna manera son compatibles con el Reino.

El gran peligro de las riquezas es que se convierten en un ídolo que suplanta a Dios (Cf. Col 3,5). Se confía en falsos dioses que no aseguran la vida a nadie (Cf. Lc 12,13-21).

Es precisamente por esto que Jesús, hablando del dinero, recalca que no se puede servir a dos señores, ya que a través de un proceso casi imperceptible, va suplantando el papel de Dios: se depende y se confía en éste, se le sirve y entrega la vida.

Pero las riquezas son bienes falsos y aparentes (Cf. Lc 16,11), que corroe la polilla y roban los ladrones (Cf. Lc 12,33), porque lo que es estimable para los hombres, es abominable para Dios (Cf. Lc 12,15).
En segundo lugar, el Maestro afirma que las riquezas son injustas (Cf. Lc 16,9). Toda riqueza está amasada con el sudor de muchos pobres, o mejor, empobrecidos. El enriquecimiento es una afrenta cuando no se comparten equitativamente las ganancias con todos los que han colaborado a la producción y comercialización de un producto.
Cuando el trabajo de un obrero o un pueblo se compra, en lugar de hacerlos partícipes de los resultados de su fatiga, la riqueza que de allí provenga es indebida. Toda relación comercial en la que se aproveche del más necesitado, está en contra del plan de Dios.
En tercer lugar, produce *cardioesclerosis*: endurece el corazón ante las necesidades de los demás. Así le sucedió al rico que todos los días disfrutaba un banquete opulento, sin darse cuenta que a su puerta yacía el pobre Lázaro.
Nadie en toda la Biblia ha recibido castigo mayor que quien ignoró a su hermano necesitado. Parece que es el pecado más grave de todo el Nuevo Testamento.
Por último, la ambición es el origen de todos los males (Cf. 1Tim 6,10): guerras, malicia, mentiras y todo tipo de injusticia y corrupción, provienen de la *"pleonexia"*, desmedido afán de tener más y más. Constituyen el tobogán para procurar todo tipo de poder y placer, sin importar los medios.
En este nivel, la riqueza no sólo ha tomado el lugar de Dios, sino que el rico mismo suplanta a Dios: se siente todopoderoso, infalible y centro del universo. El valor de la pobreza no radica en sí misma, sino cuando va enmarcada en tres actitudes:

- Una dependencia total e incondicional de Dios en todos los campos: material, intelectual, cultural, espiritual, etc. Aquí cabe aclarar que el pobre Lázaro –de la parábola–, no se salvó porque fuera pobre, sino porque, como su nombre significa, confiaba en Dios. El verdadero pobre deposita toda su confianza en Dios.
- Como consecuencia del amor. El discípulo ama a sus hermanos y por eso comparte con ellos sus bienes. No consiente tener dos túnicas si su hermano

sufre frío. No es pobre por no tener, sino por compartir todos sus bienes con los más necesitados.

- Produce libertad para servir más y mejor en el Reino. Libre de toda atadura humana, se es capaz de buscar únicamente el Reino de Dios y su justicia.

La elección de la pobreza como estilo de vida, es una decisión que todos deben hacer un día para entrar en el Reino, pues la puerta es demasiado estrecha y no caben las riquezas del mundo.

Es más fácil que un camello pase
por el ojo de una aguja, a que un rico se salve: Mt 19,24.

Por consiguiente, el llamado a la pobreza es universal y necesaria condición para ser discípulo de Jesús. Discípulo rico es una contradicción de términos, ya que Jesús fue pobre.

Sin embargo, el llamado a la pobreza es de acuerdo a la vocación de cada uno. De ninguna manera se pueden tabular las entradas económicas para saber quién es o no discípulo, sino que cada uno responde a este llamado de acuerdo con su función y misión en este mundo.

Un ejemplo preclaro de pobreza lo encontramos en Francisco de Asís, que renunció a todo lo que este mundo ofrece, para asemejarse lo más posible a Jesús, que depende de Dios.

Dios nos desafía a vivir una pobreza afectiva y efectiva, desprendiéndonos de todo aquello que él nos pide.

b. Administración de los bienes

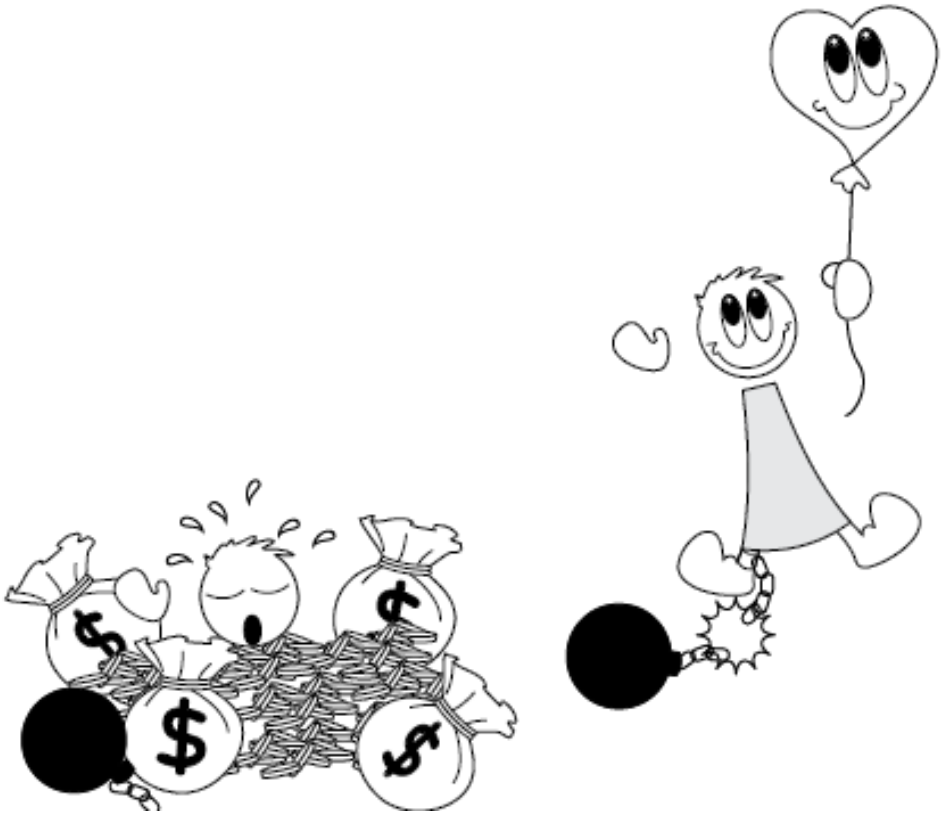
La pobreza no se identifica por carecer posesiones. Más bien consistiría en administrar todos los bienes (no sólo los materiales) con criterios evangélicos. Nada nos pertenece exclusivamente. Somos simples administradores de los talentos que se nos han confiado. Sobre toda propiedad pende una hipoteca social.

Jesús afirma que los bienes no nos pertenecen. Son ajenos (Cf. Lc 16,12). La prueba de que somos simples administradores, es que nada trajimos a este mundo y tampoco nada nos llevaremos de aquí. Por lo tanto, el abismo que separa a ricos y pobres no tiene cabida en el plan de Dios.

Por eso, el discípulo comparte lo que es y tiene con los demás, especialmente con los más necesitados. Esto implica, primeramente,

devolver a Dios lo que le pertenece y a nuestros hermanos lo que es suyo.
No se trata, pues, de una obra de caridad, sino de justicia, incluyendo los bienes espirituales y carismas que pertenecen a la comunidad.
San Pablo nos ha precisado este punto cuando nos advierte:

Todos tenemos dones
de acuerdo a la gracia que nos ha sido dada:
Si es el don de profecía,
ejerzámoslo en la medida de nuestra fe,
si es el ministerio, en el ministerio;
la enseñanza, enseñando;
la exhortación, exhortando;
El que da, con sencillez;
el que preside, con solicitud;
el que ejerce la misericordia, con jovialidad:
Rom 12,6-8.



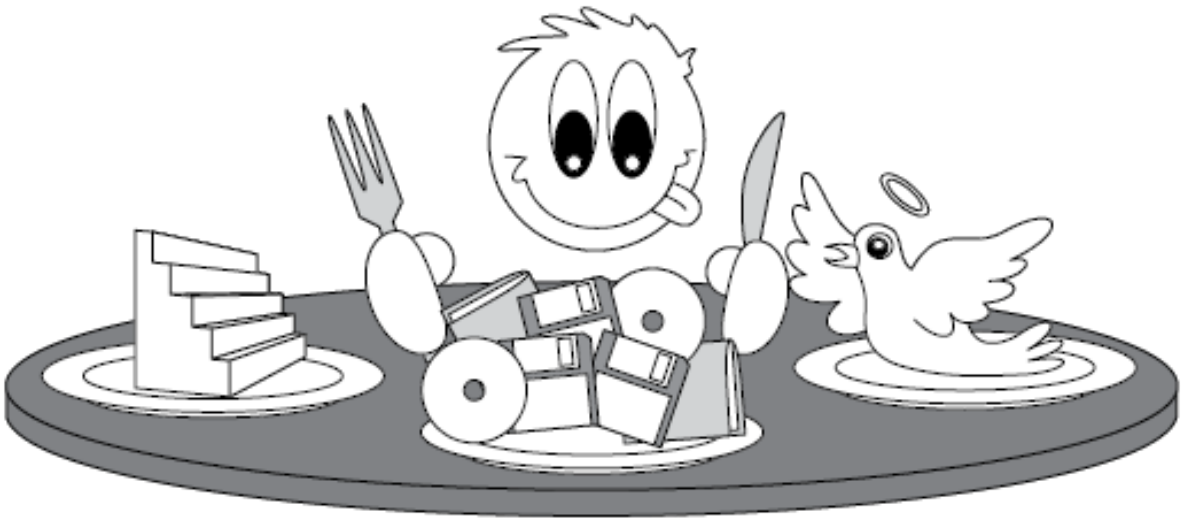
El discípulo no es esclavo de las cosas materiales

CONCLUSIÓN

Si el ser humano es tal en la medida de sus relaciones, el discípulo se define en las seis relaciones antes enumeradas. Éstas son precisamente las que lo identifican como un auténtico discípulo de Jesús; éstas son su carta de presentación y, al mismo tiempo, su tarjeta de identidad.

VII
LA DIETA DEL DISCÍPULO

Juan Carlos Ortiz, quien ha vivido y enseñado a otros este caminar del discipulado, nos muestra cómo se nutre un discípulo de Jesús. Los cuatro ingredientes de su dieta son: la Información, la Formación y la Revelación, que desembocan en la Transformación de este mundo.



El discípulo guarda una dieta balanceada

A. INFORMACIÓN

Todo maestro comunica ciertas verdades que sus discípulos tienen que conocer. Extrae de su archivo una serie de datos que transmite pedagógicamente. Se trata de elementos teóricos, la herramienta fundamental que el discípulo debe aprender a utilizar. En este sentido, Jesús comunicó algunos conocimientos. Por ejemplo:

- Su existencia antes que Abraham.
- Indisolubilidad del matrimonio.
- Todos los alimentos son puros.
- El pecado contra el Espíritu Santo no tiene perdón.

Algunos encontrarán, sin duda, más puntos doctrinales, pero nadie se atreverá a asegurar que este aspecto constituía lo más importante de las enseñanzas del Maestro.

Aunque para ciertas personas o instituciones religiosas (no necesariamente cristianas) esto sea lo fundamental y el termómetro con el que se mide a un seguidor de Jesús, y sobre todo a un servidor de la Iglesia; de ninguna manera concuerda con la mentalidad del Maestro.
La Información es simplemente una herramienta que puede ser bien usada, pero también puede emplearse mal.
La ciencia de Dios es útil para darlo a conocer a los demás, pero por desgracia, también es posible que sea utilizada para inventar herejías, y hasta para quemar hermanos en la hoguera de la inquisición.
Un serrucho es una óptima herramienta en las manos de un carpintero que corta madera, pero puede tener efectos negativos en las de quien pretende decapitar a su hermano.

B. FORMACIÓN

No basta la Información de datos doctrinales. Éstos ayudan a integrar una serie de conocimientos que, bien manejados, colaboran en el desarrollo y la maduración de un discípulo. Sin embargo, más importantes que los elementos teóricos, son los criterios y valores que han de regir la vida y las relaciones de las personas.
Si ser informado consiste en archivar ciertos datos, ser formado radica en tener una jerarquía de valores que determine el estilo de vida de un discípulo. De ninguna manera se trata de fórmulas o recetas que nos hagan caer en un legalismo o fariseísmo, sino de criterios que se aplican a cualquier circunstancia o relación. En este sentido es muy rico el Evangelio.
Veamos algunos ejemplos:

- Hay más alegría en dar que en recibir.
- Dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.
- El vino nuevo se pone en odres nuevos.
- El árbol se reconoce por sus frutos.
- El que es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho.
- Y de manera especial, donde se sintetiza el espíritu que debe animar la actividad de los discípulos de Jesús: las bienaventuranzas: (Cf. Mt 5,1-11).

Obviamente no se refiere a la materialidad de las palabras, sino a la significación de las imágenes. Por lo tanto, urge descodificar el símbolo para aplicarlo a nuestra realidad.

Por ejemplo, cuando se afirma: *"El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado"*, debemos encontrar todo lo que puede estar envuelto en el sábado, así como en el hombre.

C. REVELACIÓN

No basta tener la ayuda de la Información, ni la guía de la Formación. Es necesario ser guiados, no por señales exteriores, sino desde dentro de nosotros mismos. En la vida cristiana tenemos mandamientos que nos informan lo que debemos hacer y evitar. Existen, al mismo tiempo, criterios que se deben aplicar de acuerdo a los casos particulares.

Sin embargo, también es necesaria la Revelación del Espíritu, que nos guíe en momentos específicos. Jesús se refería precisamente a ello cuando decía:

Cuando los lleven a los tribunales
para entregarlos, no se preocupen
de lo que van a responder.
Digan lo que se les comunique en ese momento.
Porque no serán ustedes los que hablen, sino el
Espíritu del Padre hablará en ustedes:
Mt 10,19-20.

Por ello, San Pablo, que tenía experiencia de revelaciones especiales, escribía a la comunidad de Éfeso:

Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo,
el Padre de la Gloria, les conceda
espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo perfectamente, iluminando los ojos del corazón
para que conozcan cuál es la esperanza
a la que han sido llamados,
es la riqueza de la gloria otorgada por Él
en herencia y cuál la soberana grandeza
de su poder para con nosotros:
Ef 1,17-19.

El apóstol habla de un "espíritu de revelación" y nos delinea su función en nosotros:

- Conocer a Dios en plenitud.
- Conocer la esperanza a la que hemos sido llamados.
- Conocer la gloriosa herencia a la que tenemos derecho.
- Conocer la grandeza de su poder.

Pablo habla de *"conocer"* y no de saber. *"Conocer"*, en hebreo, *'yadá'*, no se limita a la actividad propia del entendimiento, sino a una experiencia de intimidad de amor con lo conocido.
Curiosamente, este verbo se utiliza para referirse a las relaciones amorosas de una pareja. (*Conoció Adán a su mujer Eva...*). Por eso, precisamente, la vida eterna consiste en *"conocer al Padre y a su enviado Jesucristo"* (Cf. Jn 17,3).
Esta gracia no es exclusiva de los santos o los místicos, sino de todo aquél que se interne en esta dimensión de dejarse iluminar por la luz del Espíritu que descubre lo más íntimo de la vida de Dios. Con razón al Espíritu Santo se le llama el Revelador.
Cuando se ha tomado una fotografía, el filme se lleva a un laboratorio. Allí pasa por un líquido llamado revelador. Aquella película negra poco a poco va reflejando colores y figuras hasta que podemos descubrir perfectamente un maravilloso paisaje o una persona. Esto es precisamente lo que hace el Espíritu Santo: nos descubre las maravillas de la nueva vida en Cristo Jesús, y hace que tomen dimensión y figura las cosas que teníamos simplemente archivadas en la cabeza.
Jesús reservó ciertas cosas a sus discípulos que no eran transmitidas a todo mundo. Reyes y profetas hubieran querido ver y oír lo que estos privilegiados experimentaron en la intimidad. Sin embargo, otras muchas cosas no se las dijo.
Era necesario que el Revelador descubriera a los discípulos los secretos de Dios. Es decir, hasta el mismo Jesús dejó una tarea pendiente que no podía ser contenida en sus palabras y sus enseñanzas. Por eso, les repitió una y otra vez:

Les conviene que yo me vaya,
porque si no me voy,
no vendrá a ustedes el Consolador.
Cuando venga él, el Espíritu de la verdad,
él les revelará la verdad completa: Jn 16,7.13.

El Espíritu Santo revela la verdad completa y nos enseña los secretos divinos (Cf. 1Cor 2,9-11). De esta manera, cada uno es enseñado de forma personal, no individualista; para que así se cumpla la profecía que identifica los tiempos mesiánicos:

Ya no tendrán que adoctrinar más el uno al otro, sino que todos serán enseñados por Dios,
desde el más pequeño hasta el más grande: Jer 31,34.

Sólo el Espíritu revela la verdad en el corazón del creyente. Hay misterios que únicamente Él descubre. Existe un mundo nuevo que nadie, sino el Espíritu de Dios, muestra.

El Maestro interior enseña lo que nadie puede hacer. Así, conviene que nos preguntemos:

- ¿Qué cosas me ha enseñado el Espíritu Santo?
- ¿Podría describir alguna experiencia del Espíritu que ha determinado mi vida?
- ¿Soy testigo de lo que he visto y oído, o un simple reportero de lo que ha pasado fuera de mí?

Es muy diferente ser testigo que reportero. El testigo tiene experiencia personal de lo que cuenta. El reportero simplemente transmite un dato o una información, sin comprometerse.

Cleofás era un discípulo que sabía perfectamente todo lo referente a la vida y milagros de su Maestro. Incluso, estaba al tanto de las últimas noticias traídas por las mujeres que regresaron del sepulcro esa mañana. Podía, como lo hizo, impartir una cátedra de Cristología al mismo Jesús. Sin embargo, todavía no tenía experiencia de la resurrección de Jesús. Pero en cuanto se le reveló, su corazón ardió y regresó de inmediato a Jerusalén. Se había transformado de reportero en testigo.

Por otro lado, debemos tener en cuenta esto al guiar a otros en la vida del Espíritu: decirles que no les vamos a enseñar todo, porque existe un caudal inédito que sólo el Espíritu revela a quienes se abren a su soplo inspirador.

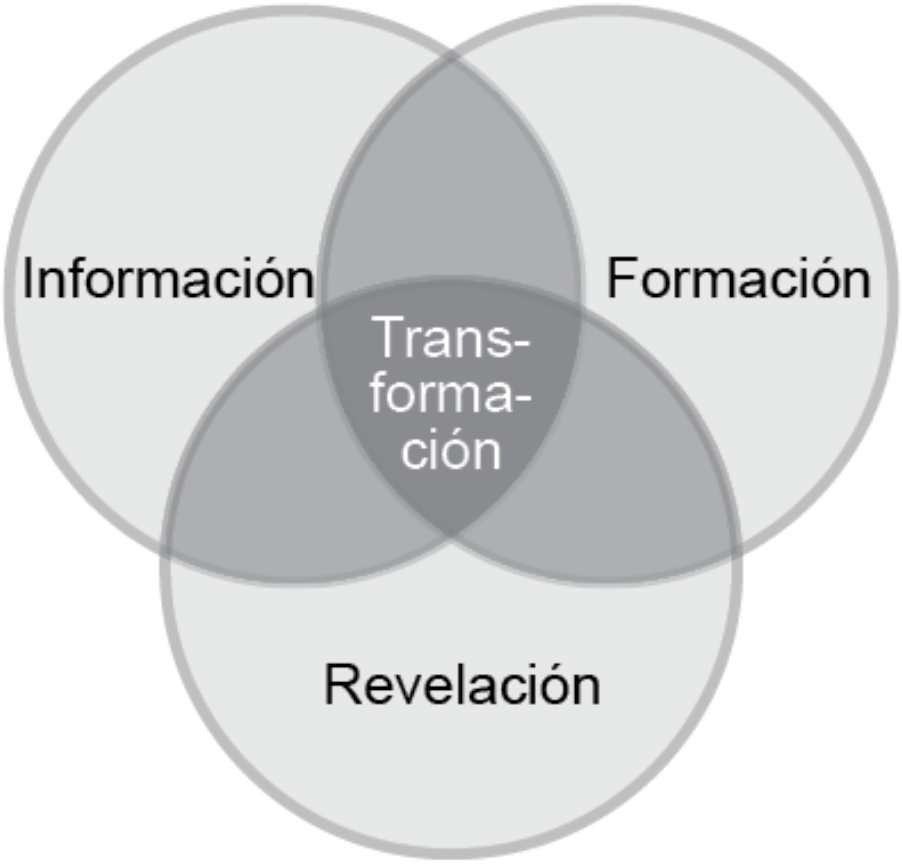
Incluso, tendremos que callar para que el Espíritu hable, irnos para que él venga. No basta con que enseñemos la verdad. Ni siquiera es suficiente el testimonio. Es necesario que los demás vivan su propia experiencia.

La tarde del domingo de Resurrección, Jesús se apareció radiante a diez de los suyos que estaban escondidos en el Cenáculo. Poco después, ellos transmitieron vivamente su experiencia a Tomás, que acababa de regresar. Sin embargo, al apóstol no le bastó que ellos le contaran la aparición que habían tenido. Para él no era suficiente

escuchar una decena de veces la misma historia. Él tenía derecho a una revelación como los demás, y lo logró ocho días después.
Las experiencias místicas deben ser un elemento normal en la vida del discípulo de Jesús. No están reservadas para los santos, sino para todo aquel que tenga oídos para oír y tiempo para invertir en la intimidad con Dios. Ciertamente existe el riesgo de caer en el iluminismo, pero ¿acaso no es más peligrosa la anemia espiritual por no alimentarse de estas experiencias del Espíritu? El miedo a la cizaña nunca debe conducir a arrancar el trigo. Esto no es sinónimo de caer en el iluminismo, o creer toda supuesta revelación celestial. La Palabra de Dios es el parámetro de discernimiento para evaluar toda revelación privada.

D. TRANSFORMACIÓN

El discipulado está al servicio del Reino, que es un Reino de justicia, gozo y paz en el Espíritu Santo (Cf. Rom 14,17).
Por ello, estos tres afluentes del discipulado desembocan en la transformación del mundo para instaurar la civilización del amor. Cada discípulo, o mejor, todos juntos, constituyen el fermento en la masa que debe instaurar la justicia y la paz, el respeto a la persona y el bien común, la libertad y la responsabilidad, con un desarrollo integral de la persona y de la sociedad.



El discípulo lleva los criterios de Jesús hasta las dimensiones comerciales, culturales y políticas. Sabe que las estructuras, aun las más perfeccionadas y modernas, no salvan. Lo único que transforma la sociedad, como a las personas, es el amor.
El discípulo cuenta precisamente con este instrumento para instaurar el cielo nuevo y la tierra nueva, en este mundo.

CONCLUSIÓN

La Información se asemeja al mapa de la ciudad de París, donde podemos darnos cuenta por dónde serpentea el río Sena, localizar la Torre Eiffel y orientarnos por las grandes avenidas. La Revelación sería como adentrarnos en la capital francesa y quedar fascinados por sus museos, pasear por la avenida de los Campos Eliseos y cenar en uno de sus prestigiosos restaurantes. A través de la Información conocemos el menú, por la Formación decidimos lo que debemos comer, pero es sólo a través de la Revelación como podemos gustar del alimento.

La Información se dirige a la cabeza, la Formación a las motivaciones y la Revelación al corazón. En la Información, el papel más importante lo juega el Maestro; en la Formación, el discípulo, y en la Revelación el Espíritu Santo. Y todo esto en vistas a la instauración del Reino de Dios en este mundo, para vivir como hijos de Dios y hermanos los unos de los otros, en una sociedad donde impere la civilización del amor.

VIII
METODOLOGÍA DE JESÚS

Jesús tenía una gran empresa y necesitaba preparar su personal con los criterios y valores adecuados. Para convertir a cada uno de sus seguidores en un auténtico discípulo, llevó a cabo un programa de formación, que delineaba perfectamente las diferentes etapas por las que habrían de pasar sus colaboradores, a fin de continuar y extender su obra en este mundo.

El proceso que Jesús planeó para formar a sus primeros seguidores, es el mismo que sigue utilizando para moldear a todos sus discípulos.

Así como el candelabro que estaba en el templo de Jerusalén tenía siete lámparas, así también son siete las luces que nos iluminan en este itinerario.

Estos elementos los encontramos expuestos en lo que bien podríamos llamar "el testamento pastoral" del Maestro:

- Tomó pan en sus manos.
- Lo bendijo.
- Lo partió.
- Lo repartió.
- Y dijo: "Esto es mi Cuerpo".
- "Coman todos de él".
- "Hagan esto en memoria mía".

A. TOMÓ PAN EN SUS MANOS

Así como en la última cena el Señor Jesús tomó el pan en sus manos, ahora repite exactamente el mismo gesto con cada uno de nosotros. El molde donde se producen los discípulos, son las manos que fueron traspasadas por los clavos de la cruz.
Lo primero que el Señor hace para moldearnos a su imagen y semejanza, es tomarnos en sus manos. Esto significa que él asume la principal responsabilidad, pero, al mismo tiempo, exige de nosotros una absoluta disponibilidad.

Como el barro en manos del alfarero,
así son ustedes en mi mano, casa de Israel:

Jer 18,6b.

El relato del Génesis nos cuenta que Dios tomó barro en sus manos y comenzó a modelar al hombre. El hombre nuevo sólo es producto del Artesano Divino, que va delineando los rasgos que definen a los suyos.

Para comprender lo que significa esta figura, debemos entender bien lo que es el barro.

El barro es un elemento compuesto de tierra y agua. Sin embargo, ambos componentes deben estar perfectamente combinados, ya que si existe más agua de la debida, entonces se convierte en lodo sin consistencia, con el cual es imposible hacer cualquier obra de alfarería. Si, por el contrario, le falta agua, la tierra se endurece tanto que no es posible moldearla.

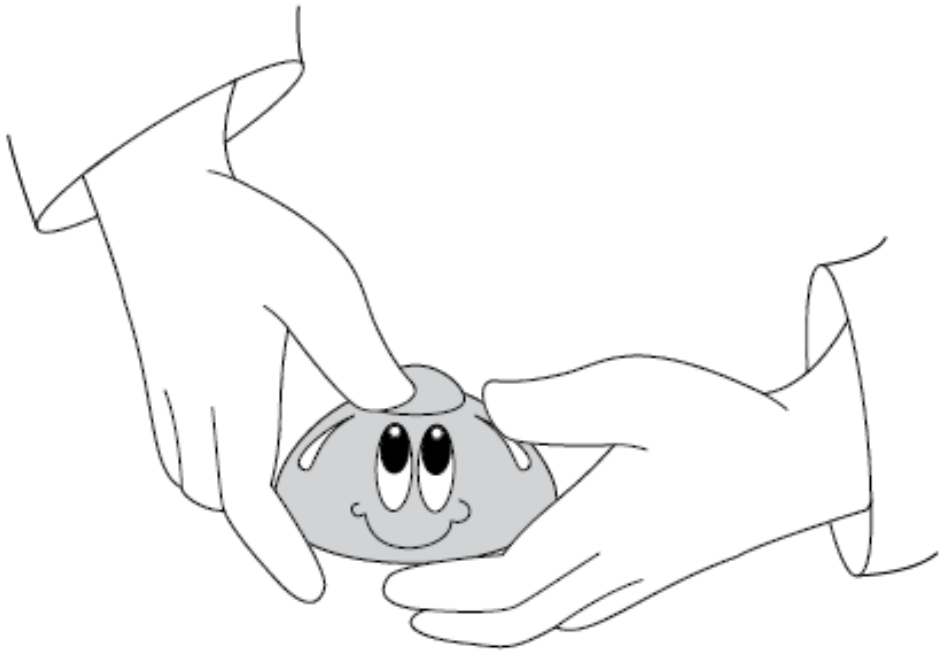
El ser humano, hecho de barro, está compuesto por el agua de sus cualidades y la tierra de sus carencias. En el agua se muestra su fecundidad y sus enormes posibilidades. En la tierra aparecen sus carencias y necesidades.

No somos sólo cualidades y virtudes, pero tampoco somos únicamente defectos y limitaciones; ambos elementos constituyen un binomio perfecto, que no se puede separar sin desgarrar la esencia del ser humano.

Dios tiene en cuenta estos dos componentes y los trabaja siempre juntos. Nuestras posibilidades y carencias son la materia prima con la que Él hace un vaso nuevo. Todo entra en su plan. Ni nuestras cualidades son las que instauran el Reino de Dios, como tampoco, nuestras limitaciones pueden impedir que éste se realice. Que nuestras virtudes no son suficientes, lo vemos claramente en Moisés. Nadie mejor que el hijo de la hija del Faraón, por su cultura y preparación, para sacar de Egipto al pueblo oprimido. Mas tuvo primero que renunciar a esas cualidades, huyendo al desierto de Madián, dejando la casa del Faraón con todos sus privilegios; y hasta después, y sólo después, llegó a ser un instrumento útil en la liberación del pueblo.

Gracias a esta dura experiencia de despojo, Moisés tuvo siempre bien claro que era obra de Dios y no de hombre alguno. Por eso,

cuando después de la apostasía del Monte Sinaí, Dios le dijo: *"Baja, porque tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto, ha pecado"*, Moisés le respondió claramente: *"Ese pueblo ni es mío, ni yo lo liberé. Es tuyo y fuiste tú mismo quien lo sacaste de la esclavitud"* (Cf. Ex 32,7-11).
Por otro lado, nuestras debilidades, y carencias no son razón suficiente para que Dios detenga su plan. Nuestra flaqueza nunca será más grande que su poder. Dios no puede depender de nosotros, y mucho menos de nuestros defectos. Moisés, al mismo tiempo, es un ejemplo de ello: Cuando fue llamado para liberar a los hebreos de la esclavitud, exclamó: *"Pero, ¿quién soy yo para ir delante del Faraón? Los hebreos no me van a creer, pues ni siquiera conozco tu nombre y además soy tartamudo"*. Dios le contestó: *"Yo estaré contigo y te enseñaré lo que tienes que decir".*
La incapacidad humana no es obstáculo suficiente para que Dios interrumpa su acción salvífica. Cuando en nuestra vida tenemos agua de sobra, es decir, estamos muy confiados en nuestras cualidades, creyendo que somos capaces de cumplir la misión encomendada, entonces el Señor se encarga de echarnos un poquito de tierra para que seamos barro y no lodo.



Nos toma en sus manos

Si, por el contrario, sólo miramos la tierra de nuestro pecado y el polvo de nuestra incapacidad, entonces el Señor nos da agua viva para aflojarnos y podernos utilizar, libres de cualquier complejo de inferioridad o de culpa.

Antes de trabajar para el Señor, el Señor nos trabaja. Para trabajar por el Señor, antes hemos de ser trabajados por Él. Nadie puede ser instrumento de liberación, si antes no ha experimentado la libertad. ¿Cómo se puede predicar que Jesús libera, sin haberlo experimentado en carne propia?

- Nuestra actitud: Desprogramarnos

El Señor quiere grabarnos su imagen con el sello de su Santo Espíritu (Cf. 2Cor 3,18), para que lleguemos a ser cartas de Cristo (Cf. 2Cor 3,3). Sin embargo, para imprimir la Palabra del Señor, hay que borrar todo lo que se haya escrito antes.

> *Una computadora trabaja gracias a un programa que la capacita para conseguir un objetivo, pero que al mismo tiempo la condiciona. A veces llega el momento en que el programa ya no es adecuado, y hay que desecharlo para usar otro más completo.*

Esto mismo nos pasa. Todos nosotros hemos hecho un plan de vida; pero es necesario renunciar a éste para abrirnos al Señor. Si no nos desprogramamos, no podremos admitir el proyecto del Señor sobre nosotros. Hay personas que, por alguna razón, están completamente convencidas de estar siguiendo la voluntad de Dios. Pero no olvidemos que Saulo de Tarso también lo estaba, cuando perseguía a la Iglesia de Dios.

> *Saulo, celoso fariseo que tenía puesta su confianza en la santa Ley del Sinaí, estaba seguro de que cumpliéndola hacía la voluntad de Dios, habiendo sido instruido a los pies del gran maestro. Mas, al encontrarse con Cristo resucitado, cayó rendido. Depuso las seguridades en las que tenía puesta su confianza y, en lugar de decidir, hacer o enseñar como era su costumbre, simplemente hizo una pregunta: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Cf. Hech 22,10).*

El conocedor de la Escritura y celoso cumplidor de la Ley, reconoció ignorar el misterio de la voluntad divina. Renunció a su programa y se abrió a lo nuevo y a lo inesperado. Se trataba de un nacer de nuevo.

Todos nosotros hemos sido programadores de nuestra vida y hasta de la de otros. Debemos abandonar esta tarea que no nos corresponde, para abrimos a las sorpresas del Espíritu.

Los aviones cuentan con unos aditamentos sobre las alas que se llaman estabilizadores, para que el vuelo sea cómodo y seguro.

Jesús, por el contrario, nos sacude nuestras seguridades con "desestabilizadores", pues todo aquello que nos encajona, limita su acción forjadora de discípulos.

Decidirse por Jesús es aceptar caminar por una cuerda floja, aprendiendo a caminar sobre las aguas.

B. LO BENDIJO

"Lo bendijo" se puede referir tanto a bendecir el pan (texto de marcos y mateo), como bendecir a Dios (texto de Lucas y Pablo). Nosotros vamos a considerar ambas posibilidades.

Si el pan representa al discípulo, éste es ben-decido. La Palabra de Dios es la fuente de alimentación para su vida, y ella configura el perfil de su existencia. En cuanto Jesús toma el pan entre sus manos, lo bendice.

El verbo *"bendecir"*, en griego, está compuesto de dos palabras: *"bien"* y *"decir"*: (*Eulogueo*).

Lo primero que hace el Señor, es hablarnos bien: con la verdad. Pronuncia una palabra que es viva y eficaz, que es espíritu y es vida; más cortante que espada de dos filos que penetra hasta las profundidades del alma.

En esta etapa, la Palabra de Dios nos va configurando para que asimilemos los criterios de Cristo Jesús y vayamos identificándonos con sus mismos valores. Toda palabra que escuchamos moldea la manera de pensar, y determina después la forma de ser y actuar. Nuestra mente es como un casete en blanco que reproducirá más tarde lo que en éste se grabe.

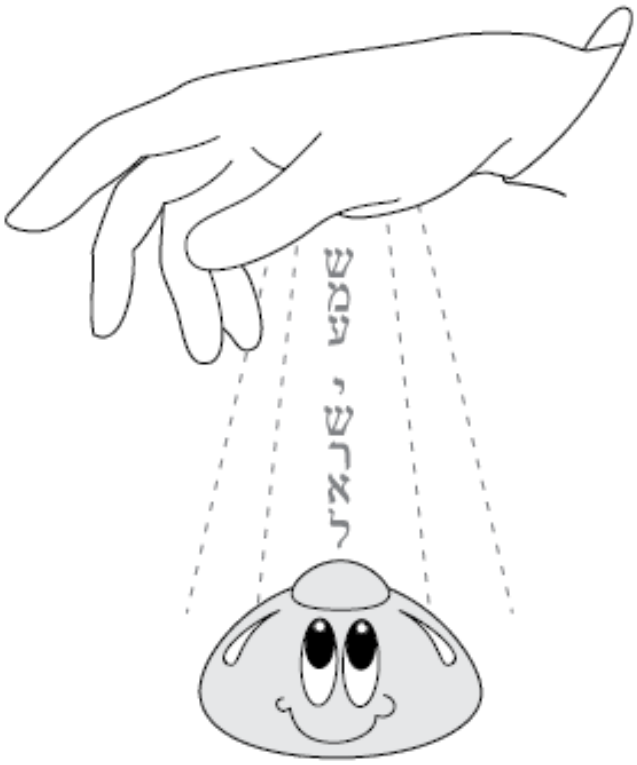
Así como los jóvenes entonan canciones de memoria y de alguna manera tratan de imitar a sus ídolos, así también, si escuchamos la Palabra de Dios, nuestra mente se irá identificando con la voluntad divina, hasta que los criterios del Señor nos parezcan lo más natural. Así como el agua empapa la tierra y la fecunda, la Palabra de Dios nos irá penetrando hasta la raíz de nuestras decisiones.

Si *"lo bendijo"* se refiere a la bendición de Dios, entonces la actitud del discípulo es bendecir y alabar a Dios en todos los momentos de

la existencia. Así lo hizo el maestro cuando su ministerio parecía fracasar y su Palabra no enraizaba en los corazones de los profesionales de la fe y la religión.

Yo te bendigo, Padre:
Lc 12,28.

La vida del discípulo se transforma en una alabanza para Dios.



Nos bendice, como al pan

- Nuestra actitud: Escuchar

Si en esta etapa el Señor se manifiesta como el Maestro que nos enseña, nuestra principal actitud ha de ser la del discípulo que escucha para aprender. En una ocasión un escriba preguntó a Jesús cuál era el mayor de los mandamientos. El Maestro respondió: *"Escucha, Israel ..."* (Cf. Mc 12,28-29).

El primero y más grande de los mandamientos es escuchar la voz del Pastor, porque al escucharlo nos expresa su amor, nos enamora y nos capacita para responderle con todo nuestro corazón.

Un signo de haber caído en los lazos del activismo, es cuando hablamos más del Señor que con el Señor.

Cuando Samuel escuchó una voz, el sacerdote Elí le advirtió que era Dios quien lo llamaba y debía responder: *"Habla, Señor, que tu siervo escucha"*. Desgraciadamente, nosotros decimos lo contrario: *"Calla, Señor, que tu siervo habla"*.

Quien nace sordo comúnmente no puede hablar. Ya que al no escuchar las palabras se le dificulta pronunciarlas. Esto mismo sucede en la vida espiritual y pastoral: si no sabemos escuchar a Dios, no podemos hablar en su Nombre.

Por otro lado, la oración que se centra en hablarle a Dios, sin darle oportunidad a comunicarse, va atrofiando el crecimiento espiritual.

Existen personas que deciden los caminos de pastoral o imponen un criterio a seguir que ellos tienen en mente; mas, para que tenga fuerza y no encuentre oposición el proyecto, añaden: *"¡Esta es la voluntad del Señor!"*. Pero, ¿quién les dijo a ellos que ese era el plan divino? ¿Cuándo o cómo supieron que esa era la voluntad celestial? Lo único que hicieron para imponerlo a los demás fue endosárselo al Señor...

Los peores son aquellos que piensan que por tener cierta autoridad o título, gozan de la infalibilidad, y que sus directrices son automáticamente voluntad divina, como si el Señor dependiera de los siervos. En lugar de preguntarle al Señor lo que Él quiere, dicen lo que piensan y luego tratan de que los demás crean lo que ellos mismos no saben: que ese proyecto, y sobre todo esa prohibición, son voluntad celestial.

Hay tres cosas que ahogan la Palabra de Dios y no le permiten enraizar, ni menos dar fruto:

- Las preocupaciones del mundo, que consisten en concederle prioridad a las cosas transitorias. Vivir como si sólo contáramos con nuestras fuerzas para solucionar nuestros problemas.
- El afán de las riquezas, que comprende la exagerada búsqueda de bienes materiales, títulos o poder. La ambición que nunca se sacia; al contrario, se cae en el remolino de la codicia que es una idolatría.
- La concupiscencia de la carne, que es la satisfacción desmedida de todos los sentidos, viviendo bajo la ley del menor esfuerzo.

C. LO PARTIÓ

Jesús, habiendo tomado y transformado el pan con su Palabra de bendición, lo partió. El tercer aspecto en la formación de un discípulo consiste en ser partido, en la etapa de purificación a través de la cual el Señor nos consagra totalmente para Él. Sin esta condición, no seríamos capaces de ser ofrendas del culto espiritual.

El apóstol Pablo expresa esta necesidad con una idea tomada de la Pascua judía, raíz de nuestra Eucaristía: ser panes ázimos. El pan de la Pascua era *"massot"*, es decir, sin levadura y libre de toda contaminación. Sólo con masa pura era posible celebrar la liberación de la esclavitud. En la liturgia de la nueva alianza, nosotros somos ese pan ázimo que se convierte en hostia pura, santa y agradable a Dios.

Purifíquense de toda vieja levadura,
para ser masa nueva,
pues son panes ázimos
porque nuestro Cordero Pascual,
Cristo Jesús, ha sido inmolado:
1Cor 5,7.

Así como el oro se depura, así también nosotros hemos de ser purificados y santificados para poder servir como ministros de la nueva alianza; cada uno de acuerdo a la propia vocación. Esta etapa consiste, fundamentalmente, en despojarnos de todo lo que nos sobra o nos daña.

Con frecuencia pensamos que si tuviéramos más posibilidades materiales o mejores instalaciones, podríamos superar enormemente nuestro trabajo pastoral.

Sin embargo, lo que más nos impide dar abundante fruto, y un fruto permanente, no es lo que nos hace falta, sino lo que nos sobra: egoísmo, materialismo, competencia con otros servidores, orgullo y soberbia espiritual; aparte de las heridas emocionales y consecuencias del pecado que todavía arrastramos como negra sombra.

A Miguel Ángel, el gran artista florentino, le gustaba trabajar encerrado, para no ser visto por nadie. Hasta que terminaba sus obras, las mostraba al publico. Cuando finalizó las estatuas de "Los Esclavos", se hizo una gran fiesta en Florencia, para observarlas por vez primera.

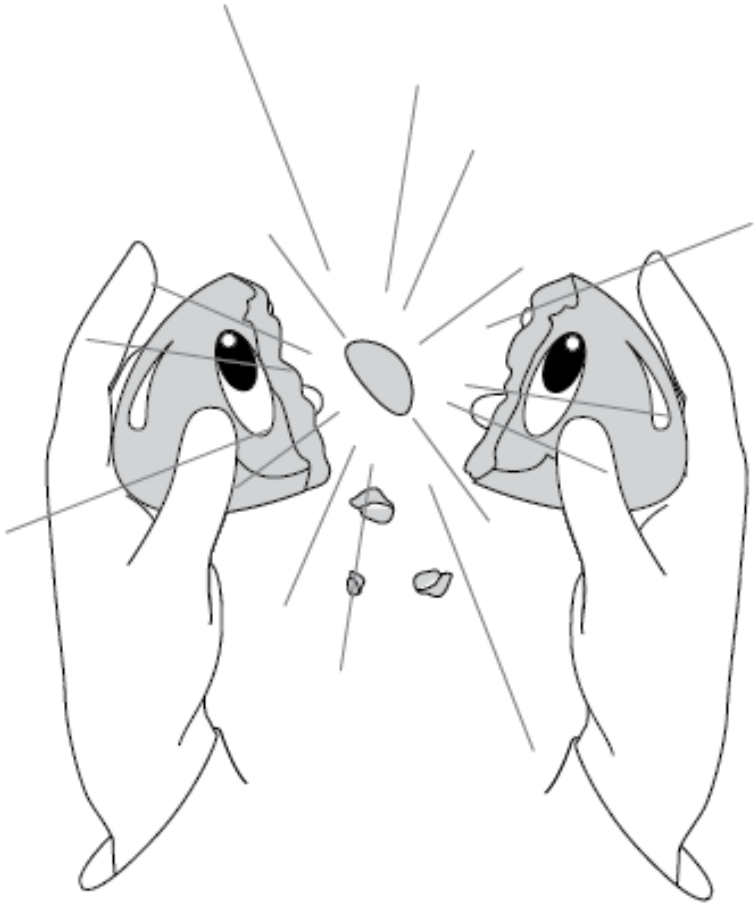
Todos los nobles, artistas y autoridades, estaban impresionados por esa obra de arte tan maravillosa.

A las felicitaciones y el reconocimiento de tanta gente, el genio contestó: "Pero es que yo no hice nada. Cuando me trajeron la pieza de mármol, ya venía adentro la escultura. Yo solamente le quité unos pedacitos que le sobraban".

Dios nos ha destinado a ser una obra de arte en sus manos. Pero, antes, tiene que quitarnos todo lo que nos estorba. Nuestro principal problema es que todavía traemos demasiadas cosas que no nos permiten ser libres para servir al Señor.

a. La pureza de intención

Si pudiéramos resumir en una sola frase en qué consiste este proceso, lo haríamos así: tener pureza de intención; es decir que el exterior corresponda a lo interior y que no existan segundas intenciones en lo que hacemos.



Nos parte, para purificarnos

No se trata sólo de hacer bien las cosas o cumplir con el deber, sino de realizarlo con las motivaciones adecuadas. Por esta razón Jesús atacaba tanto el formalismo de los fariseos, que aparentaban proceder siempre bien y cumplir esmeradamente con toda la Ley, pero sus motivaciones no eran puras:

- Buscaban hacerse notorios en sus limosnas, para que la gente hablara bien de ellos.
- Hacían largas oraciones, pero su corazón no estaba en Dios, sino que buscaban ser reconocidos por los hombres.
- Ayunaban de acuerdo a la Ley, pero demacraban su rostro para que todo mundo se diera cuenta de su sacrificio.

Jesús usó tres imágenes gráficas que describen la impureza de intención:

- Sepulcros blanqueados (Cf. Mt 23,27).
- Lobos con piel de oveja (Cf. Mt 7,15).
- Copas limpias por fuera, pero sucias por dentro (Cf. Mt 23,26).

En todos estos casos se presenta una apariencia que no corresponde a la realidad. Se disfraza el mal con máscara de bondad y se sacrifica lo esencial, para aparentar lo que no se es.

Para concretizarlo en nuestra vida, veamos algunos ejemplos de contaminación de motivaciones:

- Algunas veces realizamos un importante trabajo apostólico, pero nuestra última intención es ser tomados en cuenta por los demás. Por eso, nos desanimamos cuando ellos no nos reconocen.
- Nos esforzamos por cumplir el deber y realizar lo encomendado, pero motivados por ganar una competencia con otros dirigentes. Buscamos prioritariamente quedar bien ante otros, o superarlos, en lugar de cumplir la voluntad divina.
- Hay gente que trabaja con los pobres porque eso le ofrece prestigio apostólico: "Fulano está comprometido con los pobres y vive su opción preferencial". Pero, en el fondo, no ama a los pobres. Más que servirlos, se sirve de ellos para incrementar el culto a su persona.
- A veces desaprobamos o criticamos un buen proyecto, por la simple razón de que no fuimos tomados en cuenta como pensábamos que merecíamos.
- Una de las impurezas más ruines, es servir al Señor por una recompensa de tipo material. Esta es la desgracia más grande en la que puede caer un ministro del Señor.

La lista podría ser interminable. Tan amplia y diferente como la diversidad de personas. Por eso, lo esencial es revisar las intenciones

secundarias que nos mueven a realizar lo que hacemos. Incluso, a veces, ésas son las intenciones primarias, pero revestidas de piel de oveja: celo apostólico, servicio a los demás o cumplimiento de la voluntad divina.

El Señor nos acepta con nuestra impureza, pero lo que nunca consentirá, será nuestra hipocresía. Esto fue precisamente lo que jamás pudo tolerar de los fariseos que se la daban de justos delante de los hombres. Dios y nos ama con nuestros errores, pero vomita la doblez del corazón. Ni a las prostitutas ni a los publicanos les habló tan duramente como lo hizo con los hipócritas fariseos, que se consideraban justos delante de todos.

Sin embargo, no se trata de juzgar a aquellas personas de aquellos tiempos, sino de descubrir el fariseo que hay dentro de cada uno de nosotros: siempre que actuamos con doblez de corazón.

Tal vez no encontremos caso más impresionante en toda la Biblia que el siguiente:

> *Un día, un buen matrimonio entregó a Pedro una cuantiosa ofrenda, fruto de la venta de su campo. Pero el apóstol, en vez de agradecerlo colgando una placa de reconocimiento, se encolerizó. Ellos cayeron muertos a sus pies. Pretendían ser incluidos en la lista de honor, al lado de Bernabé, que había entregado todo a los apóstoles. Sin embargo, ellos se habían reservado parte del costo del campo. No tenían obligación de vender su campo y ofrendar su precio. Ellos querían que los demás los consideraran generosos y desprendidos, cuando en realidad no lo eran. El Señor no aceptó su ofrenda, y en vez de premiarlos los dejó hundirse en el mundo de la muerte.*

El doblez de corazón es fatal para la salud mental, pues se está dividido interiormente. Es como si una flecha se dirigiera al mismo tiempo a dos objetivos diferentes. Este es el origen y raíz de depresiones, numerosos complejos y frustraciones.

Es precisamente a nosotros a quienes perjudica, por eso Dios nos quiere purificar a cualquier precio.

b. Una sola motivación: el Reino de Dios

La pureza de intención se da cuando se actúa por una sola motivación, sin segundas intenciones, buscando un solo objetivo en la vida. Para lograrla, Jesús insistió en la necesidad de una jerarquía de valores, donde uno de ellos estuviera por encima de todos los demás.

El secreto de la plenitud de la vida del Maestro, radicó en que estaba animado por una motivación: "*el celo de tu casa me consume*" (Cf. Jn 2,17). No tenía sino un alimento: *"hacer la voluntad del Padre"* (Cf. Jn 4,34), que consistía en anunciar e instaurar el Reino de Dios en este mundo. Alrededor de ello giraba todo su ministerio.
A sus discípulos y amigos les reveló el gran secreto de la vida plena: *"una sola cosa es necesaria"* (Cf. Lc 10,42). Más adelante, definió a qué se refería: *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia* (Cf. Mt 6,33). Todo lo demás es considerado una simple añadidura. Así pues, el Reino se convierte en el valor supremo, del cual depende toda la vida del Maestro.
Por lo tanto, ésta debe ser la motivación única y el objetivo exclusivo de cada uno de sus seguidores.
Pero ¿qué es este Reino? El misterio del Reino fue expresado con tal variedad de imágenes, que no es posible definirlo en un modelo. Es un misterio que cada uno ha de ir descubriendo dentro de sí mismo, con tal de que se perfile el arcoíris de las características expresadas en las parábolas evangélicas. Sin embargo, lo esencial es que esté por encima de todo lo demás.
Cuando Pablo lo encontró, exclamó: *"Todo lo tengo por estiércol en comparación del conocimiento de mi Señor Jesucristo, por quien lo he perdido todo"* (Cf. Flp 3,8). Incluso su vida y hasta su muerte estaban al servicio del Reino, cuando dijo: *"Para mí, la vida es Cristo y la muerte una ganancia"* (Cf. Flp 1,21). ¡Había encontrado su razón de vivir y el sentido para toda su existencia!
En la parábola del mercader de perlas se dice expresamente que encontró *"una"*. Esto fue lo singular de su hallazgo y lo que focalizó toda su atención y su vida. Mientras no se encuentre *"esa"* perla, se tendrán muchas, pero ninguna que se aproxime al valor de aquélla (Cf. Mt 13,45).
Un valor sobre todos los demás es como el sol que origina el sistema planetario y lo mantiene en armonía. Sin este valor supremo, todo se convertiría en caos y confusión.
Aunque el camino y la puerta son estrechos, el yugo y la carga del Maestro son ligeros, siempre y cuando la vida se apoye en la

plataforma de un valor que dé sentido a todo el resto de la existencia.

El Maestro nos revela el sentido de la existencia, enseñándonos a vivir en plenitud, cuando afirma: *"donde está tu tesoro, allí estará tu corazón"* (Cf. Mt 6,21). Pero cuando no hemos encontrado ese tesoro, andamos a la deriva, motivados por todos los vientos, con la inseguridad de no saber a dónde vamos. Hace falta precisamente la dirección única de la vida, que acapare todos nuestros intereses. La mayor parte de nuestros problemas emocionales, están originados por una ausencia de jerarquía de valores y prioridades en la vida.

Existen muchos tesoros, pero como sólo tenemos un corazón, éste se divide. Los desequilibrios psicológicos provienen de querer todo al mismo tiempo, y no estar dispuesto a pagar el precio de una elección. El neurótico pretende que su flecha atine a varios objetivos a la vez, provocándose así una tensión que echa abajo la más robusta salud mental.

Quien ha encontrado el tesoro no sólo vende con alegría todos sus otros valores. El texto griego del Evangelio da a entender que es *"a causa de la alegría"* por su hallazgo, que va a vender sus posesiones.

Todo pasa a segundo término: la fama, las recompensas humanas, la riqueza y hasta los éxitos pastorales. Todo está supeditado a la supremacía absoluta del Reino.

Cuando Jesús afirmaba que el camino de la salvación era estrecho, jamás se refirió a que estuviera lleno de piedras y obstáculos, sino que no convenía llevar exceso de equipaje, porque la puerta era demasiado pequeña y no había cabida para lo que el mundo considera riqueza.

Toda elección implica necesariamente una renuncia.

Quien no esté dispuesto a sacrificar lo secundario, nunca poseerá verdaderamente lo esencial. Quien no pague este precio, jamás gozará del Reino.

En el beisbol existe una estrategia muy significativa, que se llama el "fly de sacrificio" o "elevado de sacrificio": Cuando otro jugador del equipo está en tercera base; quien batea, golpea la pelota lo más elevado y lejos posible, para que su compañero pueda llegar a "home". Él se sacrifica, saliendo del juego, con tal de que otro logre anotar una carrera.

En la adquisición del Reino, algo necesariamente se debe perder. Jesús lo expresa claramente en la parábola de la red, donde existen peces buenos y malos. Mientras unos son guardados, los otros son arrojados al mar (Cf. Mt 13,47-50).

No se puede quedar con todos los peces en la red... Así pues, la jerarquía de valores no sólo significa un orden, sino que implica, al mismo tiempo, la renuncia a todo lo que no vaya en la dirección de la prioridad fundamental.

Hay calles y avenidas en que se puede circular en doble sentido. El camino del discipulado es de un solo sentido.

No admite ni distracciones a los lados, ni volver la vista a los ajos y cebollas de Egipto. Esta actitud no es condición para encontrar el Reino, sino consecuencia necesaria de haberlo encontrado.

Así, la pureza de intención, que consiste en actuar sólo por los motivos e intereses del Reino, es una moneda que tiene dos caras: por un lado, encontrar la dirección única que va a tomar la vida; por el otro, renunciar a todo aquello que nos desvíe.

Nuestra intención, o mejor dicho, nuestra pureza de intención, determina el valor de nuestras acciones. Lo más importante no es lo que realizamos, sino por qué y para qué lo hacemos.

Por ello, sobre los limpios de corazón, pende la más bella de las bienaventuranzas:

> *Felices los limpios de corazón,*
> *porque ellos verán a Dios: Mt 5,8.*

El primer paso para obtener la pureza de intención es reconocer las principales motivaciones que determinan nuestra vida: los intereses y razones de nuestro ser y actuar en este mundo. Una vez descubiertas, o se deben ubicar en la jerarquía de valores, o sacrificarse en favor del Reino.

Este es *"tu reino"*, que está por encima de todo. Para que en verdad lo sea, se debe responder a dos preguntas:

- Este reino, ¿concuerda con las características planteadas en las parábolas del Evangelio de Jesús?
- ¿Estarías dispuesto a que fuera la única motivación, excluyendo todas las demás?

c. ¿Por qué Dios nos purifica?

El oro y la plata pasan por un largo proceso de depuración. Sin embargo, los diamantes no pueden sufrir este proceso. En nuestro caso, esto significa que hay áreas de nuestra vida en las que podemos hacer algo para ser purificados, pero existen otras que no dependen de nosotros, sino sólo de la acción santificadora del Espíritu Santo.

Somos libres para aceptar o rechazar que el Señor nos lave los pies, pero no podemos hacer nada para que nos lave las manos y la cabeza. Esto depende sólo y únicamente de Él y de su plan sobre nosotros.

La calidad de un metal estriba en estar ajeno a toda mezcla de cualquier otro elemento. Así, el oro y la plata son puros cuando no contienen ninguna aleación. Por supuesto que un diamante puro es mucho más valioso que la suma de mil impuros. La pureza es considerada como la calidad por excelencia.

Dios nos purifica básicamente por dos razones: porque lo necesitamos, o por la misión que nos tiene reservada.

- Porque lo necesitamos

El Señor nos purifica por la simple razón de que lo necesitamos. Ninguno puede afirmar que no precisa ser limpiado. Nuestros pies se han empolvado en los caminos de la vida y necesitamos ser lavados con agua o acrisolados con fuego abrasador. Sobre todo, cuando se ha llevado una vida llena de sensualidad, materialismo o mentira, se tiene que cambiar a fondo para lograr adquirir los criterios del Reino, que se oponen diametralmente a los del mundo.

La conducta moral puede ser transformada en un minuto, pero el cambio de mentalidad necesita mucho más tiempo y una metodología especial.

Un recién convertido puede caer en la tentación de trasplantar sus antiguos valores a la obra de Dios, la cual se lleva a cabo mediante métodos diferentes y hasta opuestos a los del mundo comercial y social.

Por eso, quien ha vivido sumergido en el pecado, tiene que pasar un buen tiempo rehabilitándose.

Así como los alcohólicos o drogadictos necesitan una etapa de desintoxicación, así también quien ha estado dependiendo de los

criterios mundanos necesita una etapa de purificación.

María, llamada la Magdalena, de la cual Jesús sacó siete demonios, necesitaba una larga etapa de convalecencia para cambiar su mentalidad. A pesar de seguir a Jesús, tenía necesidad de transformar su corazón. Su conducta cambió en un instante, pero necesitó de toda su vida para ser transformada completamente.

Jesús la fue puliendo poco a poco, hasta que la convirtió en la primera evangelizadora que anunció su resurrección.

Si los alimentos se lavan y hasta se desinfectan, así nosotros tenemos que ser purificados por dentro y por fuera, para no contaminar a los demás, ya que somos pan que va a ser comido por ellos.

Cuando se comprende así el plan de Dios, pasamos por el horno de la purificación, como los tres jóvenes del libro de Daniel: cantando y alabando a Dios en medio de las llamas.

El fuego no los destruía, sino que les daba la oportunidad de comprobar el poder y la sabiduría de su Dios. Al descubrir este objetivo ya no se buscan culpables, se acaban los rencores, vuelve la paz al corazón y se entona un canto de victoria por haber sido liberado del fuego devorador.

- Por la misión que el Señor nos confiere

Hijo, si llegas a servir al Señor,
prepara tu alma para la prueba: Eclo 2,1.

Ciertamente todos necesitamos la purificación, pero ésta será tanto más intensa cuanto más grande sea la misión a la cual el Señor nos llame. Entre más importante sea el plan del Señor sobre nuestra vida, tanto más profunda será la purificación que Él realice en nosotros.

Una piedra preciosa es pulida con más esmero cuanto más valiosa sea. Esta es la razón última de la purificación que el Señor quiere hacer de nosotros. Todos los grandes profetas pasaron por el horno de la purificación:

- Isaías tuvo que ser purificado con un carbón encendido (Cf. Is 6,1-11).
- Jeremías sufrió la persecución de los suyos (Cf. Jer 20,7-12).
- Ezequiel fue juzgado loco e impertinente. El sacerdote Amasías puso en tela de juicio el ministerio del profeta Amós (Cf. Am 7,12-15).
- El ejemplo más evidente es el de San Pablo: Pocos han sido tocados de tal forma por la purificación como Saulo de Tarso. Como buen fariseo y estricto cumplidor de la Ley, era intachable y gozaba de todas las ventajas de la

estructura religiosa. Pero al aceptar a Cristo Jesús como su Salvador y Señor, renunció a cualquier otra ventaja de tipo humano e incluso, religiosa.

Así, perdió inmediatamente su prestigio frente a sus antiguos colegas, que lo tacharon de traidor y lo expulsaron de la sinagoga. Y lo peor, no fue aceptado por los santos cristianos de Jerusalén, los cuales no creyeron en la sinceridad de su conversión; y para no tener problemas, lo alejaron de la comunidad. Él, que había recibido directamente del mismo Jesucristo el encargo de evangelizar a reyes y príncipes, siendo luz de los gentiles, tuvo que pasar un largo periodo de desintoxicación de la Ley, en la soledad del desierto de Arabia y luego en el olvido de un oscuro pueblo de Cilicia. Para llegar a ser el más grande evangelizador de la Iglesia, tuvo que ser purificado por muchos años y de diversas maneras. Y es que la especial vocación a la que fue llamado, le exigía una más profunda transformación.

Muchas veces somos silenciados y bloqueados en nuestro ministerio, porque el Señor nos está preparando otra misión donde nos necesita con una mayor pureza. Si nos escapáramos de ese horno, perderíamos la oportunidad de forjarnos para la nueva etapa que Él nos tiene planeada.

Si no comprendemos esto, estaremos desperdiciando la gran ocasión de nuestra vida.

d. Medios de purificación

Ahora veamos algunas de las formas más frecuentes a través de las cuales Dios nos purifica:

- La persecución del mundo

El medio privilegiado para purificarnos es la persecución.

Algunos, por miope visión, achacan a Satanás todo conflicto y adversidad; no dándose cuenta de que gracias a todos estos problemas se está forjando un nuevo discípulo que sigue las huellas de su Maestro, Cristo Jesús, el Cordero inmolado.

Un día Pedro le hizo a Jesús una doble pregunta, de la cual esperaba, lógicamente, una doble respuesta: "¿Cuál será nuestra recompensa por haberlo dejado todo y por haberte seguido?" Jesús contestó: "Ustedes que lo han dejado todo, recibirán el ciento por uno. Los que me han seguido, sufrirán persecuciones"

(Cf. Mc 10,29-30).

El punto más interesante de la respuesta de Jesús radica en la segunda parte: *"Ustedes que me han seguido, sufrirán persecuciones"*. Si la consecuencia de haberlo dejado "todo" es recibir el ciento por uno, la recompensa normal de seguirlo, la persecución.

Se trata de una promesa de Jesús, quien afirmó: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Cf. Mt 5,18). Por lo tanto, se debe cumplir necesariamente.

La persecución es un signo distintivo de los seguidores del Maestro de Nazaret. Si imitamos su estilo de vida, debemos esperar que nos traten de la misma manera que lo hicieron con él.

La persecución debe ser el ambiente normal del cristiano y el marco que encuadre la vida de todo discípulo de Jesús.

Así como el oro se purifica en el fuego, la persecución es el horno donde se forja el discípulo de Cristo.

> *El siervo no es más que su Señor.*
> *Si a mí me han perseguido,*
> *también los perseguirán a ustedes.*

Jesús explica por qué es lógica esta persecución:

> *Si fueran del mundo, el mundo los amaría*
> *como cosas suyas. Pero como ya no son del mundo, porque yo, al elegirlos, los saqué del mundo,*
> *por eso el mundo los odia: Jn 15,19-20.*

El verdadero discípulo de Cristo, por ser luz en medio de las tinieblas que denuncia las obras del mal, perturba las estructuras injustas. Por lo tanto, debe ser rechazado y declarado enemigo de todo sistema antievangélico.

Así pues, los discípulos de Jesús no nos debemos preguntar por qué nos persiguen, sino por qué *no* nos persiguen.

¿Será que la sal ha perdido su sabor y se ha sofocado la voz profética que denuncia? ¿Nos habremos hecho tan amigos del mundo, que ya no tiene por qué perseguirnos, pues no representamos ningún peligro para éste?

En el principio de la vida de la Iglesia se levantaron persecuciones contra los cristianos. Sin embargo, no se perseguía a todos. Solamente a los que vivían como Cristo Jesús, porque eran ellos los que atentaban contra la degradación del sistema imperante. Por consiguiente, sólo se perseguía a los que perdonaban y servían como Cristo, a los que no consentían con la maldad, a los que estaban en contra de la esclavitud, a los que denunciaban la injusticia y la mentira.

Si hoy se levantara una nueva persecución, no contra todos los que se dicen cristianos o están bautizados, sino contra los que realmente siguen el Evangelio, ¿Te condenarían o te dejarían libre?, ¿En qué cosas concretas se dan cuenta que no eres del mundo?
Si en algunos países se persigue y discrimina a los cristianos, en todos, principalmente en los de corte occidental y capitalista, existe una verdadera persecución contra los valores evangélicos, los principios de la verdad, el respeto a la vida y los derechos más fundamentales de la persona humana.
Si no nos hemos sentido afectados, es simplemente porque ya está definida nuestra postura: si no somos perseguidos, somos de los perseguidores; por la simple razón de que el que no está con Cristo, está contra él.
No se puede ser neutral. Si no somos parte de la solución, somos parte del problema.
La persecución es el horno donde se purifican los discípulos de Jesús. Si un ladrillo de barro no se metiera al fuego para cocerse, jamás podría usarse para la construcción. Aquí, como en toda la vida espiritual, se aplica el infalible principio de que el grano de trigo tiene que morir para dar fruto.
Basado en esta experiencia, San Pablo afirma que nuestros enemigos nos bendicen, ya que nos ofrecen el fuego necesario para la purificación (Cf. Rom 11,28).

- La persecución de los buenos

Ciertamente, cuando somos perseguidos por el mundo, tenemos la alegría de sufrir por el Nombre de Cristo Jesús; como Pedro y Juan, que salen gozosos después de haber sido injuriados y azotados (Cf. Hech 5,40-41). Pero cuando somos perseguidos por aquellos que actúan, o por lo menos creen hacerlo, en nombre de Dios, se cierran las puertas y no hay ningún tipo de recompensa. Al contrario, somos juzgados como enemigos del plan divino. La persecución del mundo nos condecora con la palma del martirio. Pero la persecución de los buenos nos condena en vida.

Jesús no fue condenado por los injustos ni malvados de su tiempo, sino por las autoridades religiosas. Los pastores designados por Dios para dirigir a su pueblo en el

camino de la salvación, fueron quienes se opusieron al designio divino y crucificaron al Señor de la vida.

En la vida de los profetas y los santos vemos cómo se repite este fenómeno: no son comprendidos por quienes se encuentran en la cima de la pirámide religiosa. Los pastores y responsables de representar a Dios los obligan a guardar silencio, impidiéndoles realizar su ministerio, tachándolos de enemigos del orden establecido. ¿Por qué tantas veces la institución trata de ahogar la voz profética? La persecución de los buenos es la más difícil de comprender, porque son precisamente los guardianes de la fe quienes se oponen a la manifestación de Dios. Parece que adquieren un poder plenipotenciario para violar los derechos más fundamentales de la persona, humillarla, excomulgarla de la Iglesia y hasta negarle la entrada al cielo.

Juana de Arco fue juzgada por la Inquisición francesa, y condenada a muerte por los setenta teólogos del Obispo de París.

No encontramos un santo que haya sido canonizado en vida. Los verdaderos profetas siempre sufrieron la persecución de los defensores de la estructura.

A Francisco de Asís ni se le reconoció ni se le aceptó la regla de vida que él había elegido para sus frailes: el Evangelio. Lo obligaron a complicar lo sencillo.

Sin embargo, esto no es sino la superficie. Para los que aman a Dios, todas las cosas concurren para su bien, afirma la Palabra de Dios (Cf. Rom 8,28). Si nos quedamos nada más con el síntoma del fenómeno, jamás descubriremos el designio divino.

Cuando nos persiguen los buenos, ya no tenemos a nadie a quien agradar sino a Dios. ¡Qué maravillosa liberación!

Nuestro corazón pertenece sólo al Señor. Cuando somos perseguidos por los que están en la cima de la pirámide de la estructura religiosa, entonces nuestra confianza tiene una gran oportunidad que no puede dejar pasar: depositarse únicamente en Aquél que nunca falla.

Por lo tanto, no hemos de pensar que se trata de un ataque de Satanás, sino que estamos ante la única oportunidad de mostrar al Señor que ninguna dificultad nos va a detener para dejar de servirlo.

Es entonces cuando podemos probar que servimos y seguimos al Señor por Él mismo y no por lo que nos da.
A través de la crítica, la burla, la incomprensión, la destitución y hasta la excomunión, Dios nos hace depender sólo de Él. Muchas veces, cuando hemos logrado éxitos, fama, riqueza y reconocimientos humanos, caemos en la tentación de pensar que es debido a nuestras fuerzas y cualidades.
Es entonces que el amor de Dios nos purifica a través del desprendimiento, para depender únicamente de Él.
Esto no significa que Dios permita las injusticias o consienta la violación de los derechos humanos, ni tampoco que esté de acuerdo con la muerte. No. Jamás podrá ser aliado de alguna fuerza del mal. Sin embargo, Él es capaz de escribir derecho en renglones torcidos: su poder transforma esa injusticia en un maravilloso medio de purificación. Dios recicla el mal y todo tipo de injusticia, haciéndolos concurrir para bien.

- El fracaso

Nos equivocamos al pensar que nuestro éxito es sinónimo de instauración del Reino. El criterio de progreso del Reino no es el de una bolsa de valores, sino el de un grano de mostaza o un crucificado que se convierte en redentor de todos los hombres.
El fracaso nos permite hacer un alto en el camino y rectificar la senda que llevamos. Casi todas las obras importantes en el mundo han brotado de las cenizas de un fracaso. La nueva Jerusalén se construye siempre con las ruinas de la que antes fue destruida.
Por otro lado, el fracaso nos ofrece la maravillosa oportunidad de mostrar que trabajamos no por los frutos, sino por la misión que se nos ha encomendado.
Cuando Jesús envió a sus discípulos, no dijo: "Vayan y conviertan a todas las gentes", sino: "Vayan y anuncien la Buena Nueva a toda la creación". Es decir, realizar una misión independientemente del éxito pastoral. En el plan de Dios, algunos son llamados a sembrar, otros a regar y otros más a recoger el fruto.

- Los problemas

Algunas personas afirman con mucha seguridad: *"Yo le pedí al Señor que si mi proyecto era obra suya, me lo mostrara evitando toda dificultad. Como no hubo ningún problema, tuve la seguridad de que venía de Él"*. Por el reverso de la medalla, se justifica la deserción en una empresa por el siguiente argumento, que aparentemente parece muy válido: *"Se presentaron tantas oposiciones y trabas, que deduje que no era plan de Dios lo que yo estaba haciendo, y lo abandoné".*

Este criterio no es válido en la obra de Dios. Baste para ello considerar que si Cristo Jesús hubiera pensado de esa manera, jamás se habría realizado el misterio de nuestra redención.

Es más, podríamos afirmar que es antievangélico, pues el Señor bendice a las personas purificándolas de todo lo que impida ser instrumentos de su salvación.

Jesús nunca nos engañó prometiéndonos que todo sería fácil y sencillo. Al contrario, nos habló demasiado claro, afirmando que iríamos como ovejas en medio de lobos.

Nunca nos dijo que las cosas se nos facilitarían, sino que tendríamos un poder especial para vencer las pruebas y superar las dificultades.

> *En una ocasión Pablo vivió tan grave situación que lo llamó "el aguijón en la carne". Luchó contra él, y al no poder vencerlo, pidió una y otra vez al Señor que lo librara.*
>
> *Él esperaba que se atendiera su petición. Sin embargo, el Señor lo sorprendió cuando le dijo: "Pablo, mi gracia te basta". El Señor no le suprimió la adversidad, sino que le dio una gracia especial para vivir con el problema, una sabiduría para bregar con éste y una fuerza que el apóstol antes no tenía. Pablo salió ganando, había en él un poder del que antes carecía. Pablo era más fuerte con su aguijón (Cf. 2Cor 12,7).*

El Señor no nos evita los obstáculos, pero nos da la garantía de la victoria. Es más, un verdadero discípulo tiene que cargar con la cruz de Jesús, pero siempre con la esperanza de la resurrección. La Pascua de Jesús nos delinea perfectamente el único camino que lleva a la gloria: para llegar a la cumbre de la resurrección, hay que pasar antes por el Monte Calvario. Quien tiene esta clara visión, no le teme a las complicaciones ni lo detienen las dificultades, porque se sostiene en la promesa del Señor, que dijo:

> *En el mundo tendrán tribulaciones;*
> *pero ánimo, yo he vencido al mundo:*
> *Jn 16,33.*

Las adversidades purifican nuestras intenciones, ya que nos dan la oportunidad de mostrar al Señor que estamos trabajando, no por comodidad o ventajas personales, sino solamente porque Él nos ha seducido y nosotros nos hemos dejado seducir.

El profeta Jeremías confiesa haber tenido tantas oposiciones, que estuvo a punto de renunciar a su ministerio profético para retirarse a una vida de más tranquilidad. Sin embargo, manifiesta que el fuego prendido en sus huesos fue imposible de extinguir.

Este fuego de amor supera con mucho cualquier otro problema. Las dificultades nos purifican en tanto que nos hacen no sólo saber, sino vivir intensamente que la obra no es nuestra, sino de Dios.

Se tiene conciencia de que los problemas nos sobrepasan, pero que de ninguna manera superan el poder de Dios. Esta es la clave de la esperanza.

El director de un proyecto de evangelización a través de la televisión, decía una vez: "Jamás se debe meter uno a esta empresa, si no tiene fe para mover montañas; porque aquí se da perfectamente cuenta que la obra nos sobrepasa con mucho, pero que Dios es todavía más grande, mucho más grande".

Cuando hemos experimentado que se han vencido obstáculos insalvables y derrotado enemigos invencibles, entonces declaramos: *"En verdad el Señor ha estado grande en medio de nosotros".*

Al tener esta experiencia de percibir el poder salvífico que nos ha hecho pasar el Mar Rojo, no podemos apropiarnos el triunfo. Ha sido obra suya, porque Él abrió las aguas que para nosotros eran imposibles.

Muchas veces el Señor no nos quita problemas, porque quiere darnos la victoria en la batalla. El Señor no nos evita la lucha, sino que nos da una armadura para salir victoriosos.

La verdadera fe se muestra en las adversidades. Basten tres ejemplos:

- Los tres jóvenes en el horno ardiente, que cantan alabanzas al Dios de Israel (Cf. Dan 3,24-90).
- Los Macabeos que afirman: "*Si Dios nos salva, creeremos en Él, pero si no nos salva, no por eso se va a encoger nuestra fe; al contrario, creeremos más*".
- Habacuc, que en medio de la crisis exclama:
  Aunque la higuera no eche yemas ni nada
  se pudiera recoger en la viña; aunque los campos no dieran ya alimento; a pesar de todo, yo exultaré en mi Señor. Él me da pies como de ciervo
  y por las alturas me hace caminar: Hab 3,17-19.

- La calumnia

Algunas personas suelen quejarse más o menos de esta forma: "¿Por qué Dios es tan injusto conmigo? Yo siempre le he servido con fidelidad; y en lugar de premios y reconocimientos, me critican con toda clase de mentiras. ¿Por qué permite que una infame calumnia me destruya de esa manera?".

Sin embargo, el seguimiento de Jesucristo implica ese tipo de consecuencias. Él mismo prometió que estas cosas sucederían a sus seguidores. En el Sermón de la Montaña dijo claramente que los suyos serían atacados con toda clase de mentiras (Cf. Mt 5,11). ¿Dónde, pues, está la injusticia; si él ya nos había prevenido? Sería injusto si no nos lo hubiera anunciado de antemano, o si no lo cumpliera después.

Tal vez todos hemos vivido la dura experiencia de ser mal interpretados, o condenados por algo que no hicimos ni dijimos. Nuestras autoridades han creído más en los anónimos que en nosotros mismos. Tergiversando nuestras intenciones y suponiendo ruines motivaciones de nuestra parte, nos han herido profundamente. Lo peor de todo es que el silencio de Dios parece cómplice de la injusticia y la mentira.

Entonces, desde el fondo de nuestro corazón, emerge un grito de reclamo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Dios de Israel, ¿por qué ya no sales en auxilio de nuestras tropas? ¿Es que ya te has olvidado de tu pueblo? ¿Por qué permites que pisoteen el derecho y la justicia? ¿No te importa que traten de esa manera a los tuyos? Y como Dios sigue en silencio, sobreviene la tentación de renunciar a nuestro trabajo pastoral, o por lo menos defendernos con toda la fuerza de la verdad.

Moisés trató de hacerlo cuando le cuestionó a Dios:

¿Para qué sacaste a tu pueblo de Egipto, donde tenía pan y agua? ¿Es que no había suficientes tumbas en el país de los Faraones, que nos hiciste venir a este ingrato desierto para ser pasto de las aves de rapiña? Es más, ¿qué van a decir los otros pueblos de Ti, oh Dios? Tu Nombre va a ser pisoteado por todas las naciones, a causa de nuestra desgracia.

Aparecerás ante ellos como un Dios incapaz de salvar a los tuyos. ¿Quién, entonces, querrá seguirte y creerá en Ti? Sálvanos, Señor, por el honor de tu Nombre.

Moisés trataba de chantajear a Dios, haciéndole ver cómo su Santo Nombre sería profanado entre las naciones: los demás pueblos se burlarían del Dios de Israel y ningún hombre creería en su bondad. Pero en esas circunstancias el plan de Dios no era mostrar su poder, sino purificar a los que habían vivido bajo el complejo de la esclavitud, forjando un pueblo nuevo, capaz de conquistar la Tierra Prometida. Dios sacrificó su gloria con tal de seguir adelante en la obra de purificación de los suyos. Este aspecto es tremendo: Dios nos ama tanto que corre el riesgo de perder su prestigio delante de todo el mundo. Es tan trascendente hacernos criaturas nuevas, que no le importa ser mal interpretado. Y si Dios está dispuesto a perder su reputación personal, ¿nosotros estamos preparados a que nuestra imagen sea escarnecida y nuestra estatua derribada?

Ciertamente debe quedarnos bien claro que Dios no quiere nuestro sufrimiento, sino nuestra purificación, aunque ésta sea siempre dolorosa.

La calumnia puede, así, convertirse en un maravilloso medio para demostrar que no servimos al Señor por ninguna ventaja de tipo personal. Cuando se cumple la voluntad divina por obligación, se es esclavo. Cuando se realiza por algún interés o beneficio, se es mercenario. Pero cuando se hace de corazón y con plenitud de libertad, se actúa como hijo.

La gente trata de disuadir a Sancho Panza para que abandone al idealista Don Quijote, que pretende alcanzar lejanas estrellas y conquistar reinos inexistentes. Le hacen ver que con ese amo que monta en flaco corcel, jamás gobernará ínsula alguna. Cuando de mil formas le demuestran que ninguna ventaja obtiene de esa aventura caballeresca, sino burlas y risas; cuando le exigen una razón lógica de por qué sigue al loco de La Mancha, entonces el regordete campesino, con lágrimas en los ojos, da la razón de fondo: "Lo sigo porque... Porque... Lo quiero, lo quiero mucho y ya no puedo dejarlo solo. Aunque no alcancemos las estrellas ni venzamos enemigos, aunque no derrotemos los gigantes del mal ni desencantemos las princesas... Lo he de seguir hasta el final. Si no, ¿quién lo va a levantar cuando el molino de viento lo derribe? ¿Quién le curará sus heridas? ¿Quién se atreverá a ser escudero suyo? ¿Quién compartirá sus desgracias?".

Cuando, a pesar de todos los inconvenientes, seguimos al Señor hasta la cruz, demostramos que no tenemos otra motivación más que su amor, por encima de nuestra fama, prestigio y renombre. Nuestras motivaciones se han purificado, y lo seguimos por Él y no por lo que de Él recibimos.
Lo servimos a Él y no nos servimos de Él.

- El pecado

Pablo afirma: *"Para los que aman a Dios, todas las cosas concurren para su bien"*; *"incluso el pecado, con tal que lo lloremos"*, añade el Padre Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955).
El pecado puede ser reciclado y aprovechado para purificarnos de falsas posturas. No es que el pecado sea bueno en sí, sino que nuestro Dios tiene poder para convertirlo en *"felix culpa"* en favor de los suyos.
Toda la vida de David estuvo iluminada por una buena estrella. Nació en la tribu de Judá, heredera de la promesa, en no pequeña ciudad: Belén. Nunca conoció el fracaso ni la derrota. Todas sus empresas tenían éxito y salía victorioso en cada batalla. Por si eso fuera poco, estaba adornado de dones excepcionales, simpatía natural y belleza física.
Cada vez que se encaminaba a la Tienda de Reunión para alabar a Dios, la multitud lo aclamaba. Como tocaba el arpa y componía bellas canciones de alabanza, la gente acudía a escuchar el último canto del rey poeta.
Cada sábado, el conquistador de Jerusalén llegaba rodeado de la orquesta real, los coros polifónicos y un gran séquito. Todos los reflectores y cámaras estaban dirigidos a él, ante la admiración de las jóvenes, que casi se desmayaban cuando pasaba el apuesto vencedor de los jebuseos. Al terminar su salmo, la multitud aplaudía más al compositor de la alabanza, que al Dios de Israel.
De esta forma, revestido de lino con bordados en oro de Ofir, haciendo visible toda su riqueza e inspiración poética, entraba siempre glorioso y salía triunfante de la Tienda de Reunión, robándole gloria al Dios invisible.

Sin embargo, aquél que había vencido al gigante Goliat, fue derrotado por la belleza de Betzabé, mujer de Urías; al cual además mandó a una guerra suicida, para que lo mataran y así quedarse "honestamente" con la viuda. Con este gesto "tan generoso", la corona real parecía un seguro para todas las viudas de los héroes muertos en el campo de batalla.

Pensó que si su pecado había permanecido oculto ante todo el mundo, podría pasar desapercibido ante el Dios escondido en el Santuario. Pero un inesperado día fue sorprendido por el profeta Natán que, en nombre de Dios, le reprendió su falta. David no se excusó ni negó su error; al contrario, reconoció su caída.

No esperó el sábado, sino que inmediatamente se despojó de sus atuendos reales, se vistió de burdo sayal y derramó cenizas sobre su cabeza. Sin depender de la inspiración poética, recitó el más hermoso salmo de todo el salterio (Sal 51):

Ten piedad de mí, Señor, según tu amor.
Por tu inmensa ternura borra mi delito,
pues mi pecado, yo lo reconozco,
sin cesar mi culpa está delante de mí.
Contra ti, contra ti sólo pequé,
lo malo a tus ojos cometí.
Mira que pecador me concibió mi madre.

Luego pidió lo más importante:

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,
un espíritu dentro de mí renueva.

Convencido de que su pecado había hecho añicos el pentagrama de su armonía, suplica:

Devuélveme la alegría de tu salvación.
Abre, Señor, mis labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

En vez de bellas melodías, ofrece un corazón despedazado por el pecado:

Mi sacrificio es un corazón contrito.
Un corazón contrito y humillado,
tú no lo desprecias.

A partir de entonces, David se acercaba a Dios, no como el descendiente de Jessé o compositor musical con sublimes canciones, sino como un pecador perdonado. Su actitud cambió radicalmente.

Ya no ostentaba los trofeos de sus victorias, pues había sido vencido en la batalla más importante: la lucha contra el pecado. Sabía que tenía necesidad del poder de lo alto. Además, esto lo hizo más comprensivo con los otros que también habían caído en fallas semejantes.

De la misma forma, cuando el orgullo y la soberbia de espíritu nos invaden, y somos sorprendidos por el pecado, éste se puede convertir en una oportunidad para humillarnos ante Dios, sin esperar otra cosa que su perdón infinito.

Así, una caída es capaz de aprovecharse para purificarnos de nuestra soberbia y fariseísmo. El pecado se puede reciclar para acercarnos a Dios, no presumiendo nuestras buenas obras, sino con un corazón contrito y humillado, que se abandona a la misericordia divina.

De esta forma somos purificados del fariseísmo: considerarnos justos, y que por lo tanto Dios tiene que pagarnos de acuerdo a nuestras buenas obras. Por eso, en lugar de plantarnos frente al altar y decir: *"Gracias, Señor, porque no soy como los demás"*, se implora con humildad: *"Ten piedad de mí Señor, que soy un pecador".*

- Perder ventajas o derechos que otorga el ministerio

Dios promete que todo trabajador merece un salario (Cf. Lc 10,7). *"Quien sirve al altar, debe vivir del altar"* (Cf. 1Cor 9,13). Tomando unilateralmente esta palabra, algunos justifican sus riquezas como premio a su servicio y entrega al Señor.

> *Un día en Miami, un predicador, vestido de fino casimir inglés, trataba de persuadir a la comunidad, argumentando que si servimos y ofrendamos al Señor, Él nos recompensará con abundancia, porque nuestro Dios no se deja vencer en generosidad.*
>
> *Luego, sacando de su bolsillo un antiguo reloj de colección, que pendía de una gruesa cadena de oro, motivaba a todos, poniéndose como ejemplo: años atrás, él había entregado al Señor una cuantiosa ofrenda. A cambio, Dios lo había bendecido, y ahora vivía en una lujosa zona residencial de la ciudad.*
>
> *Repetía varias veces que, siendo embajador de Cristo, tenía una sólida condición económica y, como hijo del Rey, viajaba siempre en primera clase.*
>
> *Al final de su conferencia ofrecía la receta infalible para ser bendecidos ilimitadamente por el Señor: dar una gran ofrenda, para que Dios regresara el ciento por uno.*

Estos criterios son más antievangélicos que los escritos de Carlos Marx, pues a este "supuesto embajador" se le olvidó que representaba a aquél que dijo: *"El hijo del hombre no tiene dónde*

reclinar la cabeza" (Cf. Lc 9,58), y que nunca buscó nada para sí, sino que lo entregó todo por nosotros y a nosotros. La carta de presentación de todo embajador de Jesús, es que vive de acuerdo al estilo de vida de su Maestro, a quien representa.

A veces el Señor nos priva del debido salario para purificar nuestra entrega a su servicio. Incluso, nos manda sin nada y nos prohíbe recibir cosa alguna, para así mantenernos libres, sirviéndolo sólo a Él (Cf. Mt 10,9-10; Lc 9,3-4). Si ellos se ocupaban de las cosas del Reino, el Señor se encargaría de todas sus necesidades. Jesús quería enseñarles a separar completamente el ministerio, de la economía. No sólo no depender del dinero, sino jamás mezclarlo.

Esta orden del Señor es muy lógica y tiene alcances prácticos. Al recibir alguna gratificación por nuestro trabajo, corremos el riesgo de que al ser reconocidos nuestros méritos, lleguemos a pensar que se nos paga lo que merecemos.

Sin embargo, esto es demasiado peligroso, ya que nos lleva a sentir como nuestra la obra que le pertenece sólo a Dios. Además, de alguna forma, se realiza el concubinato de unir a Dios con el dinero. La única vez que parece que Jesús sale de control, es frente a los comerciantes del templo de Jerusalén, que han convertido la casa de oración en una cueva de ladrones.

Un grave peligro de Iglesia es que la estructura eclesiástica ofrece exceso de ventajas materiales a quienes pertenecen a ella. Hay demasiadas gratificaciones meramente humanas o materiales: títulos, cargos, grados escalonados de autoridad, etc., y de esa manera se produce un consumismo eclesiástico, que asfixia el ministerio profético y ahoga la voz del Espíritu.

> *El profeta Eliseo no quiso recibir nada de Naamán, el sirio curado de lepra. Pero cuando su siervo Guejazí fue a buscar los talentos de plata,se contagió de la lepra (Cf. 2Re 5).*

Quien paga el mariachi tiene derecho a pedir las canciones que le gustan. Por desgracia, cuando se aceptan bienes materiales, se tiene que corresponder a los bienhechores con preferencias espirituales. Por ello, el ministro del Señor no debe recibir nada de nadie. La única paga del apóstol ha de ser la dicha de haber anunciado el Evangelio.

Pablo nunca codició oro de nadie, ni recibió ofrenda alguna, para no ser mal interpretado. Renunció a derechos que le eran debidos.

Lo peor que le puede pasar a un servidor del Evangelio, es vender su ministerio a costa de ciertos beneficios que pudiera recibir de los demás.

Desafortunadamente esto sucede con mucha más frecuencia de lo que nos imaginamos... Cuando un predicador recibe regalos, ofrendas y beneficios de un bienhechor, queda ligado a él con una deuda por saldar. Pero como no tiene con qué pagarla sino con su ministerio, éste pierde cierta libertad. A veces, las voces proféticas son acalladas por esta razón. En otras ocasiones se diluye el Evangelio, para no lastimar la sensibilidad de quien nos ha favorecido con una dádiva. Incluso, algunos temas no vuelven a ser tocados en la predicación.

Ante los benefactores, cierran la boca los profetas, se matizan las exigencias evangélicas y se solapan las injusticias. Por eso, el ministro no se debe a nadie, sino al Señor, su único amo.

Jesús experimentó el éxito y el fracaso en veinticuatro horas:

La multitud hambrienta lo había seguido a través de un ingrato desierto. Él, con la fuerza de su Palabra, había multiplicado peces y panes. La muchedumbre lo reconoció como el Mesías esperado y por poco lo proclama rey de Israel. Al día siguiente, todavía en el clímax de su gloria, fue a su sinagoga, que se encontraba completamente llena.

El sermón anunciado para esa mañana había levantado gran expectación, a causa del reciente milagro de la multiplicación del alimento.

El jefe de la sinagoga lo invitó a leer las Escrituras. El Maestro se puso de pie, tomó los rollos en sus manos y, con su cabeza cubierta por un velo, leyó el texto del maná en el desierto. Todos los ojos estaban fijos en él, y un respetuoso silencio de atención lo invitaba a explicar el pasaje.

Nadie estuvo en desacuerdo cuando se refirió al acontecimiento del pasado. Pero cuando lo aplicó a sí mismo, afirmando que él era el verdadero pan de vida, una gran inconformidad brotó en el ambiente. Al referirse a que su carne debía ser comida, los fariseos abandonaron la sala en medio de un murmullo general.

Lo peor fue cuando aquellos piadosos judíos que jamás tocaban sangre alguna, por miedo a quedar impuros, escucharon que había que beber la sangre del Hijo del hombre para poder tener vida eterna. Nadie soportó tal condición y todos los bancos se fueron quedando vacíos. Jesús no pudo siquiera terminar su discurso, pues ya nadie quedaba en la sinagoga. Inmediatamente después del más grande de sus éxitos, experimentó el peor de sus fracasos.

Sólo sus doce incondicionales habían permanecido al lado del Maestro. Con la cabeza clavada en el pecho, compartían la vergüenza del fracaso. Después de un tenso silencio, Jesús los miró con ternura y les dijo: "Si quieren, váyanse también ustedes. No están obligados a seguirme...".

Ninguno se atrevió a iniciar la retirada. Entonces, el Maestro añadió: "¿Por qué no se van? Conmigo no sacan ninguna ventaja. Yo no tengo nada que ofrecerles ya. Cuando me querían proclamar rey, podrían esperar algún cargo o título, pero ahora... Sólo les aguardan desprecios y persecuciones".

Entonces, Pedro tomó la palabra. Con absoluta sinceridad confesó: "En verdad que sí nos dan ganas de irnos. Por estar contigo nos critican, por seguirte nos acusan y nos señalan con el dedo.

Lo único que tenemos son problemas. A veces ya no aguantamos. Además, por tu parte, no vemos que restaures el reino ni nos has dado nada por seguirte. Contigo no sacamos ni para el gasto... A veces hemos discutido y hemos ya pensado dejarte, pero... –su voz se entrecortó, y con un nudo en la garganta continuó–, ya no tenemos a dónde ir; hemos atravesado contigo el Mar Rojo y ya no podemos volver atrás. Ya renunciamos al negocio y no tenemos pasaporte para el país de los poderosos. Ya no nos entusiasma la pesca ni la oficina de impuestos. Para nosotros ya no tiene sentido vivir para trabajar, para luego trabajar para vivir... Definitivamente, se nos han cerrado todas las puertas y, aunque no tenemos ninguna ventaja por seguirte, eres lo único que nos queda. Aunque quisiéramos irnos, ya no podemos. Quemamos las naves y ya nada tenemos sino a ti".

- Nuestra actitud: Abandonarnos

La confianza ilimitada en el Señor nos debe llevar a una actitud de abandono voluntario al plan divino. Sin embargo, lo más importante no es abandonarnos, sino hacerlo *"sin condiciones"*. En general, ponemos obstáculos en nuestra entrega; esperamos recibir algo a cambio, o nos reservamos parte de la ofrenda. Si la entrega no es incondicional, no sirve para nada.

Así como el barro se abandona en las manos del alfarero para llegar a ser una vasija nueva, así nosotros debemos entregarnos en las manos del Señor para que nos transforme en criaturas nuevas, a su imagen y semejanza.

Se trata de firmarle el cheque en blanco, para que haga de nosotros lo que le plazca. Esto implica darle un *"sí"* a cualquier cosa, como María que respondió: *"Hágase en mí, según tu Palabra"* (Cf. Lc 1,38).

Así como cuando entramos a la sala de operaciones nos abandonamos por completo en las manos del cirujano, para que corte, extirpe o trasplante lo que sea necesario, así debemos

entregarnos en las manos del Médico Divino para que haga de nosotros lo que él quiera. Confiamos en él y aceptamos su plan sin condiciones.

Él desea hacer una obra tan maravillosa, que está dispuesto a trasplantar nuestro corazón:

Les daré un corazón nuevo.
Infundiré en ustedes un Espíritu nuevo.
Les quitaré su corazón de piedra y les daré
un corazón de carne... Para que se conduzcan
según mis preceptos...:
Ez 36,26-27.

No se trata de que el Señor nos despoje o nos violente, sino que nosotros consintamos en ello. ¿De qué serviría que el Señor nos quitara algo, si nuestro corazón siguiera apegado a esa cosa perdida? ¿De qué aprovecharía que el Señor nos liberara de la esclavitud de Egipto, si seguimos recordando con nostalgia los ajos y las cebollas del país de los faraones?

Mientras no nos desprendamos y despojemos voluntariamente, sufriremos desgarres fatales que nos llevarán a la neurosis y a la esquizofrenia. Pero, cuando no estamos aferrados a algo, somos pobres; y un pobre nada tiene que perder.

El desprendimiento es la condición del abandono y el abandono es el camino de la paz. No hay otro camino para ser feliz. Quienes tratan de apegarse a cualquier cosa, circunstancia o persona, se vuelven esclavos de esa posesión.

D. LO REPARTIÓ

Una vez que el pan ha sido tomado en las manos, bendecido y partido, se reparte. No se queda en las manos de Jesús, sino que se da a los demás.

No podemos permanecer toda la vida en la cima del Tabor, ni plantar nuestras tiendas para establecernos definitivamente junto a Jesús. El Evangelio aclara que Jesús llamó a sus discípulos para que estuvieran con él y luego para enviarlos a evangelizar. El que ha estado al lado de Jesús no permanece inactivo, sino que va en busca de sus hermanos.

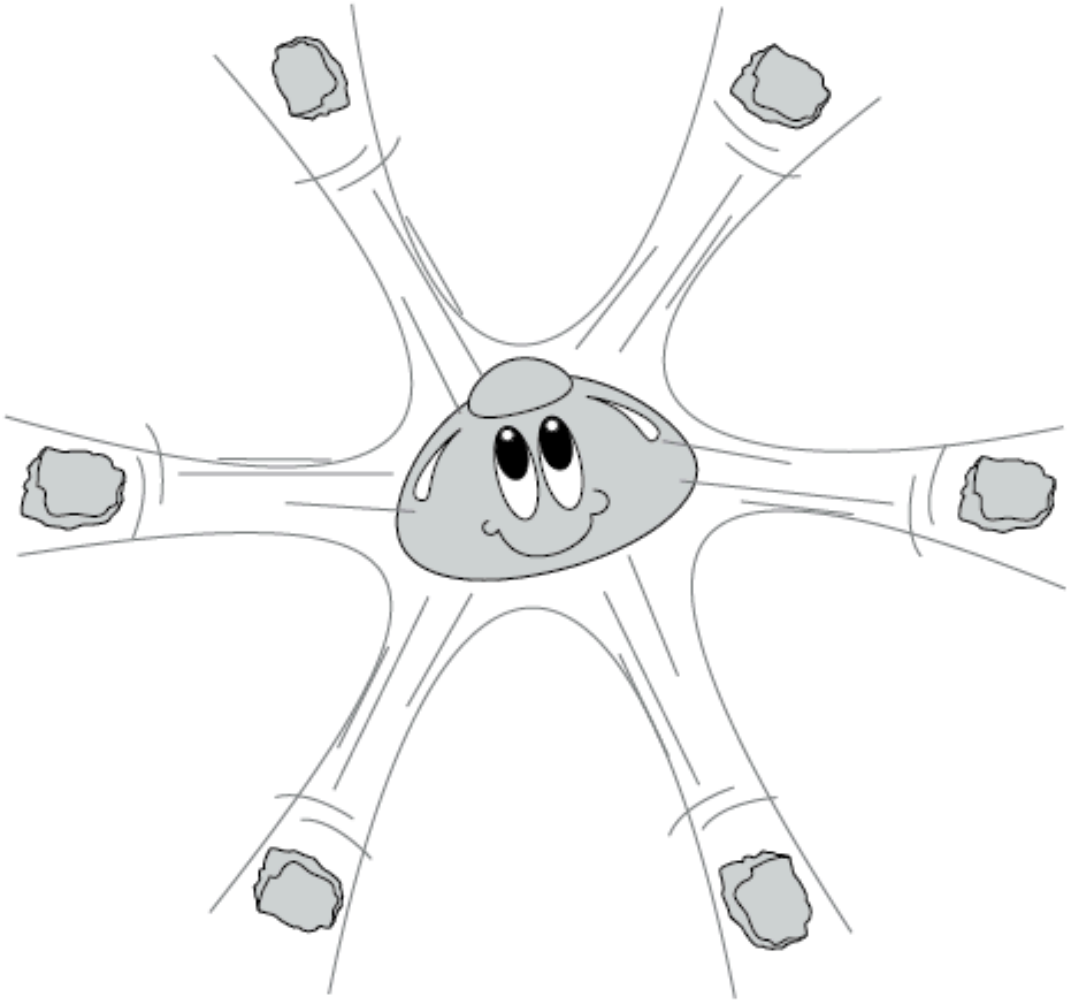
Cuando Andrés encontró a Jesús en el desierto, lo siguió y se quedó con él toda la tarde y la noche. Pero al amanecer, se levantó y fue a buscar a su hermano Simón para llevarlo a

Jesús.

El signo que nos garantiza que hemos encontrado a Jesús, es que vamos a buscar a otros para que también lo conozcan y lo sigan. Quien lo ha descubierto, comparte su hallazgo con otros. No puede dejar de hablar de lo que ha visto y oído.

Ahora bien, entre más hayamos sido partidos, más repartidos seremos. Entre más hayamos sido purificados, alcanzaremos para más personas. Un pan entero sólo puede ser comido por una persona.

Pero cuanto más se parta, tantos más podrán participar de éste. Este es el fin de la purificación: la multiplicación.



Nos reparte para los demás

Como el Señor quiere multiplicarnos, por eso Él nos reparte, quiere que alcancemos para muchos. Nosotros aportamos los cinco panes y los dos peces que tenemos y el Señor se encarga de multiplicarlos. Él hace el milagro, pero siempre con nuestra colaboración. Nuestra fecundidad no depende de nuestras cualidades, sino que es Dios quien da el crecimiento. A nosotros se nos pide llenar nuestras tinajas con el agua que tenemos. El milagro de la transformación lo realiza él, pero partiendo de lo que nosotros hemos presentado. Nosotros vamos a ser pan multiplicado que alimentará y vino nuevo que alegrará el corazón, porque el Señor ha hecho un milagro en y con nosotros.

- Nuestra actitud: El desprendimiento

Nuestro Dios es Uno, declara una y mil veces la Biblia. No hay otro Dios fuera de Él. Por esta razón es que no admite ningún ídolo que ose suplantar su lugar. Nuestro Dios, por ser único, no acepta compartir nuestro corazón con nada ni con nadie. Por esta razón es absolutamente necesario desprendernos de todo aquello que compita con su supremacía.

En el desprendimiento no cuenta tanto lo que damos, sino la entrega total.

> *Una vez, Jesús estaba frente al lugar de las limosnas, donde los ricos, con lujo de ostentación, depositaban cuantiosas ofrendas. De manera humilde y silenciosa se acercó una pobre viuda, que no depositó sino dos pequeñas monedas. Jesús aprovechó la oportunidad y enseñó a sus discípulos: Esta mujer ha entregado más que los demás, porque ella ofrendó todo cuanto tenía (Cf. Lc 21,3-4).*

Generalmente, los hombres medimos nuestras ofrendas por la cantidad que entregamos. Quien más da es considerado mejor. Pero el "ofrendómetro" divino no detecta lo que salió de la bolsa, sino lo que se quedó adentro. El desprendimiento afectivo y efectivo es una forma por la cual Dios nos purifica de todos estos apegos, que no nos permiten vivir la exclusividad con nuestro Dios.

No se trata, pues, de simplemente desprendernos, sino de entrar en una relación de exclusividad con Él. Las parábolas del Evangelio nos muestran claramente este aspecto.

Quien ha encontrado la perla preciosa, vende todas sus posesiones para adquirir la única perla de verdadero valor.

Sin embargo, hemos de notar muy bien que el hombre no se desprende para encontrar, sino porque ha encontrado. Por lo tanto, nunca es aconsejable desprendernos de nuestras cosas para encontrar al Señor. El proceso es inverso. Quien lo ha descubierto, encuentra que todas las cosas palidecen frente a la luz del Señor. Si una noche estamos en un cuarto con la luz encendida, no veremos nada de las lucecitas de las montañas.

Pero si apagamos nuestra luz, en ese mismo instante comenzarán a brillar las luces exteriores. Cuando se nos apaga la luz de Cristo, entonces es cuando nos comienzan a deslumbrar otras cosas. Pero el que tiene a Cristo, juzga todo basura, estiércol, en comparación con el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (Cf. Flp 3,5-8). De esta forma, tenemos la perfecta perspectiva. No se trata de despreciar las cosas o las personas, sino de apreciar lo esencial y permanente.

Pero, a veces, el Señor nos tiene que desprender de manera brusca de algunas cosas, para que nos demos cuenta de que no las necesitábamos tanto. En toda la historia de la salvación siempre hay destierros que nos desarraigan de todo cuanto somos y tenemos.

Y son precisamente estos desprendimientos los que nos hacen crecer en la libertad y la disponibilidad. Es por ello que a lo largo de la Biblia, Dios siempre pide algún tipo de renuncia:

- Jacob tiene que dejar a su familia y huir lejos de los suyos.
- José, deportado por sus hermanos, va a un país desconocido.
- Moisés tiene que renunciar a sus seguridades humanas.
- Elías se va al desierto.
- El pueblo es desterrado a Babilonia, perdiendo hasta el templo y el culto.
- Pablo lo pierde todo por Cristo.

Si estamos en las manos del Señor y no nos desprendemos de nuestros apegos, entonces el Señor va a recurrir al exilio para que podamos ser verdaderamente suyos.

La cumbre del desprendimiento llega cuando el Señor nos pide no sólo las cosas que nos pueden separar de Él, sino incluso los dones que Él mismo nos ha dado como prueba de su fidelidad.

En esta etapa no se trata sólo de dejar pecados o vicios, sino de no depender de ningún don de Dios. Se ha llegado a la frontera de la gloriosa libertad de los hijos de Dios: sólo Dios basta.

Abraham le había entregado todo al Señor: tienda, familia, seguridades, pasado y futuro. Había renunciado a sus falsos ídolos y ahora servía al verdadero Dios.

Pero un día, su Dios le pide lo inaudito: "Entrégame a tu hijo único, el que yo te di como cumplimiento de mi promesa". No se le pedía que renunciara a nada malo, sino que entregara al hijo de la promesa, el don de Dios, el testigo de la fidelidad divina.

A todo el que persevera en la vida del Espíritu, Dios le pide un día al hijo de la promesa. No porque sea malo; al contrario, para que ya no se dependa ni de los dones de Dios, sino sólo del Dios de los dones. En esta etapa, la comunicación con Dios no se hace a través de ningún medio: se llega a una etapa de comunión íntima y profunda. Ya no hay comunicación, sino comunión.

No se depende de ninguna gracia, consolación o recompensa, sino que la relación de fe con Él es lo más importante.

E. ESTO ES MI CUERPO

Así como el pan se transforma en el Cuerpo de Cristo, así nosotros somos transformados en la imagen y semejanza de nuestro Maestro. La formación de un apóstol no termina sino hasta que Cristo Jesús vive en él y se manifiesta en su forma de vivir.

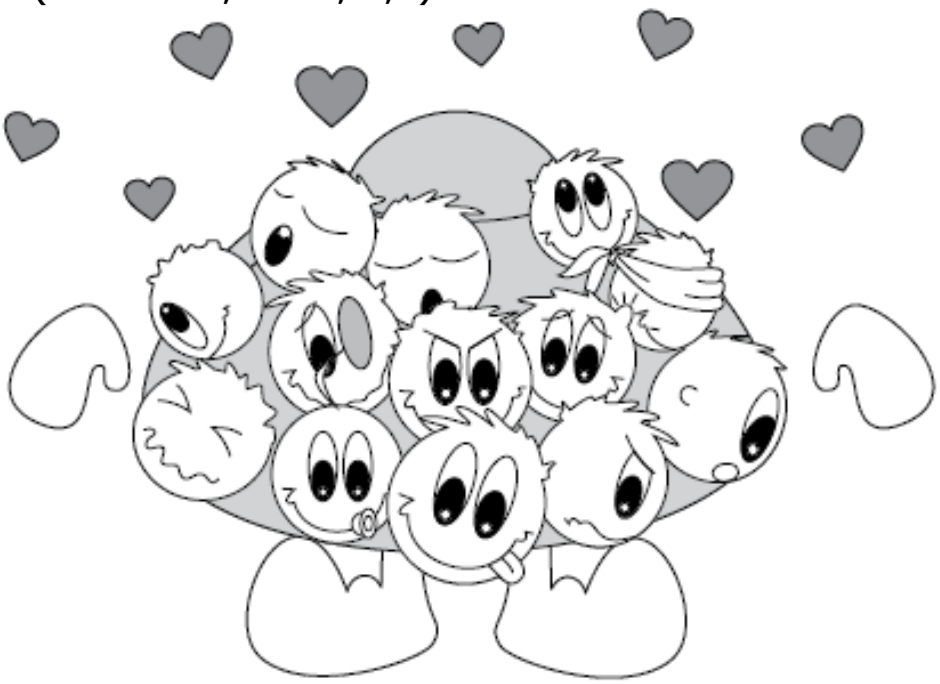
En la ciudad mexicana de Taxco, hay muchos artesanos que trabajan la plata de manera muy fina. Cuando uno de estos artistas está haciendo una bandeja de plata, la pule cuidadosamente una y otra vez hasta que su propia imagen se refleja en el espejo límpido del metal. Es hasta entonces que se considera terminado su trabajo.

De igual manera sucede en nuestra vida. El Espíritu Santo no acaba de trabajar en nosotros sino hasta que reflejemos la imagen de Cristo Jesús.

Si la meta de un discípulo es configurarse a la imagen de su maestro, nuestro objetivo no puede ser otro que llegar a ser como Jesús; como Pablo, que un día llegó a exclamar: "*Vivo, mas ya no vivo yo,*
sino que es Cristo quien vive en mí" (Cf. Gal 2,20). Sin embargo, no podemos pensar que cada uno de nosotros debemos ser otro Cristo, formando así muchos cristos por todas partes. Esta sería una visión muy individualista y, por lo tanto, antievangélica.

Dios quiere que todos juntos formemos el cuerpo de su Hijo; siendo miembros los unos de los otros, pero unidos por una sola fe. Con

diversidad de carismas, pero animados por un solo y único Espíritu. Con variedad de ministerios, pero con un mismo Señor.
Se trata de vivir como cuerpo de Cristo donde, siendo muchos miembros con diversidad de funciones y siendo unos miembros de los otros, estamos todos buscando el crecimiento del cuerpo como tal y no ninguna ventaja personal, ni siquiera de tipo espiritual.
Lo que Pablo menos consentía en las comunidades cristianas era la división, ya que era un atentado directo contra la esencia de la vida cristiana. El ejemplo más claro lo tenemos en su primera carta a los Corintios (Cf. 1Cor 1,10-16; 3,3).



Esto es mi Cuerpo

- Nuestra actitud: Formar cuerpo de Cristo, Iglesia

En primer lugar, debemos renunciar al individualismo; de manera especial, al individualismo religioso: ser el más grande apóstol, ser el mejor servidor, tener el mejor grupo, o ser el más santo. Esto daña profundamente, ya que nos mantiene en una actitud de competencia con todos los demás, perjudicando así la unidad.
Somos miembros del cuerpo de Cristo, pero al mismo tiempo miembros los unos de los otros. Si no asimilamos este principio

fundamental, todo nuestro trabajo puede ser más peligroso que benéfico.
Cada uno necesitamos de los demás, y ellos a su vez de cada uno. Por más pequeños o insignificantes que parezcamos, somos necesarios. Por ello, una característica indiscutible del discípulo de Jesús es que es constructor de la unidad y enemigo de la división.

- La comunidad de líderes

Jesús no formó individuos aislados, sino que instituyó un ambiente de fe y amor como semillero donde se produjeran continuamente otros discípulos. La comunidad apostólica era este invernadero, y al mismo tiempo la fuente surtidora de discípulos en la Iglesia.
A este ambiente de fe y amor se le denominó *"Colegio Apostólico"*.
Por *"Colegio"* no debemos entender una institución docente, sino una comunidad donde todos, guiados por un mismo Espíritu, son corresponsables de llevar a cabo la obra iniciada por Jesús. El Colegio Apostólico es la comunidad de los responsables de instaurar el Reino de Dios, haciendo discípulos por todas partes. A ellos les toca servir, conducir y presidir la comunidad, imitando a Jesucristo en la manera de hacerlo.
Los pastores no son sólo los responsables de guiar, sino que ellos mismos deben estar comprometidos en una comunidad de líderes. Muchas veces, los responsables de hacer la comunidad cristiana son los que menos viven en comunidad. Los dirigentes señalan el camino a los otros, pero ¿quién los dirige a ellos? Generalmente enseñan, pero ¿dónde siguen siendo enseñados? Siempre están dando, pero ¿dónde reciben? ¿Qué hacen para renovarse y crecer en la vida del Espíritu sin agotarse? La comunidad de líderes es la respuesta y la solución.

> *Cierto día, cuatro hombres fueron a buscar a su amigo paralítico, lo subieron a una camilla y lo llevaron a la casa donde se hospedaba el Maestro. No pudiendo entrar por la puerta, lo subieron al techo y lo descolgaron por un agujero que hicieron. Poco después, el hombre salía cargando él mismo su propia camilla.*

En este relato tan sencillo se nos da la pauta de los elementos esenciales de una comunidad:

- Lugar donde unos necesitan ser ayudados y otros prestan el servicio necesario.

- El ambiente de amor, donde los amigos cargan al más necesitado, que no puede caminar por sí mismo.
- Los amigos se comprometen a ir juntos a Jesús, conduciendo al enfermo para que sea sanado por él.
- Dejarse servir por los hermanos.
- Una vez sano, llevar la camilla de la responsabilidad.

Para saber si de verdad tenemos comunidad, cada uno debemos respondernos estas preguntas:

- ¿Existen cuatro verdaderos amigos que se han comprometido a soportarme en todo tiempo?
- ¿Cuento incondicionalmente con cuatro a los que yo les importo más que cualquier cosa?
- ¿Tengo cuatro personas que, me levantan si caigo, me corrigen si me equivoco y me alientan cuando me desanimo?
- ¿Tengo cuatro confidentes a quienes puedo compartir mis luchas, éxitos, fracasos y tentaciones?
- ¿Hay cuatro con quienes no comparto simplemente un trabajo, sino una vida?
- ¿Puedo contar con cuatro verdaderos amigos, que no me abandonarán en los momentos difíciles, pues no me aman por lo que hago, sino por lo que soy?

También, tengo que hacerme las mismas preguntas:

- ¿Soy incondicional de cuatro personas?
- ¿Hay cuatro personas que pueden tocar la puerta de mi casa a cualquier hora? ¿Hay cuatro personas que, en dificultades económicas, recurrirían a mí?
- ¿Hay cuatro que saben que ellos son más importantes para mí, que mi trabajo, descanso o planes?
- ¿Acompaño y cargo a cuatro personas, llevándolas a Jesús, cueste lo que cueste, me pase lo que me pase?

F. COMAN TODOS DE ÉL

Así como el pan eucarístico es comido, el discípulo de Jesús también. Ser comido significa estar al servicio de los demás, y entregar la propia vida con tal que otros vivan. Es como una vela que se desgasta con tal de alumbrar a otros.

Existen diversas pinturas del buen pastor donde aparece un tierno pastor abrazando románticamente a una oveja, pero están muy lejos de la realidad. Existe otra de un artista flamenco que se denomina también, *"el buen pastor".* Sin embargo, es muy diferente a todas las demás: En el fondo se advierte un rebaño de ovejas comiendo un verde pasto, junto a un arroyo cristalino que desciende de una montaña.

En el frente se representa un lobo con mirada asesina, que se aleja de un agonizante pastor, cuyas ropas están desgarradas por los colmillos de aquella fiera.
Este cuadro tan crudo es mucho más cercano a la realidad: el buen pastor es el que da la vida por sus ovejas.
Es muy interesante el contraste entre los malos pastores de Israel, que nos presenta el profeta Ezequiel en el capítulo 34, y la actitud del Siervo de YHWH que aparece en el profeta Isaías (Cf. 52,13-53,12). Los malos pastores se aprovechan de las ovejas; beben su leche, se visten de su lana y se comen a la más gorda.
El Siervo de YHWH da su vida en favor de los suyos, y muere para que otros sean curados y vivan en paz. Un mal pastor siempre busca alguna ventaja de sus ovejas. Por el contrario, el buen pastor sale perdiendo algo en favor de ellas. Esto es precisamente lo que distingue a uno del otro.
El buen pastor se entrega en favor de todos, no tiene preferencias sino por el más necesitado, o por aquel de quien nada puede recibir a cambio. Los pastores interesados, sirven a quienes después les pueden gratificar sus servicios o les van a retribuir de alguna manera.

- Nuestra actitud: Cómanme

El verdadero apóstol es trigo que muere para dar fruto. Su felicidad no la cimienta en mandar u organizar, sino en desaparecer en el tiempo oportuno.
Sabe que un día va a morir, por eso prefiere irse entregando como alimento de forma que produzca vida.
Esto nos exige actitudes concretas:

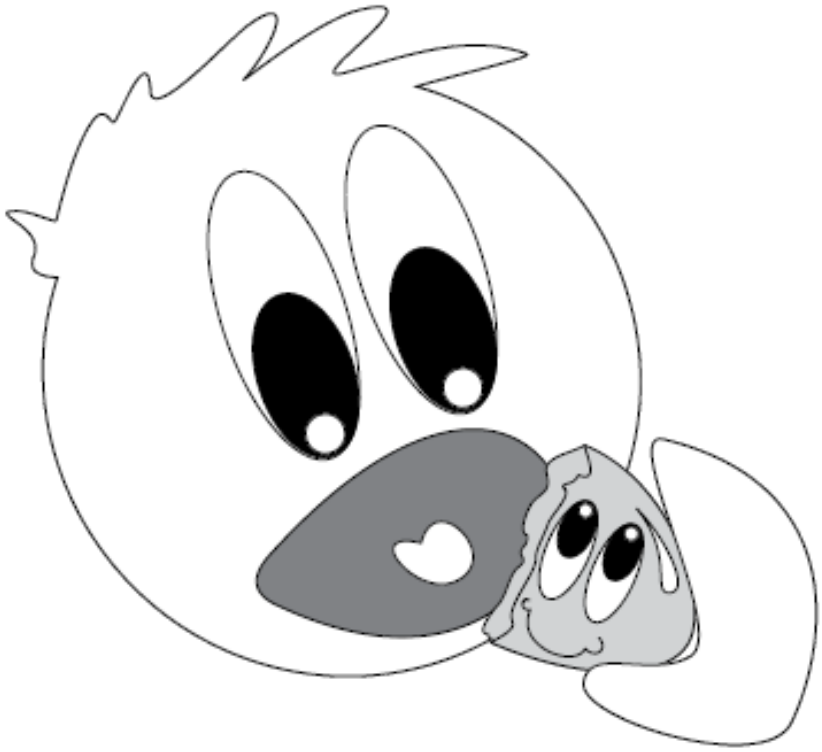
- Dejar de pensar que un apóstol es el que manda. Por el contrario, es el que muere para que otros vivan.
- Dejar de considerar los beneficios que supuestamente merecemos, y renunciar a todo, excepto a entregarnos en favor de los otros.
- Dejar de centrarnos en "nuestros privilegios" y comenzar a servir a todos, especialmente a los más necesitados.

El discípulo de Jesús, igual que su Maestro, es comido por los demás. Sin esta condición fundamental, jamás podrá ser fecundo. Si el trigo no es triturado y comido, no servirá como alimento. Sólo

hasta después que Jonás fue comido, fue capaz de evangelizar y convertir a la gran ciudad de Nínive.
Ser comidos significa estar a la entera disposición de quien nos necesite. Así como le hemos dado un "sí" incondicional al Señor, dárselo a todo su cuerpo (nuestros hermanos) y decirles: "Aquí estoy, hagan de mí lo que quieran. Lo único que yo deseo es lavarles los pies".
Ser comidos significa también renunciar a todo tipo de beneficio personal, con tal de que los demás sean edificados en la fe y el amor. Ciertamente San Pablo afirma que quien sirve al altar, tiene derecho a vivir del altar. Sin embargo, el buen pastor es capaz de renunciar a las ventajas que ofrece el Evangelio.

> *San Pablo afirma que él tiene derecho, como los demás apóstoles, a llevar una mujer creyente en sus viajes misioneros. Sin embargo, prefiere renunciar a ello con tal de no ser mal interpretado por nadie. En otras ocasiones, teniendo derecho a vivir de los bienes materiales de aquellos con quienes él ha compartido beneficios espirituales, prefiere trabajar con sus propias manos para no ser motivo de carga, ya que él es quien debe soportar a los demás. En vez de recibir, da.*
>
> *Se entrega como alimento a todos.*

Dejarse comer significa no ser servido, sino estar al servicio de los demás, como nuestro Maestro que vino a dar su vida por nosotros.



Coman todos de él

G. HAGAN ESTO EN MEMORIA MÍA

El último paso en la formación de un discípulo es reproducir con fidelidad lo mismo que su Maestro hizo.

Como primeramente debemos entender esta palabra es en voz pasiva: dejarnos hacer por el Maestro. Consentir en que él nos lleve por este proceso que nos transforma en discípulos a su imagen y semejanza. Es decir, el discípulo en manos de Jesús, debe llegar a ser Eucaristía, hostia viva que se ofrece al Padre por la salvación de todos los hombres. El discípulo es pan que se transforma, pero al mismo tiempo es altar donde el mismo Jesús se consagra a Dios y a los hombres.

En segundo lugar, el Señor nos quiere decir: repitan también ustedes este mismo proceso para formar discípulos.

No hay otro camino. No se trata, pues, simplemente de entrenar a nuestra gente en técnicas o dinámicas de grupo, o capacitarla en el lenguaje de la comunicación: su vida tiene que ser Eucaristía; de otro modo no pueden llegar a ser discípulos.

Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes,
bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo
y del Espíritu Santo:
Mt 28,19.

Jesús nos envió a enseñar todo lo que nos había mandado. Pues bien, el concentrado de su programa de vida lo encontramos sintetizado en la Eucaristía.

Lo que debemos, pues, enseñar a otros, es a ser Eucaristía en quienes se repita el mismo proceso por el que Jesús pasó. La sabiduría de un formador de discípulos está en conocer este camino, y recorrerlo junto con los que está troquelando como discípulos.

Cuando se llega a la Basílica de San Pedro, en Roma, nos reciben cuatro hileras de columnas ideadas por Bernini, dispuestas en dos semicírculos que son como brazos abiertos que nos dan la bienvenida. A la sombra de la imponente cúpula de la Basílica y frente a la majestuosa portada, nos encontramos a dos guardianes sobre sendos pedestales: son los pilares de la Iglesia de Jesús. El primero con unas llaves en la mano. El otro, con la espada de la Palabra y el libro con sus Epístolas.

Todo mundo los identifica inmediatamente: Pedro y Pablo, columnas firmes de la fe en la Iglesia de Jesús.

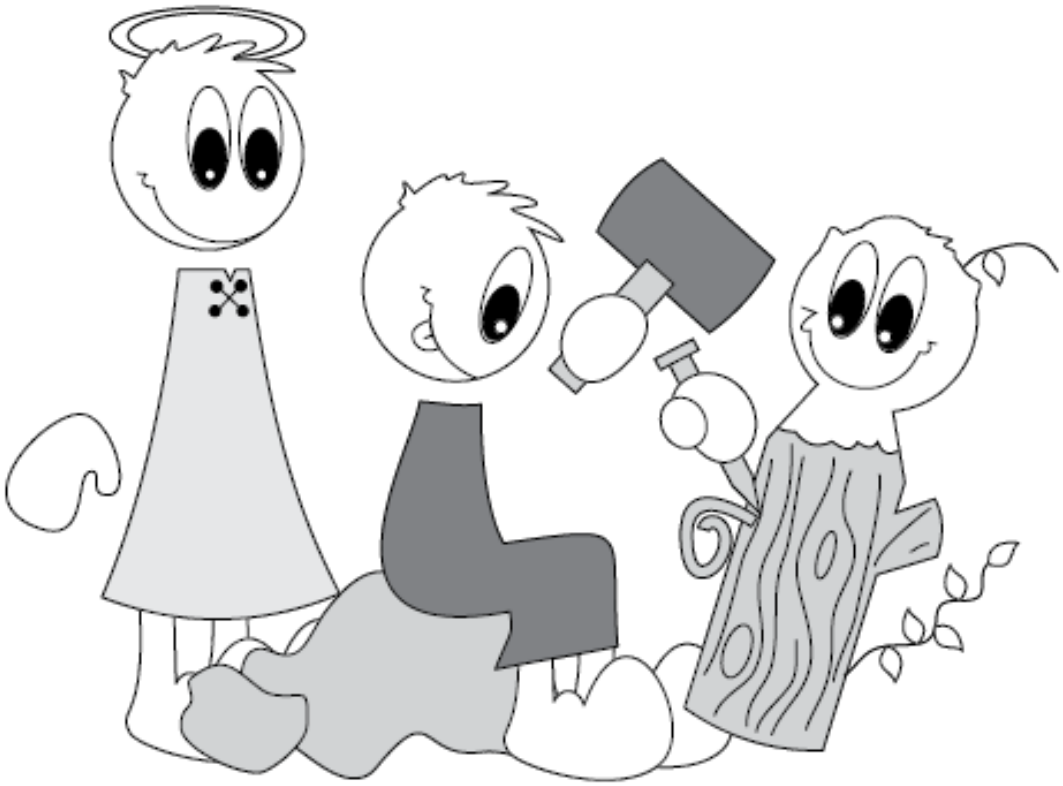
Sin embargo, atrás de Pedro, príncipe de la Iglesia, está su hermano Andrés, quien lo llamó y lo llevó hacia Jesús. Sin este gesto fraternal, hoy el pedestal de la Iglesia estaría vacante. Atrás del Apóstol de los gentiles, está Ananías; aquel humilde discípulo de Jesús que se atrevió a orar por el perseguidor, sanarlo y llenarlo de Espíritu Santo.

Si Ananías no hubiera cumplido con su misión, hoy no podríamos leer ninguna de las hermosas Epístolas del incansable peregrino del Evangelio.

Sin Andrés no hay Pedro. Sin Ananías no existe Pablo. En este detalle radica el gran secreto pastoral para nosotros. Formar discípulos-apóstoles de Jesús.

Siempre hemos creído que la mayor alegría en este mundo es encontrar el tesoro de la Nueva Vida en Cristo Jesús. Pero hay algo más grande que eso: ser instrumento para que otros lo encuentren. Y todavía más: formar otros que multipliquen y extiendan la obra salvífica de Cristo Jesús en este mundo.

La más grande felicidad no consiste en ser discípulo de Jesús, sino hacer discípulos del único Maestro. La mayor alegría no es ser maestro del rebaño, sino capacitar a otros para que lleguen a ser maestros y pastores de la Iglesia de Jesús.



Hagan esto en memoria mía

- Nuestra actitud: formar discípulos

Como respuesta a esta confianza que el Señor ha depositado en nosotros, no tenemos sino que tomar una opción preferencial en nuestro trabajo apostólico: Formar discípulos. Esto significa renunciar a otros planes que son buenos y maravillosos. Como no podemos realizar todo, a cada discípulo le corresponde reproducir exactamente lo que hizo su Maestro: formar a otros, que a su vez continúen la obra de instauración del Reino de Dios en este mundo. Se trata de tomar una decisión que va a cambiar nuestra vida y la de muchos. Esta decisión va a cristalizar en un proyecto de vida, en el que lo único importante será ser facilitador para que el Espíritu Santo vaya reproduciendo la imagen de Jesús en todos aquellos que proclaman su nombre.

El ejemplo más preclaro de un verdadero discípulo es María de Nazaret. Ella escucha la Palabra y la cree inmediatamente, para enseguida ponerla en práctica y así ser capaz de dar esa palabra al

mundo. Pasó treinta años en su escuela, asimilando y profundizando cada palabra de su Señor y Maestro. Guardaba toda actitud de su Hijo en el secreto de su corazón. Por eso, nadie como ella pudo dejar un testamento para todo discípulo de Jesús: *"Hagan todo lo que él les diga"* (Cf. Jn 2,4).

CONCLUSIÓN

La Eucaristía no es sólo una celebración, sino una vida que se plasma en cada discípulo del Maestro. Cada discípulo debe ser una Eucaristía, unida a la única víctima de suave aroma que se ha ofrecido por la salvación de todos los hombres. Este es el programa de vida y el itinerario por el cual transita un discípulo que está llegando a ser como su Maestro.

IX
NUESTRA MISIÓN

A. JESÚS COMPARTE SU MISIÓN A SUS DISCÍPULOS

Jesús tenía por misión salvar a todos los hombres de todos los tiempos y hasta los confines de la tierra. Sin embargo, limitado por las circunstancias, no predicó sino en un estrecho pedazo de tierra, y su voz sólo resonó tres años en el concierto de la historia.
¿Cómo romper esta barrera del tiempo y traspasar las fronteras del espacio? Formó a sus discípulos y capacitó una docena de maestros para, de esa manera, multiplicarse, participándoles exactamente la misma misión que a él se le había confiado.
Cuatro aspectos complementarios configuran la misión de los enviados por Jesús:

a. Prolonga su misión

Como el Padre me envió, así también yo los envío: Jn 20,21.

Si la misión de Jesús consistió en ser salvación de Dios para los hombres, los discípulos-apóstoles no son otra cosa que los canales por los cuales fluye esta salvación.
Nuestra misión, pues, no puede ser otra que la de extender en el tiempo y el espacio la obra salvífica de Cristo Jesús. Hemos sido asociados a Cristo Jesús, para con él realizar la misma obra que el Padre le encomendó.
Hemos sido llamados a la empresa más maravillosa de este mundo: trabajar en la viña del Señor.

b. Los llenó de Espíritu Santo

Uno de los momentos claves de la vida de Jesús fue cuando bajó al Jordán para ser inundado del Espíritu Santo.
Gracias a la Fuerza de lo Alto inició su ministerio haciendo milagros, proclamando la Buena Nueva y revelando el misterio del Reino. Por eso, de igual manera, él llenó de Espíritu Santo a los suyos, habilitándolos así para continuar su misión. El día de Pentecostés les envió desde el cielo la Fuerza de Dios que los capacitó para implantar su Reino en este mundo.

Sólo con el Espíritu de Cristo resucitado es posible construir el Reino. Así como el Espíritu autoriza a Jesús como Mesías, él mismo sella a los discípulos y los confirma en la vocación a la que han sido llamados. Como la misión sobrepasa las fuerzas humanas, son revestidos de un poder especial que viene directamente de Dios a través de su Espíritu.

Sin el Espíritu de Cristo resucitado sería imposible completar su obra. Sin una experiencia *pneumática*, como la de Jesús en el Jordán o la de los ciento veinte en el Cenáculo, no se puede fecundar la vida de Dios en el mundo.

El libro de los Hechos de los Apóstoles narra no menos de ocho donaciones de Espíritu. Es decir, la efusión del Espíritu se repite tantas veces como sea necesaria. Cada "enviado" precisa de un Pentecostés personal que lo capacite para testificar la resurrección de Cristo Jesús.

c. Los equipó con carismas

En este gran mandamiento había un elemento muy importante que muchas veces se pasa por alto: *"Proclamen la Buena Nueva a toda la creación"* (Cf. Mc 16,15).

En esta frase se subraya la proclamación: estamos llamados a anunciar la muerte y proclamar la resurrección de Cristo Jesús. Este es el fundamento de nuestra fe y el núcleo de la predicación. No se trata, pues, de una comunicación de teorías, doctrina o moral, sino del anuncio explícito de la persona de Jesús con sus tres acontecimientos salvíficos centrales: su muerte, su resurrección y su glorificación; y sus tres títulos más importantes: Salvador, Señor y Mesías.

Y todo esto para que el evangelizado tenga su experiencia de salvación a través de un encuentro personal con Cristo resucitado. Empero, tampoco debemos olvidar lo que Jesús dice inmediatamente después:

Y estas serán las señales
que acompañarán a los que crean:
en mi Nombre expulsarán demonios,
hablarán en lenguas nuevas,
tomarán serpientes en sus manos,

y aunque beban veneno, no les hará daño;
impondrán las manos sobre los enfermos
y se pondrán bien: Mc 16,17-18.

El Espíritu Santo repartió herramientas para construir la casa de Dios. Estos instrumentos se llaman carismas o dones, y están orientados a manifestar que el Reino ha irrumpido en medio de nosotros a través de Jesús muerto y resucitado.

Si nuestra predicación está animada por el Espíritu de Dios, no es lógico que no existan carismas. Así como el fuego siempre quema, el Espíritu siempre produce estos dones en la comunidad en vistas a la proclamación.

Evangelizar, sin utilizar los carismas, es ya mutilar el Evangelio, pues se suprime un elemento que forma parte esencial del ministerio del mismo Cristo Jesús y de sus apóstoles (Cf. Mt 4,23; 10,7-8).

Evangelizar sin carismas es debilitar la fuerza intrínseca de la Palabra de Dios. Las promesas que anunciamos tienen que mostrarse.

Los dones carismáticos no sirven sólo para probar la veracidad de la doctrina, sino que son actos salvíficos, a través de los cuales Dios se manifiesta en medio de los hombres.

Durante una conferencia ecuménica en Singapur, había misioneros y pastores del mundo entero, compartiendo sus extraordinarias experiencias. Un representante del mundo islámico mostró la gran dificultad para que el cristianismo penetrara esa cultura tan enemistada con nosotros por tantos siglos: "El único camino –afirmaba– es hacerlo a través de signos, prodigios y milagros. De otra manera no sólo perdemos tiempo, sino hasta gente". Por otro lado, un delegado del mundo occidental agregó: "Para nosotros es aún más necesario ese método: Antes, la gente oraba para que lloviera. Las presas y los sistemas de riego nos han ahorrado esa oración. Frente a las epidemias, se hacían cruzadas de oración y penitencia. Hoy, las vacunas y los seguros médicos nos hacen olvidarnos de levantar nuestros ojos al cielo. Nuestro mundo industrializado y secularizado necesita más y más de estas manifestaciones extraordinarias del poder de Dios".

Entendidos de esta manera, los carismas no son opcionales. Por lo tanto, no es posible desechar los instrumentos que el mismo Jesucristo utilizó. Quienes desprecian los carismas dejan de lado el plan de Jesús, que prometió señales que acompañarían la proclamación del Reino de Dios.

Un día le objetaron al padre Emiliano Tardif: Hay obispos a quienes no les gustan los carismas y hasta cardenales que creen que son asuntos del pasado. El padre, con suma

sencillez e irrefutable lógica, argumentó: "Pero eso no depende de si les gusta o no. Si leen el Evangelio se darán cuenta de que Jesús, que es el mismo ayer, hoy y siempre, se valía de ellos constantemente".

Los carismas son acompañantes necesarios en nuestra evangelización. Tal vez, debido a su ausencia, nuestra palabra no asombra ni llama a la fe, reduciéndose su poder al mínimo de eficacia. Desgraciadamente, los carismas han estado tan ausentes tantas veces, que ya hasta nos parece normal vivir sin ellos. En la ciudad de Nueva York la gente ya no ve las estrellas, pero no por eso ellas dejan de existir. Lo mismo pasa con los carismas. No porque no los hayamos visto por tanto tiempo significa que no existan. Si la Palabra asegura que signos portentosos acompañan "la proclamación", y éstos no se manifiestan, no habría que negar la existencia de los signos, sino revisar por qué han desaparecido de nuestra pastoral.

d. Dar mucho fruto, y un fruto que permanezca

La gloria de mi Padre está en que den mucho fruto, y un fruto que permanezca: Jn 15,8.16.

Estamos frente al texto fundamental que delinea claramente nuestra meta. Nuestra misión es llegar a fructificar abundantemente. Estamos llamados a la obra más gigantesca de la historia: instaurar el Reino de Dios en este mundo. Hecho más importante que el *"big bang"* que dio comienzo a las galaxias; labor más determinante que el descubrimiento de América, y acción más trascendente que la expansión del Imperio Romano.

Estamos llamados a lo grande. Nuestra vocación es sublime. Esto no va contra la auténtica humildad. Al contrario, la verdadera humildad no consiste en vivir pobre o escondido, sino en darle a Dios la gloria de todo cuanto hacemos, sin pensar ni presumir que lo hemos logrado gracias a nuestras posibilidades o aptitudes. Si comparamos a Dios con el sol, nosotros podemos ser como la luna que ilumina la tierra. La humildad no consiste en ocultar la luz, sino en reconocer que esa luz que manifestamos no es propia, sino que nos viene del sol.

El Señor no está de acuerdo con que escondamos los talentos que nos ha confiado, sino que seamos como lámparas encendidas que

iluminan a todos los que están en la casa. Hemos de ser como ciudades edificadas en la cima de la montaña; luz del mundo y sal de la tierra. El Señor no nos pide poco. ¡Espera que hagamos cosas más grandes que él! (Cf. Jn 14,12).

Algunos están más interesados en florecer que en fructificar: que el grupo sea grande, que haya sólida economía para hacer muchas cosas, tener computadoras, aprobación de estatutos, etc. Muchas veces, el trabajo apostólico se gradúa por elementos aparentes o triunfos gratificantes, más que por los frutos que produce. Se buscan éxitos gloriosos o recibir aplausos pasajeros, que se marchitan como los laureles de victoria. Generalmente, los que presumen éxitos pastorales, se refieren sólo a las flores y no a los frutos.

Los frutos no necesitan presumirse, se muestran por sí solos. San Pablo dice:

> *El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, fortaleza, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio...: Gal 5,22-23.*

Algunos piensan que estos nueve elementos enumerados por el apóstol son *"los"* frutos del Espíritu. Otros, siendo más fieles a la traducción, afirman que Pablo habla en singular; y por tanto, *"el fruto"* es solamente el amor, que encabeza la lista.

Sin embargo, para ser fieles al pensamiento del apóstol, debemos entender que hay un solo fruto con nueve facetas diferentes. Se trata de un diamante polifacético que si lo miramos de un lado, contemplamos el amor; de otro, la alegría, y así todos los aspectos. Es como un arcoíris al que no le puede faltar ningún color porque quedaría incompleto.

El fruto, por otro lado, no es algo forzado, sino que es lo más natural en un árbol. ¿Qué hay de extraordinario que un manzano produzca manzanas? Un naranjo no tiene que hacer ningún esfuerzo para no dar agrios limones, sino que naturalmente ofrece frutos dulces y apetitosos.

En la vida del Espíritu sucede lo mismo. Quien tiene el Espíritu de Cristo corriendo como sangre vivificante, manifiesta espontáneamente el fruto del Espíritu. Quien no lo posee, por más

esfuerzo que hiciera, no lograría expresar esa alegría, paz y amor que sólo vienen del Espíritu de Dios en nosotros.

- La vid y la higuera

Por otro lado, Jesús habla muy claro del árbol que no da fruto. Si a la rama que da fruto se le poda para que dé más fruto, y la vid que no fructifica es arrancada para quemarla, al siervo que no capitaliza los talentos, se le destituye, se le quita lo que tiene y se le echa fuera.

Para aclarar más esta idea encontramos un episodio que a todos impresiona. Este pasaje es tan duro que si Mateo y Marcos lo narran, el misericordioso Lucas lo suprime, la maldición de la higuera estéril:

> *Por el camino que sube de Betania a Jerusalén, Jesús encontró una higuera silvestre que extendía su frondoso follaje, ofreciendo fresca sombra a los transeúntes y peregrinos. El Maestro se acercó, buscó y rebuscó por todas partes, sin encontrar fruto alguno. Luego se agachó y hurgó entre las ramas cargadas de hojas, pero nada encontró. Entonces, con inusitado y hasta injustificado enojo, maldijo la higuera, la cual inmediatamente se secó, marchitándose sus hojas. Las ramas se doblaron y el tronco se pudrió como si hubiera sido alcanzado por un rayo.*

Podríamos pensar que Jesús exageró. Sobre todo si recordamos que no era tiempo de higos (Cf. Mc 11,13). Además, estando en el camino, tal vez otros se habían adelantado y comido todo cuanto tenía. Tal vez el dueño había recogido sus frutos el día anterior. En fin, podríamos encontrar mil excusas; pero el mensaje radica precisamente en que no existe justificación válida para no tener fruto.El fruto no debe ser de temporada, sino permanente; no poco, sino mucho; no para algunos, sino para todos y cuando lo precisen. No debe depender de la estación, sino de la necesidad de los demás.

En otras ocasiones Jesús utiliza el ejemplo de la vid, porque desde el Antiguo Testamento ya era clásico para simbolizar al pueblo de Dios (Cf. Os 10,1; Sal 80,9-19; Is 5,17; 27,2-5; Jer 2,21; 6,9; Ez 15,1-6; 17,3-10; 19,10-14).

Sin embargo, hay una razón más de fondo. Hay árboles altamente estimados porque de sus troncos se puede sacar preciosa madera. Hay otros que ornamentan parques y jardines. A otros más se les considera por las bellas flores que producen. Mas la vid no tiene nada de eso. Es un tronco flaco y largo, que se va retorciendo sin belleza ni armonía. La vid que no produce fruto no sirve para nada.

Es decir, no tiene ningún valor ni sentido. De igual forma es nuestra vida. Si no damos fruto, para nada servimos. Lo único para lo que fuimos hechos fue para fructificar. Si las flores son para presumirse, los frutos son para comerse. Cuando producimos frutos, no son medallas o condecoraciones que nos hagan sentir superiores a los demás.

Hay cazadores que ganan concursos con raros antílopes o extrañas aves, pero no se comen su presa, sino que la disecan para presumirla en la sala de su casa.

Los frutos, en cambio, no son adornos del árbol (Cf. Os 10,1), ni se exponen en una vitrina para ser admirados, sino que están disponibles para todo aquel que se acerque. No se trata, pues, de envanecerse por el logro, sino de ofrecerlo a los demás para que lo coman.

- Calidad sobre cantidad

Jesús escogió expresamente el ejemplo de la vid cuando se refería a que esperaba mucho fruto de nosotros, por la siguiente razón: cuando un racimo de uvas está muy cargado, el viñador se acerca y corta algunas de ellas, a fin de que las restantes tengan más espacio para crecer.

Se sacrifica la cantidad en aras de la calidad. El racimo ideal no es el que tiene muchas uvas; al contrario, el que no pasa de setenta y dos. Por consiguiente, cuando Dios pide mucho fruto, no se está refiriendo tanto a la cantidad, sino a la calidad.

Esto explica por qué Jesús afirmó: Al que tenga fruto, se le podará (Cf. Jn 15,2). Es decir, se le purificará para que no se engañe pensando que lo importante es tener fruto. Lo esencial es tener buen fruto; es decir, fruto de calidad. Aplicándolo a nosotros, significa que se ha de podar todo aquello que nos impida dar frutos de calidad.

Se han de tomar opciones en el ministerio, eligiendo vías pastorales que hagan producir más fruto, aunque para esto se tengan que sacrificar otros proyectos que parecían buenos. Dar mucho fruto no se refiere, pues, principalmente a la cantidad, sino a la calidad.

- Por sus frutos los reconocerán

El signo por el cual se identifica un árbol, es el fruto que produce. Un árbol bueno no produce frutos malos, ni un árbol malo puede dar frutos buenos. Las ramas y el follaje son secundarios. Las flores son engañosas. Lo que importa son los frutos.

En esto reconocerán que son mis discípulos:
si se aman unos a los otros
como yo los he amado:
Jn 13,35.

Jesús no dijo que se nos identificaría por la asociación piadosa a la que perteneciéramos, una cruz en el pecho, el rosario que rezamos, las mandas que hacemos o la teología que conocemos, sino por los frutos que diéramos. Sin duda que entre todos, sobresale el fruto del amor. En el examen final de nuestra vida solamente se nos harán estas preguntas:

- ¿Me amaste en el abandonado?
- ¿Me serviste en el necesitado?
- ¿Me acogiste en el desamparado?

La piedra de toque que identifica a un discípulo de Jesús, es el amor: amar al que nos ama, al prójimo, al enemigo y al necesitado.

B. LA GRAN COMISIÓN: HACER DISCÍPULOS

a. Maestros, formadores de discípulos

Todo el mundo conoce "el primer mandamiento": *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas"* (Cf. Dt 6,5). Por otro lado, nadie ignora "el mandamiento nuevo": *"Ámense los unos a los otros como yo los he amado"* (Cf. Jn 13,34).

Sin embargo, pocos conocen "el gran mandamiento". Este mandamiento fue dado por Jesús en el momento de su despedida. Fueron sus últimas palabras antes de subir a los cielos. Por todo ello, se trata de su testamento. Así de importante es. Con la solemnidad del caso, afirmó:

Me ha sido dado todo el poder
en el cielo y en la tierra: Mt 28,18.

Nunca una orden había sido introducida con tanta autoridad. Entonces añadió con claridad:

Vayan y hagan discípulos míos a todas las gentes, bautizándolas en el Nombre del Padre,
y del Hijo y del Espíritu Santo;

y enséñenles a guardar
todo lo que yo les he mandado: Mt 28,19-20.

Se trataba de una orden. Notemos que no es un consejo o sugerencia, sino de un imperativo como el de *"no mentirás"* o *"amarás a tu prójimo como a ti mismo"*. No era optativo, sino parte esencial de todo discípulo suyo. Así, quien no guarde y ponga en práctica esta palabra del Maestro, no se puede llamar discípulo suyo. Esta es nuestra primera responsabilidad. Él no nos pidió llegar a ser magníficos organizadores, comerciantes o Jefes de Estado; ni siquiera predicadores internacionales, sino simplemente formadores de discípulos. Nunca nos dijo que el éxito de nuestro trabajo pastoral radicaba en nuestros títulos y grados académicos, sino en que la gente estuviera dispuesta a llevar su cruz hasta la muerte.
Entonces, ¿por qué nos dedicamos a hacer otras tantas cosas, menos a producir discípulos de Jesús? ¿Hemos formado verdaderos discípulos, o sólo llevamos multitudes a Jesús?
Hay comunidades que forman seguidores de la comunidad y están más apegadas a sus reglas que al Evangelio. Son más fieles a sus tradiciones que a la Palabra de Dios.
Hay Congregaciones religiosas que tratan de imitar más a su *"santo"* patrono (muchas de las veces ni siquiera canonizado) que a Jesucristo. Les interesan más los escritos del fundador, que el Evangelio. Otros dependen más de supuestos mensajes celestiales, que de la Palabra de Dios que es viva y eficaz.
Cuando la gente se refiere a los franciscanos, dominicos o maristas, parece que se está mirando sólo la flecha que indica el camino y no se ve la meta. El valor de Francisco de Asís, Domingo de Guzmán y hasta de María, radica en que fueron discípulos que, con su ejemplo, arrastraron a otros tras Jesús. Nunca quisieron llevar a los demás tras de sí; sino que de tal manera sirvieron a Jesús, que otros también los acompañaron en este camino. Un verdadero discípulo no admite que la comunidad que él ha iniciado, adopte su nombre propio. Su único afán es que cada uno sea un verdadero seguidor del Maestro de Nazaret.

¿Por qué no salen verdaderos discípulos de Jesús como resultado de nuestra pastoral?, ¿Por qué casi todos los planes pastorales de las diócesis o parroquias olvidan este punto fundamental y le dan más importancia a otros aspectos menos esenciales? El árbol se conoce por sus frutos.

Por lo tanto, el signo de que somos discípulos de Jesús, radica en percibir si realmente estamos produciendo otros discípulos suyos. Por ser tan importante este mandamiento, se le ha llamado *"la gran comisión"*. Sin embargo, tal vez se debiera llamar *"la gran omisión"*, porque no lo estamos cumpliendo.

Es más, ni siquiera somos conscientes de que se trata de una orden y un mandato expreso que debería estar a la cabeza de todas las prioridades. Pero, ¿Cuántos planes pastorales tienen por objetivo el formar discípulos?, ¿Cuántos sínodos se preocupan por encontrar los caminos de formar discípulos de Jesús?

Si al mandato de Jesús se le llama la gran comisión, su omisión es un pecado muy grave. Tal vez ninguno de nosotros se haya confesado diciendo: *"Me acuso de no hacer discípulos de Jesús"*. Esta gran omisión es más grave que muchos de los pecados que acusamos en el confesionario. Si un manzano produce manzanas, un discípulo produce otros discípulos. Si no lo hace, hay que dudar seriamente de su identidad como discípulo.

Teniendo claro que esta es nuestra primera vocación, no estaría mal hacernos un examen de conciencia con las siguientes preguntas:

¿Cuántos discípulos he hecho?

¿Cuándo fue el último que formé? ¿Estoy produciendo discípulos que a su vez formen discípulos, o solamente soy el animador que entusiasma la multitud el Domingo de Ramos?

b. Opción preferencial: formar formadores

Es necesaria una jerarquía de valores pastorales con opciones preferenciales, aunque implique renunciar a muchos proyectos prometedores. La prioridad de nuestro ministerio debe ser "hacer discípulos"; verdaderos discípulos de Jesús que lleguen a ser apóstoles, instauradores del Reino. Mientras no aterricemos en este

campo de trabajo, será inútil todo lo demás. Hay que tomar la decisión, pagando el precio necesario.
Nuestra meta no se reduce a ser discípulos, sino a producirlos; lo cual implica, necesariamente, que nosotros lleguemos antes a ser maestros. Somos maestros no por la doctrina que transmitimos, sino si troquelamos nuevos discípulos.
El único método para asegurar que la cadena no se rompa y se continúe la obra que Dios nos ha encomendado, es formando formadores. La única vía de multiplicarnos es formando otros, que a su vez capaciten a muchos más, como discípulos de Jesús.
La eficiencia no se mide por lo que hacemos, sino por lo que logramos que otros hagan. No basta que seamos discípulos.
No es suficiente que produzcamos discípulos. Es necesario capacitar maestros. No basta sumar nuestras fuerzas: hay que multiplicarlas.
¿Cómo? Formando maestros que enseñen a otros a llegar a ser maestros a su vez. San Pablo, el gran formador de dirigentes, le recomendaba a su discípulo Timoteo que formara a otros, capaces de continuar la obra:

Cuanto me has oído en presencia de muchos,
confíalo a hombres fieles que sean capaces,
a su vez, de instruir a otros: 2Tim 2,2.

A raíz de la instauración del comunismo en China, los misioneros extranjeros fueron expulsados. La mayor parte se refugió en la isla de Formosa, conocida como Taiwán, esperando un día volver al Continente. Así, de pronto, la Iglesia Cristiana de Formosa experimentó un crecimiento inimaginado. Por todas partes nacieron nuevas parroquias, se inauguraron centros de catequesis y hasta aumentaron las conversiones de manera asombrosa. Incluso se abrió un Centro de Lenguas donde se aprendían el mandarín y el cantonés. Nunca antes había florecido tan rápidamente el cristianismo en un país de misión. Esta primavera tan esperanzadora se vio detenida por el hecho de que ya no llegaron más misioneros del Continente. Por otro lado, Taiwán no llenaba los expectativas de ningún misionero de Occidente.

Al pasar el tiempo, comenzaron a morir los viejos heroicos misioneros, sin que nadie pudiera suplirlos en sus tareas. Entonces, se cerró el Centro de Idiomas y muchas parroquias se clausuraron por falta de personal, mientras que otras agonizaban en la anemia. En la parroquia de Shin Shu, todos los misioneros pasaban de los 60 años y no pocos estaban enfermos. Uno de ellos, sintiendo que atardecía su vida, confesaba:

"Si yo volviera a nacer, sería otra vez misionero y regresaría a China. Sin embargo, no trabajaría como lo hice, pues ahora que se acerca mi muerte, perecerá igualmente mi obra apostólica, ya que nadie hay que me supla.

Comprendo que la culpa es mía, pues no supe formar gente que hiciera lo mismo que yo y continuara esta labor. Estamos apenas iniciando la carrera; la meta está todavía lejana. Me he cansado, no puedo seguir adelante y no hay quién me releve con la estafeta. Si yo volviera a recomenzar mi trabajo, formaría muchos agentes de pastoral que a su vez formaran a otros, para que así se continuara esta obra".

Por otro lado, fue más sorprendente lo que pasó en el continente chino. La comunidad cristiana se diezmó considerablemente, ya que de un momento a otro se habían quedado sin pastores ni dirigentes. Parecía que el crudo invierno de la nacionalización de la Iglesia dejaría sin hojas al árbol de la comunidad. Por muchos años no se supo nada de los creyentes bajo el Estado Comunista. Hasta se llegó a creer que la Iglesia había desaparecido por la ausencia de misioneros. Pero, cuando se abrieron las fronteras y se pudo tener contacto directo con ellos, la sorpresa fue mayúscula. La Iglesia de la China comunista, en comparación a la de Taiwán, no estaba en crisis. Al contrario, había crecido; no tanto en número, sino en compromiso y vivencia de su fe. La salida de los misioneros les exigió prepararse y formarse más para servir a la comunidad. La Iglesia era, sobre todo, doméstica, y en cada casa había un pastor, un proclamador y un maestro. Así, bien pronto floreció una gran comunidad, no tanto de ovejas, sino de pastores y ministros.

Ambas Iglesias nos han dejado una sola enseñanza: no basta que haya pastores que cuiden ovejas. Es necesario que los pastores formen pastores. Cuando los pastores borregueros se van, no hacen mucha falta.

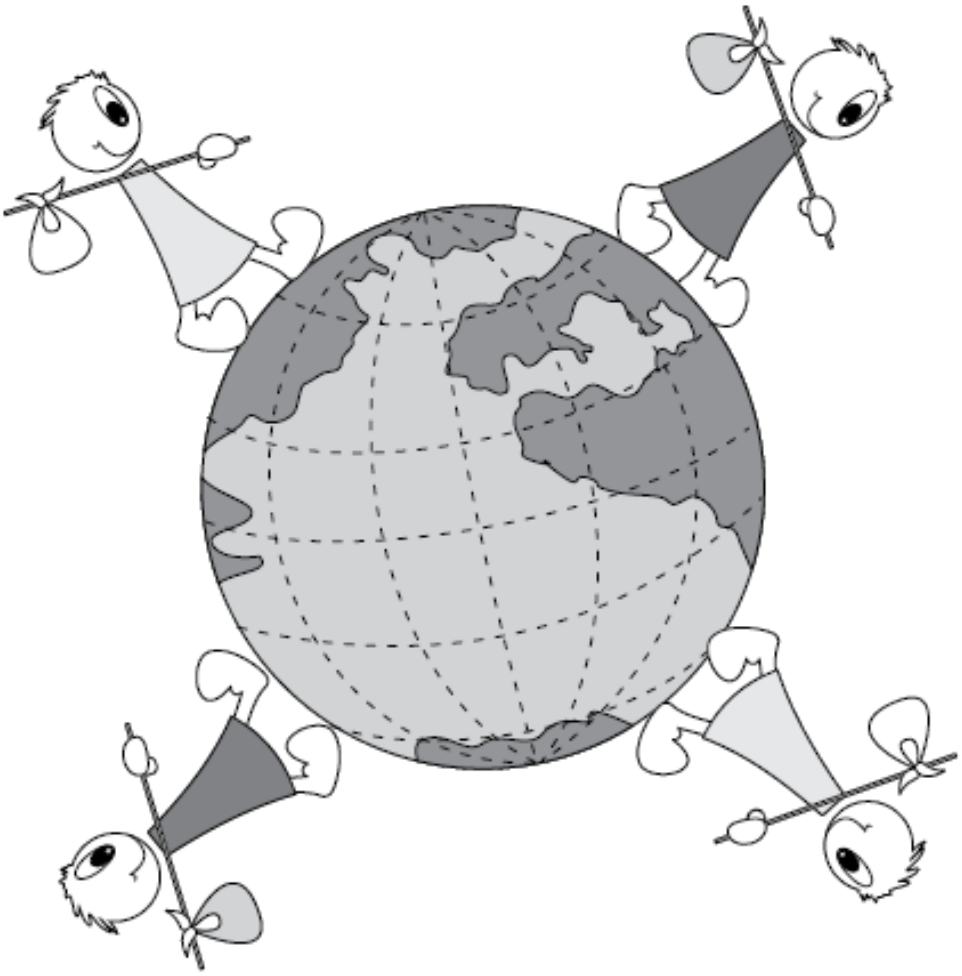
Nuestro paso por este mundo es transitorio. Si no dejamos algo que permanezca, cuando muramos se acabará todo lo que hicimos.
Para que la cadena no se rompa, urge formar maestros que sean como nosotros o mejores que nosotros; que sean como Jesús. El verdadero maestro no es el que tiene alumnos, ni siquiera el que produce discípulos, sino el que produce maestros. Esta es la meta que debe ser alcanzada.
Por eso, el autor de la Epístola a los Hebreos se queja de sus destinatarios, porque no han llegado todavía a ser maestros que enseñen a otros y tienen que volver a ser instruidos (Cf. Heb 5,11-14).
El signo que identifica a los verdaderos maestros es que están produciendo maestros. El pastor engendra pastores. La oveja engendra ovejas. Depende lo que produzcamos, eso somos. Nuestra meta, pues, no se limita a tener un rebaño muy grande, sino una Escuela Apostólica que forme discípulos que a su vez lleguen a ser maestros.

Cuando hablamos de maestros, no nos estamos refiriendo solamente a predicadores de la Palabra de Dios. No. Se trata de personas que a su vez sean capaces de formar discípulos de Jesús, aptos para los diferentes ministerios de la comunidad:

- Evangelizadores que proclamen la Buena Nueva.
- Maestros que enseñen la doctrina de la fe.
- Pastores que conozcan a cada una de sus ovejas.
- Acompañantes en la fe.
- Promotores de los derechos humanos.
- Coordinadores de pequeñas comunidades.
- Agentes de pastoral social.
- Evangelizadores a través de la música y los medios de comunicación.
- Personas que preserven y promuevan la ecología.

c. Formar comunidad de discípulos

Los discípulos se forman en la escuela de la comunidad junto con otros. Son plantas que no florecen sino están al cobijo de otras.
En este itinerario lo que importa no es caminar sino marchar juntos, pues de otra manera se corre el peligro de fatigarse sin lograr avanzar. El discípulo se forja sólo en compañía de otros que comparten su misma ruta. Por lo tanto, no existe realmente un discípulo, sino una comunidad de discípulos.
El punto fundamental de una comunidad no es la estructura, (estatutos o reglamento), sino la espiritualidad que la anima, que llega a ser como el motor de toda su vida. La espiritualidad, en este caso "el discipulado", es lo que determina la comunidad.

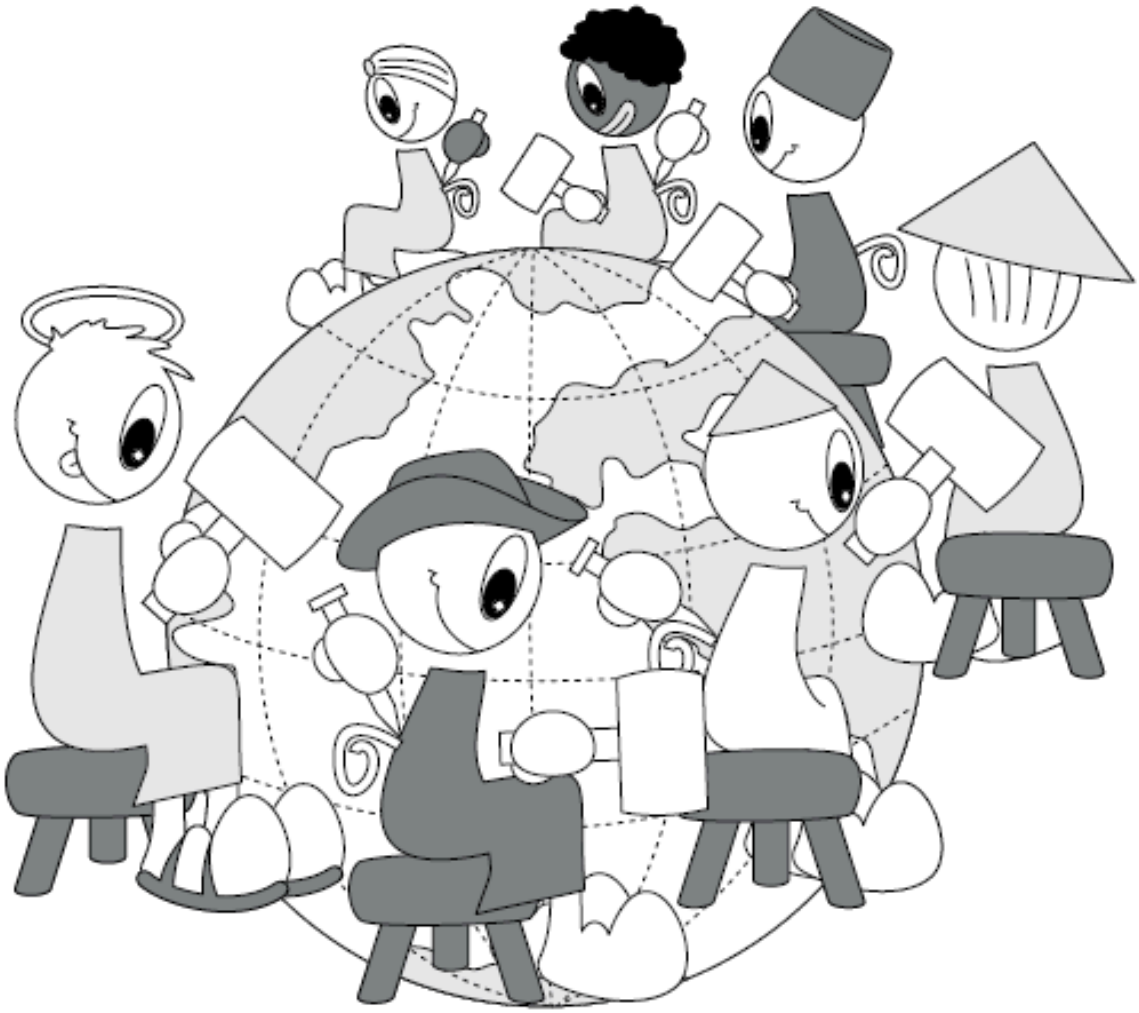


Jesús confía su plan pastoral a sus discípulos

CONCLUSIÓN

Si de alguna forma nos atreviéramos a sintetizar el mensaje de estas páginas, sería: reproducir el programa de vida de Jesús: haciendo discípulos.

- Hacer: Significa que no nacen por generación espontánea, sino que es un proceso que exige un plan y un método.
- Discípulos: Que sean como su Maestro, para que hagan lo mismo que él.



El círculo del discipulado